



①

10

ALICIA AL PIE
DE LOS LAURELES

Canarias PR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>227718</u>
N.º Copia	<u>181066</u>

CLAUDIO DE LA TORRE

ALICIA AL PIE
DE LOS LAURELES

(NOVELA)



MADRID
BIBLIOTECA NUEVA
1940

OBRAS DE
CLAUDIO DE LA TORRE

EL CANTO DIVERSO (poemas).

LA HUELLA PERDIDA (cuentos).

EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE (novela. Premio Nacional de Literatura, 1924).

UN HÉROE CONTEMPORÁNEO (teatro).

TIC-TAC (teatro).

ALICIA AL PIE DE LOS LAURELES (novela).

A MI MADRE

I

Tendría que encaramarme de nuevo sobre los hombros de mi tío Alberto para distinguir la vida, desde una altura aproximada, tal como yo la recuerdo en los primeros años de nuestro siglo. Se hablaba entonces mucho de la vida, que parecía por completo dedicada a los placeres, y, en realidad, no le faltaban sus sabrosos estímulos. El mundo destilaba aún, gota a gota, un agua de sabiduría por una de sus torres más ingentes, índice de una exposición de alegría universal.

Nuestra vida en la ciudad de Granda, medio dormida a la orilla del Atlántico, no dejaba de tener sus momentos gozosos. Sobre todo se destacaban, como más felices en nuestra casa, aquellos que precedían a las horas de las comidas, cuando llegaba el tío Alberto.

Este hermano de nuestro padre, más bien bajo de estatura, físicamente débil y con una manera confusa de expresarse que desesperaba a la familia, estaba lleno de hondas cualidades. Ninguno

como él para levantarlo a uno de pronto por la pretina del pantalón, dejándole deliciosamente suspendido sobre la alfombra, prueba indudable de su oculta fortaleza.

Tenía, también, la hermosa virtud de interrumpir las conversaciones aburridas. Se hablaba, por ejemplo, de algo interesante para todos, a juzgar por la atención con que se oían unos a otros, cuando el tío Alberto descubría el tema que a él solo podía divertirle y que era, casi siempre, de lo más afortunado. Se sentaba al piano, pongo por caso, teniéndome derecho en sus rodillas y, quieras que no, me obligaba a señalar una por una las notas más destacadas de una polka antigua. Cada nota, bien espaciada de sus compañeras dados mis pocos años, tiraba sobre las paredes de la sala como una flecha invisible. Veíamos estremecerse a su paso la cristalería de la araña grande, el agua recogida en los espejos... Los demás enmudecían. Sólo al cabo de unos segundos, repuestos ya de la impresión, nos decían con amable impaciencia: “¿Por qué no cerráis el piano?”

Mi tío giraba entonces, lentamente, sobre la banqueta, dándome la actitud necesaria para encararme con la tertulia: mis padres, la abuela, la tía Elvira, mi hermana, poco mayor que yo y haciendo pregunta tras pregunta sobre cuanto escuchaba.

¡Ah, tío Alberto, grandes paisajes te debo! Al pasar al comedor, a caballo sobre sus hombros, recorría de punta a punta el pasillo iluminado, sobre la línea de los cuadros, a lo largo de un horizonte de múltiples bellezas. ¡Cuántas veces quise

quedarme en aquel grabado antiguo, junto al niño pensativo de la ventana, los ojos fijos, como él, en esa maravilla fuera del cuadro que ni el artista se atrevió a acercar! Vi en cambio, de cerca, a Desdémona llorosa, a aquella paloma blanca, detenida en su vuelo, sobre la vieja plaza veneciana... ¡Débiles hombros los del tío Alberto, pero cuanta tierra descubrían!

Terminada la cena, breve y animada, como conviene a personas bien avenidas, mientras mi padre desdoblaba con un amplio gesto de ironía el exiguo *Diario de Granda*, tan apretado, sin embargo, de noticias locales, el tío Alberto se despedía invariablemente con un saludo general. Yo no estaba incluido en sus palabras de despedida, casi siempre harto vagas, pero sí me distinguía con su última mirada, ya en la puerta del comedor, al hacerme un guiño malicioso que aludía a nuestros juegos pasados. Yo comprendía que me quedaba inevitablemente solo, sin profesor de piano y sin caballo, y apoyaba entristecido mi cabeza sobre la mesa, fatal síntoma de sueño según se apresuraba mi abuela a declarar.

¿Adónde iría el tío Alberto a aquellas horas? No acertaba a comprender por qué a las nueve de la noche, teniendo una casa tan grata como la nuestra, prefería marcharse por las calles oscuras, sin rumbo fijo, ya que mi padre aseguraba que no hacía más que perder el tiempo. Alguna vez le oí hablar de sus amigos, dos o tres personajes mediocres de la ciudad, con los que se entretenía a lo que parece en fundar nuevas religiones. Pero

jamás pude adivinar en qué podían ser estos amigos más divertidos que nuestros juegos, máxime teniendo en cuenta que pocas veces llegaban a un acuerdo. Sólo una vez le oí decir entusiasmado, al despedirse: “hemos abolido en nuestro credo la resignación”, frase para mí poco significativa, pero que pronto mi padre se encargó de oscurecerme.

—Por lo visto, la chica no le hace ningún caso —dijo.

Y nos quedamos todos mirándonos, perplejos. ¿Qué profundo misterio se encerraba en aquello? Ni siquiera mi tía, tan inclinada habitualmente a la comprensión, se podía explicar la sospecha de mi padre. Bien es verdad que el tío Alberto no era lo que se dice un gran partido. Hasta se susurraba que era un pobre diablo. ¡Pero de eso a que una chica lo rechazase...! Nadie lo entendía.

—¿Y quién es ella?

Mi padre se encogió de hombros.

—Ni lo sé. Pero me basta oír lo que dice para comprender que está enamorado.

Con esta sorpresa nos acostamos. Al día siguiente, sin poderla olvidar, no cesaba de dar vueltas en mi cabeza a cuanto había oído.

¡Mi tío enamorado! Me causaba tal risa sólo el pensarlo, que ya suponía de antemano lo que nos íbamos a reir los dos cuando se lo dijera... ¿Y de quién se habría enamorado?

Aquella misma noche se lo pregunté. Me miró muy serio y me dejó, de pie, sobre la alfombra. Mi madre, en cambio, sonreía. Se hizo un silencio molesto que duró toda la cena. Al despedirse el

tío Alberto volvió a mirarme desde la puerta, como de costumbre, aunque con cierta gravedad, pues se olvidó de hacerme aquel guiño malicioso que había marcado, hasta entonces, la aprobación de mi conducta.

II

Vivíamos en una plaza que debió ser muy bella. Viejos laureles daban sombra perenne al paseo central, convertido más tarde en arroyo por exigencias del modesto tráfico. Este se reducía al paso de unas cuantas tartanas estrepitosas, pintadas de brillantes colores, que se paraban siempre frente al Hotel Universo al acecho del turismo. Plácidos extranjeros se mecían bajo los laureles, indecisos en el ocio. Subían lentos a las tartanas, con un regocijo contenido, admirados sencillamente de su buena disposición a la aventura. Y las tartanas se ponían de nuevo en marcha saltando sobre el empedrado, coronadas por el humo de las pipas como barcos de bazar.

¿Qué nueva poesía bañaba entonces, como una luz, la plaza silenciosa? Alicia se había asomado a la ventana.

Por algún tiempo no se supo nada cierto de Alicia y su familia. Sólo sanas conjeturas permitieron la consideración social de que disfrutaban.

En realidad, ¿quién se hubiera atrevido a aplicar una ley más severa en una ciudad poblada de extranjeros, nutrida por un puerto infatigable al que se debía, más que a las riquezas naturales, la prosperidad general?

Alicia no pudo ser clasificada. En esa zona intermedia que en las ciudades cosmopolitas reúne el cruce de las diferentes razas, tan pronto se la oía hablar de una tía suya de Inglaterra, la tía Alicia, a la que llamaba sonriendo, como una princesa extranjera, Alicia I, como presentaba después a sus hermanos, unos gemelos taciturnos, vulgares productos de indeterminada procedencia. Colocada así entre razas de distintos ideales, pero unidas por la ambición, sabía participar de todas las penas y alegrías, casi simultáneamente, con sólo agitar en su corazón la mezcla de sangres que lo alimentaba.

Tampoco físicamente se aclaraba más. Alta, morena, con los ojos muy azules, ponía su mayor coquetería en preguntar por el color de su pelo: ¿rubio, castaño? Dependía de la hora, de la luz, hasta del gesto de su dueña. Si por algunos poetas de la localidad, asiduos colaboradores del *Diario de Granda*, se la llamó “la rubia Alicia” en variados y melancólicos sonetos; por otros, más audaces, se la señaló en cambio a los dormidos deseos de los lectores como “la ardiente morena” de sus desvaríos. Nunca se pusieron de acuerdo. Era la última batalla retórica del siglo sobre el color auténtico de una mujer.

Pero, rubia o morena, lo cierto es que la ciudad se sentía orgullosa de su hija. No se organizaban

por entonces lucidos concursos de belleza, pero tan sólo la mano de Alicia, al saludar a sus amigos, se hubiera llevado sin discusión el voto unánime de sus paisanos.

Podríamos agregar aún sus supuestas virtudes de acuerdo con la ordenación más rigorista. Pero era tal la admiración que Alicia despertaba, que lo demás, hasta lo bien difícil en casos como el suyo, se esperaba de ella naturalmente, como un resultado feliz de su belleza.

Muy destacada de su familia por el éxito, tuvo pronto una personalidad independiente. Pese a su origen nebuloso brillaba como una estrella solitaria, escoltada en la sombra, muy en la sombra, por los suyos, apagado cortejo de planetas lejanos. De su padre, a quien apenas recuerdo, se decía que era un antiguo trapequista de circo que había caído un buen día en la ciudad. Hablaba un idioma endiablado. Cuando se enfurecía—caso frecuente—estiraba desesperado los brazos al cielo como buscando un trapezio invisible. No pudo evadirse de la ciudad, de la que renegó hasta su muerte. Le enterraron como un indígena más, bien sujeto en su ataúd, con todas sus ilusiones de pájaro bajo tierra.

Alicia vivía frente al Hotel Universo. A fuerza de ver entrar y salir viajeros cada día llegó como a viajar un poco con los años. Su misma casa copió algo, como un espejo económico, de las grandezas coloniales que desbordaba el Hotel. A los frescos sillones de la Madera que alineaban los mozos en la acera para los clientes fatigados, correspondía, en la acera de Alicia, un par de ale-

gres mecedoras que sacaba todas las tardes. Para ella y don Severino, su mejor amigo, consignatario retirado, antiguo y fiel pretendiente de una de las de Juárez.

Recuerdo muy bien a las de Juárez, como a don Severino de la Cuesta, ya que los tres representaron en mi infancia, durante algunos años, a los auténticos Magos del Oriente. Nunca los pude ver sin sus camellos, por más esfuerzos que hice, y hasta tuve serios disgustos en casa porque aseguraba que a una de las hermanas le llegaba la barba blanca a la cintura. Porque las de Juárez eran dos hermanas, la menor de unos cincuenta y cinco años en el momento que las conocí.

Don Severino de la Cuesta pasaba ya de los sesenta. Retirado de un largo negocio de agencias y comisiones pudo dedicarse por entero al gran amor de su vida. Desde su juventud, según se afirmaba, quedó prendado de una de las de Juárez. ¿De cuál de las dos? Esto se ignoraba. Don Severino fué quizá pretendiente de una de ellas, sólo de una, pero su extraordinaria timidez, que le impidió acercarse a su amada durante más de cuarenta años, y la estrecha vida en común de las dos hermanas, que jamás se separaban, debieron establecer entre ellos una red de hilos cruzados que, con el tiempo transcurrido, sin posible aislamiento, respondían todos juntos a idénticas vibraciones.

Para don Severino, distante amator de su belleza, cualquiera que fuese de las dos, no pudo ser una contrariedad esta confusión lamentable. Miraba de lleno, a bulto, y recibía sin proponérselo dos corazones. Para las dos hermanas no fué, en

cambio, tan sencillo. Mientras estuvieron en edad de casarse guardó cada una, separadamente, su ilusión. Días de grandes sufrimientos aquellos en que, juntas a todas horas, permanecían calladas, frente a frente, ocultándose las dos la misma vida.

¿Cuál de las dos pensaba más en el futuro? Asidas de la mano, sobre el mismo lecho, repasaban en silencio sus vidas oscuras. Tenían ya treinta años. Por la calle, al sol del mediodía, don Severino paseaba. Asidas de la mano, para no caerse, subieron aquella tarde la escalera de casa. Tenían sesenta años. En la acera de enfrente, en la mecedora, don Severino se balanceaba.

III

Mi tía Elvira era, en la ciudad, como una amiga de todo lo pasado. Por el solo hecho de haber envejecido, fuera persona o cosa, se alcanzaba el privilegio de disfrutar de su simpatía. Era también soltera. Cerca ya de sus setenta años, aunque joven de espíritu y de cuerpo, reunía a su alrededor, por íntima solidaridad, un mundo acabado y en apariencia inválido. Gustaba de conocer desde el principio la vida de cuanto le rodeaba, no por ajenas confidencias, que detestaba, sino por el testimonio de sus propios ojos ávidos de sabiduría. Gozaba en descubrir el vivo latido de la existencia allí donde persistiera golpeando a la eternidad. Todo era inmortal a su lado: la abuela, los pájaros, los recuerdos... Recordaba cosas inverosímiles. Recorría sin aparente esfuerzo el largo camino de su vida para destacar, sobre el paisaje exacto, aquel rostro olvidado, aquella fecha, calientes aún en su corazón.

 Mi abuela había cumplido los noventa años. No

dejaba de extrañarle, según confesaba, la vejez prematura de su hija. Se daba cuenta de todo—su frase favorita—, hasta del tiempo que pasaba. Pero, por eso mismo, no había porqué desentenderse de los años como si pasaran en balde. ¿Qué iba a ser del porvenir de su hija? ¿Es que no se daba cuenta la tía Elvira de que vivía de espaldas al mañana?

Sus diálogos eran enredados. Tan bien se entendían, cuando intentaban mutuamente convencerse, que empleaban los mismos argumentos. El resultado era fatal. Mi abuela se vestía muy agitada con sus mejores galas y se marchaba, ruidosamente, a la calle. Supimos luego que por su amistad con el Deán, aficionado a las novedades, se permitía hablar, cuando salía, por el teléfono del Cabildo.

En cuanto a mis relaciones con estas personas eran, sin duda alguna, sorprendentes. Yo las llamaba “abuela” y “tía Elvira”, títulos que, en realidad, correspondía darlos a mi padre. Eran “su abuela” y “su tía”, aunque yo me saltase una generación por simplificar los tratamientos. A mis abuelos de verdad—tal creímos durante mucho tiempo—no los conocí hasta más tarde.

Mis padres, en cambio, eran los dos tan jóvenes en esta época que relato que no puedo situarlos hoy, al recordarles, en aquel mundo trémulo, de profundas y antiguas resonancias, que era la casa nuestra en ese tiempo. Vivían con nosotros, naturalmente, pero sólo de paso. Vivían, sobre todo, en los barcos. Tan pronto se anunciaba un buen trasatlántico hacían alegremente las maletas y se marchaban como de un hotel. Nosotros nos aso-

mábamos a las ventanas y agitábamos unos pañuelos blancos.

En esta operación nos sorprendieron las de Juárez aquella tarde. Yo había bajado a la calle, arrastrando mi pañuelo, y volví a subir con ellas las escaleras. No hacían más que consolarme tontamente. Yo pensaba en los regalos que mis padres me traerían al regreso.

Entraron en la sala. Cada vez que mis padres se ausentaban venían a acompañarnos. Nos dedicaban una visita reposada, muy propia del momento, como de personas que no piensan viajar. Sin llegar al empaque de una visita de pésame, en el fondo intentaban consolarnos. Hablaban de los encantos de la vida local, de las mil y mil diversiones que en la ciudad se sucedían. No faltaba una mirada retrospectiva hacia el pasado, cuando la gente sólo se divertía en Nochebuena. ¡Pero ahora!... ¡Todo el año es Carnaval!, afirmaban muy serias.

Cuando calculaban que el trasatlántico invisible debía estar levando anclas, se ponían las dos en pie como para vigilar la maniobra. Así terminaba para nosotros, los pequeños, la primera parte de la visita. Nos volvíamos a nuestros cuartos comentando lo que habíamos oído y, a la noche, nos dormíamos entusiasmados.

Las de Juárez, al marcharnos, se sentaban de nuevo, pero esta vez junto a la ventana. La reunión se hacía más íntima. El espectáculo de la calle con Alicia y don Severino al fresco, en sus sendas mecedoras, daba invariablemente el primer tema de la conversación.

—No comprendo—decía la abuela por romper el fuego—cierta clase de amistades. Esa, por ejemplo—agregaba señalando al espacio con su abanico.

De esta manera recogía veladamente, sin que ella lo sintiera, un desconcierto popular. No se explicaban los sencillos ciudadanos de Granda que persona tan circunspecta con las damas como don Severino de la Cuesta, a quien nunca se le conocieron relaciones femeninas, hubiese vencido en la ancianidad su timidez hasta el punto de exhibirse públicamente, y en una mecedora, con mujer tan atractiva. Claro está que se admitía el celo paternal del solterón respecto a Alicia. Pero, como espectáculo, era desconcertante.

Corrió, como es natural, una versión de turbias intenciones. Salió a relucir por un momento aquel pasado en sombra, cruzado de trapecios y de barras, de los padres de Alicia, la forzosa arribada al puerto del matrimonio, no sabemos que apuros económicos de la madre... Don Severino, consignatario poderoso entonces, protegiendo la inmigración... ¡Cuentos! El sólido prestigio de don Severino desvaneció los rumores. ¡El, padre de Alicia! ¡Lo que pudo reirse a solas en su despacho! ¡Pero cómo le halagaba, allá en el fondo de su honestidad, que se le creyera capaz de una aventura! Se apresuró con energía a desmentirlo, rescató el respeto debido a aquella madre desgraciada, volvió a trabajar tranquilo en su oficina. Estaba contento de sí mismo. La conciencia, reluciendo más que nunca. Pero en aquel rincón oculto de sus sentimientos, al que sólo se atrevía a mirar en las no-

ches vacías de su vida, le brotaba una alegría nueva. ¡Qué orgullo pensar en Alicia!

La quiso como un padre, desde el primer momento, con un valor insospechado. La visitó todas las tardes. Cuando cumplió dieciocho años la sacó a la acera, en una mecedora, para que la gente pudiera admirar, en su compañía, a la que pudo muy bien—¿por qué no?—haber sido su hija.

IV

—La verdad, no se comprende—decía al cabo la mayor de las de Juárez, por decir algo.

La otra le lanzaba una mirada llena de reproches. ¿Cómo no iba a comprenderse? Nada más natural que la amistad de un hombre “tan bueno como don Severino” con una muchacha como Alicia. De haberlo asegurado en voz alta no lo hubiese sabido explicar. Eso de “una muchacha como Alicia” tampoco tenía significado. Pero, ¡bien que se entendían las hermanas! Les bastaba mirarse, furtivamente, para sentir un rubor que las rejuvenecía.

Pretendidas oficiales de don Severino, al margen éste de cualquier sospecha por sus honorables intenciones, se sentían muy a gusto sustituidas por la chica más guapa de la ciudad. No es que se sintieran exactamente sustituidas, pero algo de la belleza de Alicia, tan espléndida, si se reflejaba sobre la muda contemplación de don Severino a la ventana, cubriendo de limpia juventud sus vie-

jas pretensiones. O era algo así como empezar a vivir de nuevo, las dos en una, las dos en Alicia, fundidos sus cuerpos en ruinas en una perfecta criatura. Y no tanto por ser perfecta como por ser una, por unificar en un solo ser naturales diferencias de las dos, físicos dolores y experiencias del alma no compartidas, de tal manera que en ella, en Alicia, se extinguían las últimas divergencias al poder libremente encararse con la vida, con los hombres y los años, llevando en el pecho un solo corazón.

Conocían las hermanas, también, la leyenda de la falsa paternidad y se enternecían al recordarla. Aquella hija de mentira, casi milagrosa, de los tres, las turbó al principio profundamente. Pero don Severino no era ya, para las de Juárez, el rival que las desvelaba. Con los años transcurridos, fracasada en la larga espera la frágil ilusión del matrimonio, se había convertido poco a poco en una especie de juego entre las dos, juego difícil al comienzo, a veces melancólico, pero generador al fin, al dominarse, de ese tónico goce de la burla que tan bien ahuyenta la tristeza.

Una a otra, con mucho sosiego, se adjudicaban el pretendiente en las visitas de confianza, como si ninguna de las dos quisiese echar sobre sus hombros la responsabilidad de cargar con un imposible por la vida.

Este era el juego lícito: "te mira a ti...", "no, que es a ti..." Y así, sencillamente, compartían bromeando el peso del desengaño.

—Eso habrá que aclararlo algún día—afirmaba

mi abuela, dispuesta, siempre, a no dudar del porvenir.

Mi tía, en cambio, las tranquilizaba. Lo importante era vivir, vivir nada más, sin propósito alguno, ya que el propósito está en la misma vida, en el misterio que la envuelve.

—¿Sabéis acaso—les decía—lo que don Severino se propone? Pocas noticias tenemos de él. Conocemos de su vida lo menos importante: dónde duerme, cuándo come, con quién pasea... Pero, ¿qué es lo que piensa, realmente, don Severino? Sabemos que os ha mirado siempre a distancia, sin que hayamos podido en tantos años fijar siquiera la dirección de sus miradas. Puede que os quiera ya a las dos sin darse cuenta, sintiéndose sin fuerzas para separaros. Fijaos en él. ¿Qué sentido puede tener para vosotras, mujeres ilusionadas, la vida de ese hombre perplejo ante su alma, sin haberla comprendido aún, lanzándola cada tarde por los aires a ciegas, para deslumbraros, como quien suelta su mejor cometa? Pues el único sentido está en vosotras, en vuestro contento o en vuestra pena, en lo que este espectáculo arbitrario os entretenga sin fatigaros mucho. Don Severino queda aparte, como un ser humano inapreciable, magnífico para envejecer.

Y la tía Elvira miraba su escritorio, su abanico, sus manos.

Se hacía un silencio penoso. A mi abuela le desesperaban estas sentencias de su hija. Eso de que las criaturas viniesen al mundo con la sola misión de envejecer para los demás, se lo representaba como un punto muerto de partida, insensible a

los golpes tenaces del espíritu. ¿Por qué no iba a estar don Severino enamorado?

Las de Juárez se lo agradecían bajando los ojos, como si ocultaran la gratitud que se les asomaba a las pupilas. No es que ellas creyeran todavía en el enamoramiento de don Severino. Ya habrían notado hasta el buen humor de las dos cuando salía a relucir el tema. Pero, la verdad, eso de que don Severino estuviese destinado desde los veinte años nada más que a envejecer, les dejaba un mal sabor de boca. Casi un sabor a lágrimas. Porque si aquellas miradas inequívocas de su juventud no significaron amor y desvelo, ¿cómo iban a distinguir ellas ahora, en el declive de sus vidas, otras luces menos brillantes, pero todavía necesarias para alumbrar sus pasos? La misma velada sonrisa con que las saludaba al presente, ¿no expresaba más que la hoja de un calendario? ¡No, don Severino no envejecía! Su propia indecisión era inmutable. Allí estaba, sentado junto a Alicia, contemplando como siempre, como hacía cuarenta años, la duda eterna que lo inmovilizaba.

Mi tía accedió. Había que reconocerlo. La sensibilidad de sus amigas exigía cierto tacto. Pero —pensaba—, ¡qué bien ha envejecido todo, cómo han pasado los años por nuestras vidas, sabiamente, sin apenas rozar el corazón! Y cogía las manos de sus amigas y se las apretaba.

Mi tía estuvo también enamorada. Esto lo supimos por nuestro padre. Le tocó en su juventud, allá a mediados del pasado siglo, aquella época de pasiones políticas que improvisó tantos valores. Se enamoró de un muchacho modesto con la vio-

lenta oposición de nuestra familia. Hubo de abandonarlo. Al cabo del tiempo, en plena Restauración, el joven indocumentado aquel se convirtió en un personaje. ¡Menuda sorpresa para todos! Menos para la tía Elvira que ya empezaba a fiarse de la vida. Adivinó entonces el gran secreto de los años, lo que la simple mecánica del tiempo transforma y embellece.

Cuando a mi tía, en el desfile de nuestras amistades, se le señalaba una persona odiosa respondía invariablemente: “Cuando envejezca la que-rrás”.

V

Por aquellos días de mi infancia debió ocurrir en el mundo algo importante. Por lo menos, así se debió de interpretar en nuestra pacífica ciudad de Granda, porque recuerdo una temporada de gran zozobra en la que la gente se dedicó a leer periódicos extranjeros. El primer síntoma de preocupación internacional nos lo proporcionó Juanito Vances, presentándose en casa una mañana con un brillante uniforme.

Juanito no era militar. No era, valgan verdades, nada apreciable. Se decía que tenía unas rentas, una tía, unos bigotes... Recuerdo perfectamente los bigotes: rubios, rizados, como de alambre finos. Al instalarse la luz eléctrica en casa, suceso familiar de extensas proporciones, recordé sin querer los bigotes de Juanito. ¡Qué brillo el de sus guías! ¡Cómo le iluminaban el rostro!

Nieto de aquel improvisado personaje que fué el amor desgraciado de mi tía, mantenía con ésta un trato frecuente durante sus temporadas en Gran-

da, recóndito deber que la voz de la sangre le imponía. Salvo por este remoto capricho de la Historia no se justificaba su presencia en casa por otros motivos.

Hablaba mucho de Madrid y de su tía Andrea, especie de hucha superviviente a la que fueron a parar los tesoros inesperados del abuelo. Se ausentaba cada año de la ciudad para traer de la Corte nuevos chalecos y conversaciones. Se le consideraba un gran partido.

Hasta entonces no tuvo novia en la ciudad ni tampoco se supo que en Madrid la tuviese. Trasplantaba de un lado a otro, impávido, su importante juventud.

Su único amigo en la ciudad era don Severino. Las de Juárez aseguraban, con una exaltación impropia de sus años, que era "un muchacho guapísimo". Mi tía lo oía complacida. Mi abuela no le perdonaba cierto vago parecido con su antecesor. Por último, mi tío Alberto lo odiaba ferozmente.

Me enseñó a detestarle. Me dió clases especiales para conseguirlo. En sus juegos conmigo llegó a proponerme que le ahorcáramos. Me pasaba las horas pensando cómo atraparle por el cuello.

En el fondo, mi tío le tenía una gran envidia. Lo que en Juanito era apostura, en el tío Alberto era desaliño lamentable. Si el uno reía, el otro suspiraba. Cuando las mujeres hablaban de Juanito Vances llegaban a un grado de excitación, que se calmaba, como por encanto, al nombrar al tío Alberto. Este se desesperaba. Aquel uniforme, por tanto, tenía que traer consecuencias desastrosas.

Juanito no pudo, en verdad, justificarlo plenamente. Habló de la difícil situación del mundo, del deber de afrontarla... ¡No había por qué alarmarse! Su uniforme no significaba nada decisivo.

Le oíamos admirados. Acababa de llegar de Madrid, y aquella visita mañanera, de gran gala, nos transportaba a otras regiones.

—La verdad es que no hay como viajar para estar enterado—decía nuestra abuela.

Juanito se esforzaba en quitarse importancia. Le asustaba su propio éxito.

No convenció a nadie. Embelesados como estábamos en su contemplación, ¿quién no aceptaba como irrefutable que Juanito Vances, lo mismo que su abuelo, se convertía en un glorioso personaje?

Mi tía le miraba emocionada. Vacilaba ante las protestas de Juanito, pero, de todos modos, tenía éste que hacerse una fotografía.

Le abrumamos de tal manera a preguntas que el pobre debió renegar, para siempre, de sus veleidades guerreras. Mi abuela, sobre todo, no renunciaba a ponerse al corriente de las novedades. ¿De qué se trataba? ¿Qué peligro amenazaba al mundo?

Juanito se excusaba de contestar. Que él supiera, no pasaba nada. Y se estiraba, nervioso, el cuello de la guerrera como quien tiene un secreto que le ahoga.

¡Fructífera visita para Juanito Vances! A ella se debió el comienzo de su popularidad. La abuela contó el suceso a las de Juárez. Estas, aunque un

tanto recelosas de lo que aun de lejos se rozara con don Severino, no dejaron de atribuirle su importancia a la visita. ¡Algo sabría Juanito para vestirse de esa manera!

Las de Juárez sembraron la sospecha. Al cabo de unos días, todo el mundo leía en Granda periódicos extranjeros.

VI

Pero mi tío Alberto, que siempre utilizó la malicia como la clave más segura para descifrar a sus semejantes, se negó a admitir desde el primer momento la menor relación entre un probable malestar del planeta y la indumentaria de Juanito. Conocía lo bastante a éste para adivinar, tras la aparente decisión heroica, otra de fines más interesados, aunque hasta ahora ocultos.

Nunca lo tuvo por un ser sin ambición. Hasta su misma vida indiferente le parecía sospechosa. Sobre todo, aquella falta de reacción juvenil ante las mujeres, le parecía a mi tío síntoma inequívoco de una perfecta petulancia.

¿Qué meta desconocida, qué gran objetivo erizado de obstáculos se proponía asaltar ahora con su nuevo uniforme?

Mi tío le siguió la pista a todas horas. Simple voluntario, el de Vances hablaba del mundo y sus fatigas como un caudillo dispuesto a terminarlas.

En casa no se prestó gran atención a estos pro-

pósitos. Convencidos de la buena fe del muchacho, afanoso de formación militar para ingresar en una Academia, pareció lo más natural del mundo que empezara ya a pasearse de uniforme. Otros juegos familiares nos divertían más. El enamoramiento de mi tío, por ejemplo.

Las de Juárez dijeron una tarde:

—¿No sabéis la novedad? Alberto está loco por Alicia.

La primera impresión fué de estupor. Se hizo luego un silencio amargo. Mi hermana y yo callábamos avergonzados. Si la amistad de don Severino con Alicia había producido en tiempos una cierta perplejidad, este increíble atrevimiento del tío nos sumía ahora en un mar de confusiones. ¿Cómo era posible que el tío Alberto, el hombre más desgarbado de la ciudad, hubiese cometido tal audacia? No era sólo la belleza de Alicia, realmente deslumbradora, sino todo lo que de Alicia nos habían contado las de Juárez, lo que en este momento, como en un alto pedestal, la colocaba fuera del alcance de las pretensiones de mi tío. Mi abuela preguntaba con insistencia: “¿es que no se da cuenta?”

¡Pobre tío Alberto! Su papel no pudo ser más desairado. Sentía yo en el fondo como una especie de complicidad que me apenaba profundamente.

Al marcharse las de Juárez anunció mi abuela:

—Habrà que avisar a su hermano.

Su hermano, naturalmente, era mi padre, ausente en el extranjero como de costumbre, encantado de confirmar, cuando le llegara la noticia, su visión profética de la sobremesa. Recordaría el *Dia-*

rio de Granda, la frase desdichada de mi tío que originó su comentario y, a lo sumo, escribiría a este último una carta recomendándole una prudencia relativa. Sus viajes no le dejaban tiempo para más.

Era curiosa la actitud que se tomaba en casa frente al conflicto. No se admitía ni por un instante que un solo mérito del tío mereciera siquiera la atención de Alicia. Pero, al mismo tiempo, se decía mi abuela preocupada: ¿es que Alberto ha pensado alguna vez, en serio, en casarse con una desconocida? Pues Alicia era esto, al fin y al cabo: una auténtica desconocida. Premio incomparable, por su belleza y sus bondades, para el hombre modesto que aspirase a su mano, en cuyo caso no se encontraba el tío Alberto, ni modesto en opinión de su abuela, ni con aspiraciones según la tía.

En esta nueva confusión llegamos a verdaderas batallas. No éramos los pequeños los menos decididos. La abuela pregonaba sin cesar las altas dotes de Alicia, inaccesibles en su opinión a un pobre diablo como el tío. Pero, sin rebajarlas un ápice, se apresuraba en seguida a renunciar, en nombre de la familia, a un supuesto matrimonio que no dudaba en calificar de morganático. Mi tía lo observaba todo atentamente. Nosotros, los pequeños, estábamos dispuestos a celebrar la boda.

Mi tío optó por ausentarse. Era una especialidad de la familia: marcharse en los momentos delicados. Pero, así como los abuelos de París no se contentaban con menos de un crucero por Oriente, el tío Alberto se limitaba en tales ocasiones a

no aparecer por casa a las horas de las comidas.

Se iba entonces a vivir con su hermana, la tía Enriqueta, y apenas si nos saludaba de lejos cuando nos encontrábamos en la calle.

Pero esta vez no se pudo alejar tanto. Enfrente vivía Alicia, y allí teníamos al tío Alberto en nuestra calle, cada anochecer, saltando de un árbol a otro como una lechuza. Los lentes le brillaban junto a los troncos de los árboles, atento a las entradas y salidas de la casa de sus desvelos.

El centinela era a su vez vigilado. Por las ventanas de nuestra casa, a través de las celosías, le clavaban las furiosas miradas de la abuela.

Alicia y don Severino habían recogido sus mecedoras. La calle entera parecía recobrar su aplomo. Todo quieto, en calma. Aun brillaba en los altos torreones de la ciudad, como enredada, la última luz de la tarde. Del otro lado, por la orilla del mar, llegaban las primeras olas de la noche.

La ciudad se ocultaba entre las sombras. Pasaban como fantasmas los oficinistas rezagados. La vida se concentraba en los hogares. Los comedores, a plena luz, relucían como monedas limpias.

Las de Juárez alargaban su despedida. Sin proponérselo, coincidía con frecuencia su salida de nuestra casa con la de don Severino de la de Alicia. Se cruzaban en la calle, invariablemente, bajo el farol de la esquina. Apenas se saludaban. Las de Juárez seguían hacia el otro extremo de la ciudad arrastrando sus años y sus pequeñas alegrías.

—Parecía muy contento esta noche—comentaba una de ellas—. ¿Te fijaste en el saludo que nos hizo?

Don Severino se perdía, se borraba, totalmente, en la oscuridad de su calle, por los largos pasillos vacíos de su casa. Era como un ser que desapareciera del mundo cada noche, sino velaran por su recuerdo, como lámparas de fe, dos corazones encendidos.

VII

Alicia le confesó una tarde a don Severino:

—Alberto me está haciendo la corte. Eso lo sabe usted. Pero no sabe, en cambio, que Juanito se me ha declarado.

Don Severino estuvo a punto de indignarse. Que Alberto le hiciera la corte le parecía inevitable. No en balde eran vecinos. Pero que Juanito, el tonto de Juanito, se hubiese aprovechado de su amistad para declararse a Alicia...

Don Severino, en el fondo, estaba satisfecho. Se trataba de dos muchachos conocidos, de una cierta posición social. Alicia iba por buen camino.

—Y dime, ¿cuál de los dos te agrada más? Conmigo tienes que ser sincera.

Alicia se le quedó mirando.

—Si supiera usted, don Severino, que no me agrada ninguno de los dos. Déjeme explicárselo. Cualquiera de los dos me convendría. Lo sé. Pero, ¿quiere que le diga una cosa? Ni el uno ni el otro se casarían conmigo. Lo sé también. Mucho

mirarme, mucho hacerme creer que están locos por mí, pero desde que oyeran hablar de matrimonio se echaban a correr. Vea cuantos hombres que valen hay en la ciudad. Ninguno me ha dicho nunca una palabra. Estos se atreven a más porque son dos infelices. ¡Y por eso no me agradan, don Severino! ¿Está claro?

—¡Clarísimo!—aseguró el consignatario—. Pero en una cosa te equivocas: ¡qué más quisieran que casarse contigo!

Alicia se mecía tranquilamente, inclinada hacia atrás la cabeza, como si contemplara allá en el cielo los signos de su destino. Le divertía pensar en sus enamorados. El de Vances le hacía su visita cada tarde, correcto, al borde de la acera, entre el vaivén de las mecedoras. Don Severino regulaba, con sus frases a compás, el péndulo de la tertulia. En los claros del diálogo, Juanito picaba las últimas palabras como un gorrión caído de los árboles. Pero siempre elegía las menos comprometedoras: las necesidades del turismo, la riqueza fabulosa de la agricultura... Se despedía, puntualmente, al toque de oraciones.

El tío Alberto era aún más tímido. Se pasaba la semana entera entrando y saliendo de nuestra casa con todos los pretextos imaginables, lanzando al pasar la puerta, hacia las ventanas de Alicia, el rayo fugitivo de sus lentes. De noche se acercaba, al amparo de la sombra de los laureles, hasta quedar a pocos metros de la casa, brillándole los ojos en la oscuridad como un gato doméstico.

Los domingos compartían los pretendientes una táctica común. Al filo del mediodía surgían al ex-

tremo de la calle, cada uno en su esquina, cambiando miradas de rencor como balas silenciosas. Así, mudos y decididos, se batían en secreto durante un rato.

Poco antes de la una empezaba la calle a animarse. Era el momento de las riñas de gallos, afición dominguera de la ciudad. Pasaban por el arroyo, en correcta fila, los encargados de llevar los gallos al combate bien envueltos en sus fundas de palma, dejando asomar por un extremo las rojas cabezas de desafío. La calle se llenaba de una algarabía de corral y Alicia salía a las ventanas, a todas ellas, corriendo de una a otra como si la agitará también un vuelo contenido. Allí seguían sus pretendientes, firmes en las esquinas, alargando desesperados los cuellos, al divisarla, en un arranque bélico. Los cantos de los gallos se alejaban y la calle recobraba, poco a poco, su silencio de domingo.

Hacia las tres, al terminar las riñas, Alicia volvía a asomarse a ver la salida del público. Con los últimos gallos embutidos en sus fundas, apaciguados y maltrechos tras la pelea, se retiraban cabizbajos los enamorados. Alicia cerraba la ventana suspirando.

—Pensar que una muchacha como yo—le decía a don Severino—, joven, con ilusiones, tiene que contentarse con unos pretendientes que sólo aspiran a ser gallos de pelea. Porque esta es la verdad: lo único que les interesa es ver quién gana de los dos. Yo soy solamente el pretexto de la riña. Si a uno de ellos se le ocurriera retirarse, me quedaba sin el otro.

—Por eso lo que conviene es un tercero—sentenció don Severino, que hacía rato meditaba.

Porque, ¿qué otra medida podía tomarse—pensaba el consignatario—para que cualquiera de los dos se decidiera? ¡Con lo que le halagaba a don Severino el casar a Alicia con Juanito! ¡Y no digamos con el tío Alberto! Pese a la manifiesta inferioridad de este último, era lo cierto que, al casarse Alicia con él, no sólo emparentaba con una familia respetable, de viejas costumbres, tan necesarias para su protegida que tuvo que usar desde la infancia las recién hechas por el trapeceista, sino que, además—y en este punto don Severino se turbaba—, se trataba de una familia conocida, íntima de las de Juárez, a las cuales, por esta predilección al elegir esposo dedicaba él, don Severino, allá en el fondo de su timidez, un callado homenaje.

—¿Y dónde está ese tercero?—preguntó Alicia con el tono misterioso del que prepara una sorpresa.

—¡Llegará, llegará!—le prometió el consignatario, meciéndose con bríos.

Alicia le miró de nuevo, sonriendo. ¡Qué inocente era don Severino! ¡Ni siquiera adivinaba que ya había llegado!

El consignatario paró en seco la mecedora, como el capitán que ancla, bruscamente, en un puerto inesperado.

—¿Qué dices?

—¡No se ponga usted tan serio!—continuó Alicia, riéndose—. ¡No es para tanto! ¿Sabe usted lo que es un hombre de verdad: un hombre alto, guapo, simpático?...

Don Severino se había puesto de pie, nervioso, sin estatura suficiente para reconocer a un semejante.

—Todos los hombres son buenos... si son buenos —afirmó convencido.

—No. Este es mejor que ninguno. Puede creérmelo. Lo he visto muy bien. Llegó una mañana ahí enfrente, al hotel, con un traje blanco estu-
pendo. ¡Saltó de la tartana con una gracia!... ¡Hasta el tartanero se rió! Venía de paso. Iba hacia el sur, no se a qué parte, con muchos papeles en los bolsillos que costaban un dineral. ¿Sabe usted lo que cuesta matar un elefante?

—¡Déjate de bromas!

—Iba a matar un elefante. Uno solo porque son carísimos. El permiso, nada más, cuesta no se cuántas libras. ¡Ah! ¡Y sólo se puede llevar un colmillo, porque el otro lo tiene que entregar a las autoridades! ¡Qué autoridades serán ésas! Supongo que unos negros sucios, enormes...

—¡Alicia—le interrumpió el consignatario—, te he dicho que no bromees!

—¡Si no bromeo! Cazar un elefante es una cosa muy seria. El no le daba importancia. La primera vez que hablamos...

—¿Cómo? ¿Hablaste con él?

—¡Pero si éramos vecinos! ¿No le digo que vivía en el hotel? Lo que pasaba—y por eso usted no se enteró—es que se trataba de un extranjero. El no comprendía lo de hablar por la ventana, uno arriba y otro abajo, y me propuso que saliéramos juntos. ¡Figúrese! ¡Lo que hubiera comentado la gente! Entonces...

—¡Pero lo que no comprendo—no pudo menos de decir don Severino—es por qué no se hizo presentar en tu casa, por qué no le hemos conocido los demás!...

—La verdad es—respondió Alicia—que él sólo quería conocerme a mí. No se ofenda por lo que oye: no quería conocer a nadie, ni siquiera a usted. A usted menos que a ninguno.

—¿Por qué?—preguntó asombrado don Severino.

—Porque era muy celoso—le aclaró Alicia—. Sencillamente. ¿Raro, verdad, siendo un extranjero? Pues una noche me dijo que lo que usted quería era casarse conmigo.

—¡Qué barbaridad!—exclamó confuso don Severino.

—Eso le dije yo. ¡No sabe lo bueno que es usted! Pero no importa: ya le conocerá. ¡Tiene que quererle a usted, sí señor! Se lo he repetido cada noche.

—Luego... has hablado varias veces...

—Eso es lo que le estaba contando—siguió Alicia—. Como no podíamos vernos de otro modo, se me ocurrió... ¡No, eso no se lo digo! Se va usted a enfadar mucho.

—¿Qué se te ocurrió?

—Se me ocurrió que hablásemos por la ventana baja, la que da a la otra calle, ya sabe... Por allí no pasa nadie después de las diez. La cosa era un poco atrevida, pero ¿qué quiere?

Don Severino se dejó caer en la mecedora. No se reponía de su turbación. Quería, sin embargo,

saber más. Pero Alicia había vuelto a mecerse con aire indiferente. Echada hacia atrás, sonriendo, seguía con la mirada el lento desfile de las nubes que pasaban sobre su cabeza, hacia el sur, llevando el agua y la sombra bienhechoras a los cazadores fatigados.

VIII

Hacia diez minutos que don Severino se había olvidado de mirar hacia nuestras ventanas, absorto en lo que oía. Las de Juárez aguardaban resignadas. Sensibles como eran a la menor descortesía, es muy posible que aquella tarde, ante la indiferencia de don Severino, se sintieran irremediablemente abandonadas. Al fin se despidieron.

—¿De qué hablarían tan animados?—preguntó mi abuela durante la cena.

Pero nadie le respondió. La abuela, sin embargo, no renunciaba tan fácilmente a una conversación.

—¿No me habéis oído?—volvió a decir—. He preguntado que de qué hablarían tan animados Alicia y don Severino.

—Del calor—respondió tranquilamente mi tía.

—¡No digas tonterías! Sabes muy bien de lo que han hablado: de lo de Juanito, estoy segura. Porque sabrás que Jaunito quiere casarse con la chica. ¡Y me parece muy bien! Es el marido que le conviene. Lo de Alberto era un disparate. ¡Hay

que ver cómo se porta! ¡Un muchacho que no aparece por su casa ni a comer! Pero el caso es que don Severino no parecía estar conforme...

No, no lo estaba. Don Severino no estaba conforme con nada de lo que había oído. De vuelta a su vivienda, un poco más tarde que de costumbre, ni siquiera le extrañó no tropezarse en la esquina, bajo el farol, con las de Juárez. ¡Tan preocupado le había dejado Alicia! Sentía como si, de pronto, viera amenazada su tranquilidad, su vida apacible de solterón, por un peligro todopoderoso. ¡En vano intentaría combatirlo! Bien claro lo presentía. Frente a aquel loco que cazaba elefantes, ¿qué podía hacer él, don Severino, pacífico consignatario retirado, enemigo de toda agitación?

Subió penosamente las escaleras. ¡Se sentía tan viejo aquella noche! Apenas cenó. Mientras se acostaba, en la media luz de la habitación, evitaba pasar ante el espejo. Su imagen se le aparecía como la de un ser extraño, como la de otro hombre más viejo que él, escondido en la penumbra, testigo silencioso de su pesadumbre.

Repasó a grandes rasgos los últimos años de su existencia. ¡Mundo irreal aquel en que se movía, como en una enorme mecedora, tan pronto junto a Alicia, la hija inventada, como rozando la doble sombra amada, las de Juárez, profundo misterio de su vida! Y todos ellos: Alicia, las de Juárez, el propio don Severino, Juanito, Alberto y, a última hora, aquel aventurero, ¡qué desconocidos entre sí! ¡Cuántos seres aislados, ignorados mutuamente, unidos unos a otros por vagas noticias o supuestos.

por rencores o simpatías inexplicados, por la fuerza ciega de tanto deseo contenido! Condenó con dureza la timidez de los demás. ¿Por qué Juanito y Alberto no hablaron a tiempo con Alicia?

Tardó mucho en dormirse. Tendría que rehacer de nuevo sus proyectos, volver a empezar como aquel día en que decidió mostrar a Alicia en una mecedora, dispuesto a que su belleza deslumbrara al primer buen partido que pasase. ¡Todo venía a dispersarlo a tiros aquel cazador inoportuno!

A la tarde siguiente, sin preámbulos inútiles, le dijo a Alicia:

—Tengo que conocer a tu extranjero.

—Tendrá usted que esperar—le respondió Alicia complacida—. Hace una semana que se marchó. Don Severino recobró su aplomo. ¿Ah, con que se había marchado?

—Sí—afirmó Alicia sonriendo—. Pero volverá.

—De todos modos—calculó en voz alta el consignatario, ducho en travesías—, por pronto que vuelva tardará unos meses.

—No se haga usted ilusiones. Antes de un mes estará de vuelta. Aunque tenga que renunciar a sus elefantes.

—Entonces...

—Yo no sé nada. Me ha prometido un colmillo para fin de mes.

—Alicia, hablemos de una vez en serio—empezó diciendo el consignatario—: lo que me has contado me preocupa grandemente. No está bien lo que has hecho. Debiste consultarme antes. Al fin y al cabo soy como tu padre. Si ese hombre era el que

te convenía yo hubiese sido el primero en aprobar las relaciones.

—¡Pero, don Severino!—exclamó Alicia riendo a carcajadas—; ¿en qué época cree que vivimos? ¿Qué de particular tiene que hayamos hablado?

—Mucho. Tiene mucho de particular. Una señorita como tú no debe asomarse a media noche, ¡y a una ventana baja!, para hablar con el primer desconocido. No olvides que es un extranjero.

—Y yo también—respondió Alicia tranquilamente.

Don Severino se quedó desconcertado. En realidad, era él quien lo había olvidado.

—Entonces—repuso intentando ganar terreno—, menos entiendo el misterio. ¿Para qué tantos tapujos?

—En eso tiene usted razón. Ya ve cómo se la doy. Pero, ¡si supiera, don Severino, lo divertido que era!

No lo sabía, seguramente, pero en seguida lo adivinó. No había tiempo que perder. Aquella misma tarde, en una ausencia momentánea de Alicia, citó a Juanito en su casa para el día siguiente.

Don Severino durmió más tranquilo. Algo le desasosegaba, sin embargo, aquel cálculo disparatado de Alicia sobre las distancias. ¿Dónde diablos cazaba elefantes aquel hombre que, en menos de un mes, volvía de regreso con los colmillos?

Al día siguiente, bien dispuesto el ánimo, recibió la visita de Juanito. Le habló sin rodeos, como los viejos deben hablar a los muchachos de estas cosas. El, don Severino, había notado ciertas miradas. Estaba encantado. Quería que Juanito supie-

ra que, si sus pretensiones eran formales, contaba de antemano con su aprobación. No dudaba por un instante de sus intenciones. La chica lo merecía todo. Valía un mundo.

Juanito le oía sin pestañear, un poco disgustado por la confidencia. A él, naturalmente, le gustaba Alicia. No podía negarlo. Ahora que, antes de dar un paso de esa importancia, tenía que escribirle a la tía Andrea. Sería una sorpresa para ella, pero en fin...

No sé por qué, al recordar esos días, se me figura que don Severino habló también con el tío Alberto. Debió decirle poco más o menos lo mismo que a Juanito. Mera conjetura. Pero lo cierto es que una de aquellas noches, cuando menos lo esperábamos, se presentó el tío Alberto en nuestra casa con aire victorioso, dispuesto a reanudar sus juegos y sus cenas.

No dejó de comentarse con complacencia su reaparición. Las de Juárez vieron en ella, como en todo lo bueno de la vida, la mano invisible de don Severino. Mi abuela vivió unos días alarmada. Pero fuera porque Alicia dejó de salir a columpiarse en su mecedora durante quince días, víctima de unas anginas, según supimos, o porque una vez repuesta, se dijo por la ciudad que tenía un novio extranjero, el caso es que nuestra vida familiar volvió a su cauce sosegado, matizada ahora su melancolía por la callada desesperación de mi tío.

Para don Severino no fué el noviazgo una sorpresa. Ante la indecisión de sus patrocinados, que poco hicieron con tino por fomentar sus planes, se

consagró con habilidad a seguir una pista sospechosa que, si no resultó la de los famosos elefantes, le llevó por lo menos a dar con el cazador. Este no se había ausentado todavía, alegando no sé qué dificultades de última hora en sus papeles. Si Alicia le engañó al decirle que se había marchado, o si fué ella a su vez la engañada, no pudo aclararlo del todo don Severino. Desde que la chica salió a la calle, recobrada de su enfermedad, se lanzó a pasear con su novio por todas partes, desentendiéndose alegremente de los consejos de su viejo amigo.

Así desaparecieron de nuestra calle las dos mecedoras de mi infancia, oscilantes aun en mi recuerdo, siempre en espera de aquellos dos personajes felices que las abandonaron una tarde.

IX

Y ahora la memoria se aclara, prodigiosamente, para recordar los detalles que rodearon al suceso extraordinario.

Era un mediodía. Yo jugaba en el patio de mi casa y me asomaba, de vez en cuando, a la puerta de la calle. La plaza, a pleno sol, desierta, tenía esa luz milagrosa que luego vi en las Anunciaciones primitivas. El rayo oblicuo del sol sobre los baldosines del zaguán, el árbol en esquema ante la puerta, la paloma que cruzaba por el azul de la ciudad, me producían tal arrobamiento que me distraía de mis juegos.

No vi llegar al Angel a nuestra casa, pero sí vi entrar sorprendido a una sola de las hermanas Juárez, primer milagro del día, pues jamás se separaban, que subió como con alas por las escaleras.

Arriba se encerró con mi abuela, con mi tía, y no cesó el rumor de sus voces hasta la hora de comer. La luz se mantuvo quieta, detenida sobre

el paisaje familiar de la plaza, que nunca me pareció tan bella. Cantaban los pájaros en los viejos laureles como si anunciaran gozosas nuevas. A lo lejos, en el horizonte del mar, erizado de velas, inmóvil, acampaba el ejército blanco de los mensajeros. ¿Qué traían para la ciudad en aquel día de fiesta, inusitado, que me hacía tan feliz?

¡Y cuál no sería mi segunda sorpresa al ver los rostros compugidos que salieron del largo encierro! Terminada la visita inesperada, la de Juárez se fué volando hacia su casa.

Poco se habló durante la comida. Decididamente estorbaba nuestra presencia, la mía y la de mi hermana. Pero yo esperaba no sé qué prodigios aquel día y miraba constantemente al cielo, por las ventanas del comedor, retrasando sin querer la sobremesa.

Creo que me dejaron sin postre para abreviar. Debí esconderme en la sala, lugar prohibido para nosotros sin la vigilancia de los mayores, en venganza del agravio. Y allí oí, entre murmullos y suspiros, las auténticas palabras de una anunciación.

—Sabrás—le decía la abuela al tío Alberto—que Alicia va a tener un hijo.

Recuerdo también que salí maquinalmente de mi escondite y entré de nuevo en el comedor. En vano pretendían disimular. Lo había oído perfectamente. Pero cuando iba a comenzar mi serie de preguntas, sentí, de pronto, como un desdén por cuanto me rodeaba y bajé a sentarme en la puerta de la calle.

—Alicia va a tener un hijo—me decía.

Alicia era mi mejor amiga. Sentía yo una fran-

ca predilección por nuestra vecina. En la niebla de mi infancia sus manos despejaron muchas veces mis menores caprichos. Desde sentarme con ella en la mecedora, a riesgo de salir rodando los dos con mis ímpetus, hasta hacerla bajar de su ventana a la calle para atarme los cordones de mis zapatos. El hecho francamente favorable de que fuese a tener un hijo merecía mi visita. Me fuí derecho a su casa cruzando el arroyo.

Aunque luego en la nuestra me riñeron mucho, no pude tener mejor acogida en la de mi vecina. Alicia me sentó en sus rodillas y me estuvo mirando largo rato. No recuerdo ni su voz ni sus palabras. Quizá no me dijera nada. Yo tampoco le dije lo que sabía.

Hubiera sido igual, porque los acontecimientos se precipitaron desde ese instante. De vuelta en casa me tuve la tercera sorpresa del día, sin contar la riña. Don Severino de la Cuesta estaba conferenciando con mi abuela. Y por si necesitaba algo más para acabar de asombrarme, el tío Alberto, al decirle que venía de ver a Alicia, me dió un empujón que me dejó sentado en el pasillo.

Así figura, en las fichas desordenadas de mis recuerdos, cuanto me ocurrió aquel día. Con los años, ¡qué fácil me fué ordenarlas!

Don Severino no había estado nunca en casa. Para decidirse a visitar a mi abuela, algo extraordinario sucedía. Efectivamente, Alicia le había mandado a buscar la noche anterior. Estaba ya acostado. Hacía unos días que no veía a la muchacha, reclusa de nuevo en su habitación por las dichosas anginas, al parecer, negándose incluso

a recibirle cuantas veces intentó verla. Se vistió rápidamente, dada la urgencia del recado, y nunca olvidaría aquella salida de su casa a hora tan desacostumbrada, convencido de que alguna desgracia había ocurrido a su protegida.

Ningún síntoma de alarma notó al entrar en la casa. Alicia le recibió, tranquilamente, en la sala. El resto de la familia—la madre, los hermanos—debía estar durmiendo.

Sin una congoja, sin un gesto de abatimiento, Alicia le confesó su estado. Llanamente: estaba embarazada. El novio, al saberlo, se había apresurado a tomar el primer barco por temor a que caducara su licencia de caza, costosísima. Volvería a casarse, le dijo al marcharse. Ella le despidió sin un reproche. Aceptaba su culpa y su castigo. Como una mujer. Don Severino tenía que olvidarse de su hija adoptiva. No era más que una mujer: una mujer que, al fin, reconocía sus yerros. La vida, de un golpe, la había hecho crecer. Nada de preguntas ni de quejas.

Con su madre no había que contar. Pondría el grito en el cielo al ver en peligro la limosna de consideración social que disfrutaba en la ciudad desde hacía veinte años. Gracias a ella, y hablando en todas partes de Alicia y su belleza, había logrado últimamente trabajo para sus hijos, oscuros mecánicos sin porvenir. De sus hermanos no esperaba ni el comentario. De manera que allí, en su casa, se encontraba ya con enemigos. Capaces eran de abandonarla con tal de reprobear públicamente su conducta. Estaba sola, completamente sola. No tenía sino a don Severino.

El pobre consignatario se lo agradeció conmovido, pero sintió también esa debilidad en las piernas que acomete con frecuencia al comprobar un peso grande. ¿Qué iba a hacer con Alicia? De vuelta a su casa, reanimado con el ejemplo de fortaleza que le había dado la muchacha, buscó la solución. No se podía pensar en traerla a vivir con él. ¡Lo que hablaría la gente! Lo mejor, en definitiva, era un viaje: que se ausentase de la ciudad durante algún tiempo.

A la mañana siguiente se vistió don Severino con esmero. Los escasos transeúntes que desafiaban al sol del mediodía por las calles desiertas, le vieron dirigirse a aquella hora al otro extremo de la población, como hacía treinta años, con ese paso impaciente y refrenado que mueve la mecánica de los buenos amantes. Sólo que ahora, al llegar frente a la casa de las de Juárez, don Severino entró decidido. Había encontrado, por lo visto, el pretexto soñado, la ocasión que aguardara año tras año para acercarse dignamente a las hermanas. ¿Y qué pretexto, qué motivo más noble que aquel que la desgracia de Alicia le inyectaba, como un valor nuevo, en su corazón?

La sorpresa de las de Juárez no tuvo límites. Confidentes por primera vez de don Severino, y en ocasión tan alarmante, no pudieron resistir el peso del secreto. La menor se sintió indispuesta. Tuvo que retirarse. Don Severino se excusaba: si en circunstancias tan graves no recurría a sus amigas, a sus viejas amigas, ¿qué iba a ser de la pobre Alicia? La mayor de las hermanas se ofreció a preparar la entrevista con mi abuela.

—¿Y qué puedo hacer yo, don Severino?—le decía esta última, mal disimulando las ganas que sentía de intervenir de una vez en todo.

—Su hijo vive en París, ¿no es eso?

—Es muy posible—respondió mi abuela fríamente.

El plan era sencillo. Mi abuelo de verdad, que vivía efectivamente en París, podía encargarse de recibir a Alicia y de dejarla instalada convenientemente en alguna parte. Don Severino sufragaría los gastos y enviaría la mensualidad que se fijase. Cuestión de unos meses, hasta evitar el escándalo. Pero había que escribirle, que explicarle en una carta que se trataba de una verdadera obra de caridad.

La abuela así lo prometió. Todo se hizo sigilosamente. Alicia abandonó la ciudad sin que nadie sospechase lo ocurrido. Unos dijeron que iba a estudiar francés, otros que a casarse con su novio. Y el secreto hubiese resistido los golpes del tiempo, en manos de gente piadosa como estaba, si la imperdonable indiscreción de mi abuelo el de París, ganado en el acto por la simpatía y la belleza de Alicia, y medio maleado por el ambiente en que vivía, no hubiese escrito más de una carta a sus amigos de Granda hablándoles de la falta de piedad, y del exceso de hipocresía, de los pueblos pequeños como el nuestro.

La ofensa señaló la pista vejatoria. No se sabe cómo la gente se enteró al fin de la aventura, y la madre de Alicia, con sus mecánicos, desapareció un día de la ciudad.

Juanito se fué a Madrid, a consolarse con las rentas de la tía Andrea. El tío Alberto se convirtió en aquel ser misántropo y aburrido que tanto me desesperó en los últimos años de mi infancia.

Sólo la menor de las de Juárez no se repuso del quebranto sufrido. La visita de don Severino le había impresionado profundamente. No fué sólo su presencia, con ser tanta la emoción que le causara, sino aquel grito de socorro de Alicia que sintió como si le desgarrara las entrañas.

El mal se acentuó rápidamente. Los médicos diagnosticaron alarmados. Sin fuerzas para salir de su alcoba, la de Juárez no dejó de interesarse cada día por la suerte de su joven amiga. Si bien con la desgracia de ésta quedaba su orgullo un poco marchito—no en vano fué su hija espiritual—, jamás salió de sus labios una palabra de condenación. Al contrario. A tal punto llegó su ternura por Alicia que, aun tratándose al fin y al cabo de una desconocida, la llamaba incluso “su Alicia” en las horas clarividentes del delirio. Y con este “su Alicia” misterioso, en las últimas horas de su vida, no sólo quiso cobijar a la graciosa compañera de don Severino, que tantas tardes felices le recordaba, sino también a esta otra de ahora, próxima a ser madre, que llevaba en otras tierras la dulce carga de su hijo como un pecado.

—Pudo ser nuestro hijo—le oyó decir su hermana.

Y expiró. Murió un anochecer, a la misma hora en que acostumbraba a salir de nuestra casa para saludar a su viejo pretendiente. Su entierro fué

noble y sencillo. Pocos amigos, pero verdaderos. No faltó don Severino. En la casa quedó el llanto de la hermana, sola por primera vez, como el llanto de un ave mutilada. Por la calle se fué el ataúd negro: el ala rota, desprendida...

X

La muerte de una de las hermanas Juárez aclaraba, finalmente, el misterio de don Severino. El misterio de sus amores. Mientras la vida mantuvo a las dos hermanas tan unidas, que las hizo inseparables, pudo muy bien aceptarse la indecisión del consignatario. Tan iguales se hicieron con los años las de Juárez, que mucha gente apenas las diferenciaba. Juntas a todas horas, copiándose los trajes, los gestos y hasta las palabras, ¿cómo podía exigírsele al corazón de don Severino, más ciego por enamorado, que las mantuviese inconfundibles a lo largo de sus vidas, seguidas paso a paso, como un perro que husmea dos pistas simultáneas?

Todos disculparon su desorientación. Se admitía que "anduviese detrás de las dos hermanas" como el cazador apunta a la pareja de perdices: para cobrar, al menos, una pieza. Se aguardaba el resultado. Pero la muerte se le había adelantado, eligiendo a la menor de las hermanas, y don Severino, fatalmente, no tenía más remedio que dis-

parar sobre la otra. La ciudad entera atendía al disparo. Hasta la propia interesada, la mayor de las de Juárez, se encerró con su luto en las últimas habitaciones de la casa, tapándose seguramente los oídos para no asustarse mucho, emocionada ante aquel tiro tardío que presagiaba, salva merceda a su feliz supervivencia.

Fueron días decisivos. Pero don Severino, sin duda acobardado, no se atrevió a turbar la paz de la ciudad. Volvió simplemente a pasear la calle, como hacía treinta años, mirando como entonces las ventanas cerradas. La interesada debió saberlo. Redobló su luto y sus encierros, aguardando al menor ruido la visita soñada. Los días pasaban. Hasta el fondo de la sala oscura, en la que aguardaba pacientemente, paralizada por su fe, llegaba el silencio profundo de la casa. Afuera, enredada en los pies de don Severino, la brisa del mar jugaba con el eco de sus pasos: uno ahora, otro más tarde, uno muy cerca, cuando menos lo esperaba... ¿Iría a entrar ahora? La de Juárez se incorporaba temblorosa, prolongando la sombra de su cuerpo hasta el techo. Luego se resignó a su soledad. No hizo siquiera el menor movimiento cuando, pasados algunos meses, oyó efectivamente subir a don Severino por las escaleras.

Venía a traerle noticias de Alicia. Esta había tenido una niña, en París, con toda felicidad. Visita fría, rápida, de obligada cortesía: especie de pago de aquella molestia que le ocasionara otra mañana pidiéndole la entrevista con mi abuela. Después se despidió. Abandonó la sala mirando, intranquilo, por los rincones. Bajó las escaleras,

sin volver la cabeza, y salió, definitivamente, de la casa.

La de Juárez recibió, sobre su corazón, el portazo sonoro de la puerta del zaguán. Fué un golpe rotundo. Comprendió que quedaba aislada del mundo para siempre. Decidió entonces no volver a salir más, y así lo cumplió, puede decirse, durante el resto de sus años. No es que se convirtiera, ni mucho menos, en una de esas brujas enterradas en vida que tanto abundan en las ciudades provincianas. Oía misa los domingos muy temprano y, el último de cada mes, después de la misa, visitaba puntualmente a mi abuela. Por las tardes, al caer el sol, se asomaba sola a su ventana, peinada con esmero, con su traje negro de brillantes adornos, dando a los rayos moribundos del sol que se ponía la llama negra de sus azabaches.

Por la acera, ceremoniosamente, paseaba sus últimos años don Severino. Deteníase de vez en cuando en la esquina de la calle, como corresponde a todo fiel enamorado. Se saludaban de lejos, al oscurecer, cuando los dos se retiraban. No así al abrir la de Juárez su ventana, cada tarde, y descubrirse mutuamente, porque esto se tomaba como una feliz continuación de sus sueños, prevista y conocida, sin el tajo brutal que, al separarlos al anoecer, los dejaba de nuevo solos, pendientes de su doble destino, expuestos en su abandono, sin esperanzas de amoroso auxilio, a las múltiples vicisitudes de la noche.

Pronto se acostumbró la gente a esta nueva modalidad del viejo idilio. No eran los primeros ena-

morados caprichosos que recordaba. Otros habían tenido la ciudad y todos gozaron de popularidad en su momento. Don Severino y la de Juárez cumplieron con su época, dotándola, para regocijo de sus contemporáneos, de esa extravagante pareja, ya madura, que en todas las ciudades cultiva un amor rezagado, como si el tiempo se hubiese detenido para ella en aquel día feliz de sus primeras ilusiones.

Mientras la muerte llegaba y la de Juárez se preparaba a recibirla en su ventana, en aquellos ardientes mediodías en que don Severino reanudó sus paseos, el consignatario empezó a sentirse preocupado. Cumplía una función vital al insistir en el tema de su vida, fuera del cual se hallaba en mundo nuevo, pero no encontraba ya la fuerza conocida, legado de su juventud, que le ataba voluntariamente a la contemplación de las de Juárez, sin otra preocupación que sus miradas. Alicia estaba allí, frente a sus ojos, donde quiera que mirase.

Habitado a verla cada día, la imagen de la muchacha se había situado de tal modo en el paisaje de su vida, que apenas existía rincón donde no la descubriese. Tan pronto era en el marco natural de las calles y lugares frecuentados por Alicia, como, cerrando los ojos, la veía igualmente viva y fugitiva cruzando por su memoria. En vano se esforzaba en olvidarla. Allí estaba, presente siempre en su corazón, casi administrándole, gota a gota, sus últimos años de esperanzas.

En las frías tardes del invierno, mientras paseaba la calle a la de Juárez dando al viento la

locura de sus pretensiones, su pensamiento, cálido y tranquilo, reposaba al otro lado del mar, entre las manos de Alicia, como cansado de sus desvaríos. ¿Qué importaba que él fuera para sus paisanos un pobre viejo tardo en sus decisiones, gastado inútilmente en un pasar y repasar sobre una acera, si conservaba su otra vida propia, palpitante de promesas, manejando el consuelo y la protección de Alicia?

Don Severino lo pensó unos días. Al cabo pareció decidirse: daría su nombre a la recién nacida, y ésta y su madre vendrían a vivir con él. Si había falta se casaría con Alicia.

La ocurrencia le dejó perplejo. ¡Casarse con ella! Oyó distintamente que le murmuraban al oído: “una noche me dijo que lo que usted quería era casarse conmigo”. La voz no era la de Alicia. Tenía un marcado acento extranjero que le enfurecía.

Procuró serenarse. Bien mirada, la situación de Alicia demandaba urgente socorro. Nadie acudiría en su auxilio. Faltaba a los hombres, en general, ese latido generoso, ese impulso arrollador hacia lo bueno que doblaba ahora como un arco su corazón. ¡Feliz remate de su vida! A la sombra de su vejez, ¡cuánta paz para todos! ¡Ah, señoritas de Juárez: tanto dudar de la ilusión y ella iluminando todavía, como una gruta maravillosa, el pecho hueco de don Severino!

Así, con su ilusión dentro del pecho, reanudó el consignatario, sin embargo, su ronda de la tarde. Hasta parecía sonreír cuando miraba a su vieja enamorada. La de Juárez, en aparente olvido del

asedio, no dejaba de percibir aquella alegría inusitada. ¿Qué le acontecía a su antiguo pretendiente? Compartía ella, a ciegas, la imprevista felicidad que parecían prometerle sus miradas, y algo muy de los dos, cargado de ternura, quedaba aludido, furtivamente, al tropezarse sus ojos. Nacía de este modo, entre la ventana y la calle, suspendido en el aire, un mundo sorprendente. La de Juárez, como siempre, aguardaba deslumbrada.

Mundo nuevo, efectivamente, recién creado por don Severino, no faltaban a animarle, como en toda verdadera creación, los seres de fantasía. Eran los más. Alicia ya no era Alicia, la ahijada burlona. Se había transformado en una pobre mujer sin voluntad, que sólo aspiraba, humildemente, a caer en los brazos abiertos de su protector. Ni don Severino era don Severino. ¿Qué quedaba, realmente, del antiguo comisionista en aquel continuo imaginar de su nueva vida? Apenas su figura respetable de consignatario retirado, no tan viejo, sin embargo, que no pudiese aún acompañar con decoro la joven prestancia de Alicia, cuando al atardecer, de vuelta del paseo interminable de los domingos, se detuvieran un momento a descansar, antes de entrar en casa, en la sala apacible de la de Juárez. Porque él, don Severino de la Cuesta, ese fantasma del mundo que descubría cada mañana en el espejo para volverlo a perder durante el resto de las horas, se había evadido de tal manera de sus límites—rota ya toda disciplina—, que ahora se proyectaba fuera de su cuerpo, dueño del tiempo y el espacio, disponiendo a su antojo de

esa vida espectral en la que cada sombra es un capricho.

Así se imaginaba su casamiento con Alicia, las horas futuras que le aguardaban, cerrado ya el círculo de sus afanes, consagrado por entero a refundir sus ilusiones en una larga vejez de paz. No quedaban fuera de sus sueños ni siquiera los más remotos. Allí, junto a Alicia, en el nuevo hogar que fabricara, habría también un sillón amplio, propio para los cuerpos fatigados, en el que su amiga, la de Juárez, deteniendo un momento el inútil arrastrar de su existencia, podría asimismo compartir su dicha ya que, al fin y al cabo, cuanto él pensaba ahora—el porvenir, sus sueños, Alicia y el pasado—no era una ambición improvisada para calmar su soledad, sino algo así como el resumen de su vida entera, en la que ella, la de Juárez, su imposible amada, había ocupado lugar tan preferente. ¿Cómo olvidarla ahora, próxima ya la muerte, en el término feliz de sus proyectos?

Don Severino sonreía. Sonreía por las tardes al pasar frente a la ventana de su amiga porque él, sólo él, tenía el secreto de su felicidad. Tan oculto, sin embargo, que nadie pudo adivinarlo. Tan grave, en su delicada fórmula, que no pudo con nadie compartirlo. Tan dulce que le hacía soñar despierto. Tan imposible, después de meditarlo algún tiempo, que el pobre consignatario, resignado, terminó también por renunciar al mundo, por cerrarse en su cuarto, avergonzado de sus propósitos, buscando en la soledad su único consuelo.

Lo halló, naturalmente. Pensando en Alicia, dedicando día y noche a su recuerdo, sus proyectos

cobraron nuevo brío. La escena volvió a animarse: casi el mismo paisaje, idéntica paz. Vió otra vez todo—el porvenir, sus sueños, Alicia y el pasado—en el mismo orden que él había dispuesto. Sólo faltaban dos personajes secundarios. Ahora no se distinguía sino a una pareja que conducía a una niña de la mano. Alicia era feliz: junto a ella marchaba un hombre joven, alegre, generoso...

¿Y por qué no? ¿Por qué no empezar de nuevo? ¿Por qué no habría de encontrar, al fin, un buen marido para Alicia? Quedaban eliminados, únicamente, los dos personajes secundarios: don Severino, en su cuarto de soltero; la de Juárez, en su ventana.

XI

Don Severino se dedicó a escribir, carta tras carta, a sus antiguos corresponsales extranjeros. En todas ellas, luego del comentario obligado recordando los pasados negocios, párrafo rebotante de nostalgia y el más literario de la epístola, comunicaba la estancia de su ahijada en París, recomendándola a la buena atención y eficaz solicitud, etcétera, etc.

Paciente, breve, categórico, como cuando ordenaba los cargamentos de sus barcos por los puertos del mundo, situaba ahora la posición de Alicia—latitud de París—a las miradas previsoras de sus agentes. No importaba el país. Lo interesante era establecer la vigilancia.

Con sus corresponsales franceses fué más expresivo. A algunos hasta envió el retrato de su ahijada. Recordaba aquellas amplias oficinas, que había visitado tantas veces, con un personal numeroso, juvenil... ¡Quién sabe!

Escribió además a Alicia. Carta de severos con-

sejos, de agudos descubrimientos de peligros. Le daba cuenta de su decisión. Alicia, por el momento, debía continuar en Francia. Deseaba perfeccionar su educación, rodeándola, por lo demás, del bienestar decoroso que afortunadamente podía ofrecerle. Le comunicaba, también, la correspondencia cruzada con sus amigos, la preparaba a ensanchar el círculo de sus relaciones... Finalmente, le informaba de su más grave decisión al brindarle su modesto nombre a la recién nacida, "ya que no he tenido la dicha de encontrarme a su lado —escribía—y llevarla a la pila bautismal".

La carta de contestación de Alicia fué una explosión de felicidad. Por primera vez la encabezaba llamándole "padrino". Don Severino leyó y releyó esta palabra con el mismo interés con que, en otros tiempos, consultaba gravemente la clave de sus telegramas. Era una palabra final. Así lo comprendió y, bien impuesto de su contenido, volvió a reanudar sus paseos, ya del todo tranquilizado, frente a la casa de la de Juárez.

Esta crisis silenciosa del consignatario no habría producido sino sus felices resultados, y nosotros hubiésemos sido los primeros en alegrarnos. Pero, desgraciadamente, su decisión trascendental de enderezar el porvenir de Alicia había de arrastrar, con sus precipitadas consecuencias, la sangre ligera de nuestro abuelo de París. Por él supimos, por una de sus cartas, los propósitos de don Severino respecto a su ahijada, ya que, con su natural indiscreción, nos confesaba haber sido el principal confidente del consignatario en su larga correspondencia sobre el asunto. Y esta información nos hu-

biera incluso divertido, provocando los diversos comentarios de las personas mayores, si una última carta del abuelo, conteniendo una de sus más increíbles iniciativas personales, no sembrara repentinamente nuestra casa de una espantosa confusión. El abuelo nos anunciaba su visita, acompañado naturalmente de su mujer, de quien jamás se separaba, con el único objeto de traernos a la niña de Alicia para que se criara en nuestra casa. Así lo había decidido. Ni siquiera lo comunicó a don Severino. Así convenía al porvenir de Alicia. Carta de pocas líneas, de condensadas instrucciones, con todo el agobio esquemático de un telegrama.

Por otras cartas que siguieron al consignatario pudimos aclarar lo que se proponía. Se trataba de facilitarle la vida a Alicia, vistas las perspectivas de un posible matrimonio, aligerándola de aquel peso muerto—y de momento tan vivo en sus exigencias—que suponía la presencia de la pequeña.

Alicia combatió cuanto pudo este proyecto de separación, pero al cabo tuvo que rendirse. Mis abuelos embarcaron en un puerto de Francia, rumbo a Granda, con Alicia III.

Este momento de nuestra vida soñolienta se anima, a intervalos, con la llegada del cartero. Viene a ser su presencia en nuestra casa tan necesaria y tan temida como la del médico. Se vive en espera de su figura borrosa, de unas cuantas palabras indiferentes: “carta para la señora...”, “certificado...”

La salud de la abuela declina. La tía Elvira, por

primera vez, se siente impresionada. No es que el Destino no le siga ofreciendo novedades—¡qué dulce, en el fondo, la de volver a oír por la casa las primeras palabras de una niña!—, pero es que la tía conoce bien a su hermano, desconfía a su pesar de tanta generosidad precipitada, y presiente, sin poderlo evitar, que aquel gran disparate que viene navegando se entrará un día por la puerta como un ejército descompuesto. ¿Qué viene a hacer en casa, si no, aquella gente atropellada, incluso la niñera de París, conducida por el loco de su hermano?

Para nosotros, los pequeños, cuanto sucedía era de una lógica perfecta. Acostumbrados como estábamos a los caprichos de la abuela, los que pudiera imaginar su hijo—que era el abuelo de verdad—, no sólo contaban con nuestra aprobación, sino con nuestro respeto. Era precisamente él, en nuestra dilatada escala de mandatarios, el único capacitado por derecho propio para ejercitar esa gama infinita de atropellos que, en las familias numerosas, despliegan entusiasmados los abuelos. Su madre, en realidad, no era sino nuestra bisabuela, algo muy alejado en el tiempo para el cálculo infantil de nuestro acatamiento, ya que tanto valía sentirnos partidarios de su causa como hacernos esforzados defensores de los reyes de la Edad Media.

El abuelo, además, le llevaba una ventaja: nunca lo habíamos visto. Habíamos oído hablar de sus rarezas como habíamos oído hablar de las jirafas: sin sorprendernos mucho de que fueran como decían.

Teníamos un gran interés en conocerle. Perdido durante años por las calles interminables de las grandes capitales, sin que supiéramos a veces, a punto fijo, en cuál de ellas viviría, su recuerdo lo asociábamos inmediatamente a toda gran empresa. Si la guerra europea pudo evitarse por aquel año inquieto de 1909, no andaba lejos, para nosotros, la mano mediadora del abuelo. En las fiestas de aviación, sobre todo, a las que asistían tantos caballeros con sus chisteras, ¿no era él, acaso, aquel más destacado que extendía su brazo hacia el horizonte?

No estaba dispuesto por la Providencia, sin embargo, que le conociéramos en circunstancias favorables. Mi abuelo llegó a Granda, en un barco enorme, cargado de negros y de niños coloniales, el mismo día que enterrábamos a su madre. Una larga hilera, con las últimas levitas de nuestra ciudad, marcaba el paso lento del entierro en el instante en que el barco fondeaba.

Mi abuelo se apresuró, enterado en el puerto de la fatal noticia, a incorporarse al triste cortejo con su traje flamante de viajero. Descompuso un tanto la severa ceremonia. Aportaba a aquel acto de rígida etiqueta no se qué desenvoltura que se comentó mucho después. No llegó a dispersar los nobles sentimientos de nuestros amigos, pero sí enfrió bastante el momento de despedir el duelo. Nadie se explicaba la presencia de aquel señor extravagante, en el grupo nutrido de los deudos provincianos, dispuesto a aceptar con la mayor locuacidad, tan impropia de las circunstancias, los breves pésames que le correspondían.

Grave injusticia se cometió con el abuelo. Aquella misma noche le vi llorar a solas, disimulando las lágrimas con una tos que ahogaba en un amplio pañuelo de hilo.

Cumplido el triste deber de acompañar a su madre, volvió al puerto a hacerse cargo de la tribu abandonada: criados y más criados extranjeros, rodeando a la pequeña Alicia. Entró después en casa, silenciosamente, al atardecer, del brazo de la abuela, como si ambos cayeran desprendidos de la ampliación fotográfica de la galería.

Los recibimos, entre sollozos, la tía Elvira, nuestra tía Enriqueta—que en tan señalada ocasión no dudó en hacernos una visita acompañada de su marido, que aprovechó la tarde para inspeccionar detenidamente nuestros muebles—, el tío Alberto y yo. Mi hermana se negó rotundamente a conocerlos. El resto de los viajeros se alojó en el Hotel Universo, acaso en las habitaciones del cazador furtivo, en espera de instrucciones.

Sospecho que no llegaron a recibirlas. El abuelo se instaló en nuestra casa y, pasadas las primeras veinticuatro horas de duelo, comenzó a hablar de tal manera que aun hoy me parece estarle oyendo. No había diálogo posible. Hablaba sin cesar con todos, hasta consigo mismo, desarrollando tal cantidad de temas diversos que no se lograba fijar uno. No tenía conclusiones, ni propósitos definidos: sólo un afán de imprimir a la vida una loca velocidad que, forzosamente, la hacía escaparse por puertas y ventanas. En casa no quedaba más que el eco de sus palabras.

Para la tía Elvira, amorosa coleccionista de rea-

lidades, la vida era más lenta: a tiempo, jugosa. Aquella palabrería no podía impresionarla. Todos teníamos que envejecer pensando, poco a poco. Lo otro, alterar el movimiento natural por capricho, no eran sino ganas de querer empujar el mundo a fuerza de gritos y locuras.

El abuelo no se atrevió a concretar sus pretensiones. La muerte de su madre, y la jefatura actual en casa de la tía Elvira, le obligaron a modificarlas. Habló extensamente, eso sí, de Alicia y de su hija, pero bien veíamos que se batía en retirada.

En cuanto a la abuela de verdad, jamás nos pareció tan de mentira. Habitados como estábamos al genio de la vieja bisabuela, tan pródiga en inquietas ocurrencias, esta sencilla señora casi muda, constantemente acobardada ante la vitalidad de su marido, mejor que el papel de abuela que le correspondía, llegó a representar, para nosotros, el de cualquiera amiga íntima de aquella abuela auténtica que nos había defraudado.

Mi hermana y yo visitamos a la pequeña Alicia en el hotel. Salimos mal impresionados. Nos pareció impropia la habitación en que dormía, atestada de grandes muebles, como para una persona mayor. La sorprendimos, al entrar, reflejada en uno de los armarios, como abandonada en el espejo. Dormía en una cuna improvisada, en el centro de la habitación. La altura del techo nos pareció enorme. Ni un juguete, ni siquiera un ornamental. Es verdad que tenía sólo unos meses, pero ya dormía, según nosotros, como un huésped sin importancia. Afuera, por los pasillos, cerca de la

puerta, se agrupaban los criados del abuelo mirándonos con insistencia. Salimos francamente desilusionados.

Fué la única vez que la vimos. A los pocos días bruscamente, el abuelo habló de regresar a Francia. Nadie se opuso. Ni siquiera don Severino, personaje secundario en todo este trastorno, que no se había aventurado a presentarse cargado con su responsabilidad de padre adoptivo.

Nuestra tía, de lejos, tuvo la adhesión leal de la de Juárez. El buen sentido de la virgen solterona dominaba a sus instintos maternos.

—Mucho me intereso por Alicia—había explicado—: por eso hay que devolverle a su hija.

No fué posible, sin embargo. Alicia III no volvió a París. Se quedó, para siempre, entre nosotros. Con la fatiga del viaje, entre manos torpes de criados, lejos de los cuidados de su madre, enfermó y murió rápidamente.

Su entierro fué un juego sorprendente. Aquella caja blanca que salió aquel día de Pascua del hotel, como una caja grande de sorpresas, buscó un momento su árbol de Noel entre los viejos laureles de la plaza. Alicia se hubiera asomado a la ventana para verla alejarse. ¡Tanta pena daba que se la llevaran!

No faltaron personas a la antigua que relacionaran, como es de rigor en estos casos, las dos muertes sucesivas: la de la bisabuela y la de la niña. Colocado el abuelo entre las dos, fué el puente negro de los maleficios. Su mujer, como de costumbre, no dijo una palabra.

Alicia perdió a su hija. El abuelo se limitó a

tomar el primer barco con los suyos. De don Se-
verino no se acordó nadie. Siguió cursando sus
órdenes al Banco. Le habría gustado contar, sin
embargo, que él también había perdido una hija.
Pero no se lo hubieran creído.

XII

Entre los años 1909 y 1914 debe fijarse la fecha que señala el apogeo de la ciudad de Granda. Un siglo antes, cuando la ciudad no era más que un oscuro poblachón de “muy levíticas costumbres”, como apuntaba alarmado un cronista contemporáneo, la vida limitada por las viejas murallas que rodeaban el caserío, debió imprimir profundos rasgos en el carácter de sus habitantes.

Además de las murallas, hasta hoy famosas a pesar de no conservarse de ellas ni vestigio, seis grandes monasterios cerraban entonces el paso al transeúnte con sus paredes interminables. Esta necesidad, que diríamos, de “volver a casa” apenas puesto el pie en el arroyo, dió como resultado inevitable la hostilidad a la calle, a lo de afuera. Si alguna vez se arriesgaron aquellos pacíficos ciudadanos a asomar sus cabezas por las murallas, en busca de más amplios horizontes, pronto se debieron convencer de que estaban mejor en sus hogares. La peste, el cólera, la fiebre amarilla y de

otros colores, fueron algunas de las tantas delicias que recibió la ciudad, periódicamente, de otras tierras. Alternaron, claro está, con los azotes naturales: el látigo del viento africano que arrancaba las cosechas, la langosta, la sequía...

¡Qué bien se debió vivir, entonces, dentro de las casas! Siempre dentro. Tan dentro, que la vida pasaba, ignorada, rozando los anchos zaguanes sin que apenas se conmovieran sus habitantes.

Así debió nacer, poco más o menos, el culto al hogar que ha distinguido siempre a la ciudad de Granda. ¡En pocas ciudades se habrá cultivado con tal perseverancia! Cuando, iniciado el siglo xx, nos trajo éste sus pequeños inventos confortables, fueron ciudadanos de Granda los primeros y más devotos beneficiados. Allí se tuvo el primer gramófono, el primer teléfono, el primer cine, la primera botella de agua de colonia legítima...

La calle, por tanto, se incorporó con rapidez al hogar, al menos sus productos más notables. Y así creció la segunda ciudad, cómodamente recluída en sus viviendas, multiplicando increíblemente el número de sus casas y mostrando al forastero, desolado, la también increíble soledad de sus calles.

Otro previsto resultado de esta aversión al trato humano fué la rigurosa clasificación interior de la ciudad. En Granda hubo siempre clases: aristocracia auténtica, clase media sufrida y un pueblo resignado...

Nuestro rutilante siglo se empeñó, sin embargo, en abrir todas las puertas. Introdujo nuevas costumbres, empujando a numerosas colonias extran-

geras en busca de las riquezas naturales. Creó un gran puerto, señaló mercados... La ciudad tardaba en animarse. Se necesitó toda la fiebre alta de negocios que había más tarde de prostrar al mundo con la grave enfermedad de la guerra, para que el ciudadano de Granda se decidiese, por de pronto, a viajar.

De entonces, aproximadamente, data esa calurosa admiración al extranjero, los viajes complicados, la alegre administración de la riqueza, que hacen a muchos de los hogares de Granda francamente hospitalarios. La calle, de momento, continuó abandonada.

Pero, en los días de nuestra historia, puede decirse que la tía Elvira no conoció la soledad. Nuestra casa, bien confortable, recibió todas las visitas y los pésames. Sin esfuerzo alguno en mis recuerdos vuelvo a ver la fila interminable de sombras que nos visitaron. No sospechamos jamás—y esto fué imprudentemente declarado en voz alta por mi hermana—que tantas personas lamentasen la muerte de la abuela. La tía Elvira no era la menos sorprendida. Poco amiga de visitas, con un reducido trato social que apenas extendía su radio de acción más allá de las de Juárez, no dejó de preocuparle la extensa popularidad, por lo visto, de la abuela. Descubrió así muchos secretos de su madre, celosamente guardados, sin duda, por miedo a las reconvenções familiares.

La abuela se relacionó con todo el mundo. Movida por su curiosidad insaciable debió meterse en todos los hogares, mezclarse en todo pleito, adquirir incluso compromisos económicos, en socorro de

familias necesitadas, que difícilmente pudo atender más tarde.

De sobra conocido nos era su carácter alerta, dispuesto siempre a vigilar las andanzas del prójimo. Su afán de novedades la llevó a más de una extravagancia. No hubo desvelo en el que no participara. De ella se contaba que, allá en su juventud, teniendo una amiga enferma, medio inválida, en un pueblo apartado de la ciudad, amiga a la que alguien recomendará que aprendiese a tocar el violín para combatir el tedio de sus males, la abuela se había ofrecido, voluntariamente, a tomar las clases en la ciudad con el único profesor que entonces había, a fin de transportarlas en persona a la enferma.

Esta y otras historias nos las sabíamos de memoria, formaban, por decirlo así, la sustancia de las tertulias familiares en las veladas de buen humor. No era extraño oírle decir a mi padre, por el que siempre la abuela sintió especial predilección, en un tono de voz que nos hacía brotar la risa, y refiriéndose a la conocida anécdota:

—Dinos, abuela: ¿cuándo nos das ese concierto?

De manera que estábamos preparados. Pero aquella franca inclinación que sentía a no estarse quieta en ningún sitio, y que todos justificaban en la abuela como una especie de energía natural que necesitaba dispersarse, no dejaba de preocupar a la tía Elvira, su más profunda conocedora, que se tradujese a la hora de su muerte en tan concretas y molestas realidades.

¡Quién iba a sospecharlo! Aquel ir y venir de la abuela tuvo siempre un objetivo. Nada más lejos

de sus propósitos que aquel disparatado deambular que aparentaba. Era cierto, rigurosamente cierto, que había puesto el primer telegrama de la ciudad al establecerse el valioso servicio, pero esto entraba en los pequeños pecadillos que era fuerza olvidar...

Tuvo otras actividades menos perdonables.

Por un régimen de liberalidad, realmente excesivo, dispensaron las autoridades de nuestra ciudad, durante muchos años, una tolerancia ilimitada a toda suerte de locos y mendigos. Llegaron éstos a formar horda independiente.

Anotados quedan en la crónica ciudadana, por uno de sus cronistas más insignes, los datos destacados que hoy necesitaríamos para reconstruir el ambiente de la calle principal de la ciudad, por ejemplo, a comienzos del siglo XIX. No me resisto a copiar sus palabras:

“Cualquier forastero que en aquellos tiempos hubiese atravesado la calle, creería que se hallaba en medio de un gran manicomio al oír la gritería infernal que producían casi diariamente los borrachos, locos, etc.”

Veamos la detallada relación:

“A lo largo de la calle aturdía con sus penetrantes gritos la Luisa Montesdioca, víctima de embriaguez habitual, vomitando denuestos y sacando a pública subasta las vidas ajenas... Allá, José el loco... arremetía a garrotazos con el primero que se le antojaba. Acá, la Coscolina, que la echaba de hechicera, aterrorizaba con furiosas amenazas a las cuitadas vendedoras que se negaban a sostener sus vicios. Allí la Isabelita, loca razonadora, detenía

a los transeúntes con su interminable charla de desatinos, entre los que brillaban algunas frases de espiritual concepto. Por todas partes andaba afanoso *Pata de gallo* con sombrero de pico, casaca, pantalón ajustado de punto, bota de campaña y bastón, entrando y saliendo de todas las casas y echando víboras y culebras porque no le entregaban los bienes que le pertenecían como heredero universal. Acullá el cobrizo, flaco y larguirucho Pablo Jariano, verdadero tipo de beduino, llamaba con voz aguardentosa a su compadre don Simón, el gobernador de las armas, para que lo defendiera de la embestida de los pilluelos. Por otra parte, encaramado en el pilón de una fuente, el negro Jerónimo predicaba con desaforados gritos y al terminar exclamaba: ¡Lloren ya, malditos! ¡Lloren, condenados! ¡Lloren todos...! No lejos aparecía un viejo mendigo echando maldiciones y tirando piedras, porque le llamaban *pitoco*, cuerno verde y alcahuete de las brujas. Más cerca, se tropezaba con el imbécil Poleo, que sostenía con vacilantes pasos su crecido vientre y con estúpida risa, fijando sus diminutos ojos en los transeúntes, parecía que les quería decir: “¡Apuesto a que sois más felices que yo!”

Todo esto, según cuenta el cronista, en una larga calle marinera, aturdida por el ajeteo constante del tráfico, el vocerío agudo de las pescaderas y el zumbido ensordecedor de un enjambre de muchachos dedicado a la pedrea y a los improperios.

Pero estos brillantes párrafos de la crónica quedan sólo aquí como antecedentes de la nuestra. No nosotros no conocimos tan soberbio espectáculo. Ni

los mendigos ni los locos pudieron escapar a la tiranía del progreso: ad decentaron sus vestimentas, dejaron de hablar a gritos.

Fuera por aquella tradición liberal de las autocridades, o porque sintieran iluminadas las tinieblas de sus cerebros por las luces del siglo que alumbraba, lo cierto es que locos y mendigos desaparecieron de la ciudad como espectáculo humillante. Los mendigos eligieron su día, el sábado de cada semana, para recoger sus limosnas. Los locos eligieron su calle.

Esta calle—"la calle de los locos", naturalmente—es uno de mis recuerdos más confusos. A veces la he tomado por el escenario de mis sueños. Vive en mi memoria, fluctuante entre lo visto y lo pensado, en esa zona intermedia de profundas sombras que venda las frentes ardorosas de la infancia.

En esa calle se instalaron aquellos desgraciados que, contando con más o menos acomodados familiares, se mostraron dispuestos a organizar sus vidas. Los reunió allí, en una misma calle, como una especie de oscura complicidad o, mejor, como un general acuerdo tácito para soportarse los comunes desvaríos. O quizá les movió, tan sólo, un afán de tranquilizar sus vidas, de alejarse del mundo de los cuerdos en el que no podían ser felices, de apagar su disonancia estrepitosa en un rincón de similares ecos, de afrontar libremente sus rencores y sus afectos, de desarrollar, en fin, sus personalidades mutiladas.

Lo cierto es que allí vivieron reunidos. Y hasta hicieron su comercio. Recuerdo bazares, sombrere-

rías, tiendas de encajes y planchados regidos por seres indudablemente perturbados, quienes, al morir, dejaron con las pingües ganancias para sus herederos pruebas inequívocas de que no habían obrado menos certeramente que los cuerdos.

Esta calle fué una especialidad en las relaciones sociales de la abuela. Locos pacíficos los moradores, en su mayoría, debieron aceptar la amistad que ella les brindaba, gustosos de mostrar la condescendencia del lugar hacia el mundo oficialmente razonable.

En realidad, no estaban todos tan locos. Había sus matices. En aquella calle de mi infancia y de mis sueños vivieron muchos seres desgraciados, eso sí. Pero al señuelo de una mayor libertad de movimientos, a la sombra de aquel rincón de tolerancia, amparador de todo capricho, vivieron también en él algunas personas de juicio, aunque no exentas de visiones.

Pero fuera la que fuese la diversa condición de aquellos vecinos, todos ellos supieron mantener su rango en la ciudad. Acentuada, más o menos, su peculiar extravagancia, salían, a veces, de su calle, y era muy fácil distinguirlos. "Ese vive en la calle de los locos", llegó a ser una frase popular para denigrar a ciertos personajes.

Rodeaba a la curiosa calle, sin embargo, como un respeto supersticioso. Nadie la frecuentaba después del toque de oraciones. Las contadas personas de juicio, que antes citábamos, y que, por un motivo o por otro, decidieron en ella avecindarse, eran miradas por los transeúntes con veneración.

¡La calle de los locos! ¡Aún oigo mis pasos so-

bre sus aceras gastadas, detenidos un momento frente a los portales más oscuros, auténticas guardias de mansos dragones!

Viven hoy sus moradores en mi memoria tal como aprendí a conocerlos: alineados, en fila, por numeración inversa de la calle, clavados sus rostros extáticos en el vano de las ventanas. Poblaron casi todos los sueños de mi infancia y, durante algunos años, ocuparon de lleno mi fantasía. Fueron tan buenos guardianes de mis sueños, que no me permitieron, al despertar, comprobar su mentira.

XIII

Ese mundo confuso, y en parte atormentado, que frecuentó la abuela en sus últimos años, se nos encontró por casa una mañana, apenas recobrada nuestra tranquilidad con la marcha de los abuelos de París, llenando las escaleras de alegre algarabía.

El primer loco se presentó sobre las diez. Sujeto tranquilo, de correctas maneras, se limitó a sentarse en uno de los escalones de la entrada, aguardando la ocasión de visitarnos. Allí lo descubrió mi hermana, quietecito, y subió alborozada a contarnos que había "un pobre bien vestido" junto a la puerta.

Funesto error. Antes de que el supuesto mendigo nos explicara el objeto de su visita, y la tía empezara a adivinar, oscuramente, la indudable responsabilidad de la abuela en el asunto, tuvimos que sufrir toda una larga serie de argumentos en defensa de un honor ultrajado.

—Mendigo no—nos repitió tercamente—: amigo, entiéndase bien, de la difunta señora.

Su visita fué breve. Venía a confirmar la muerte de la abuela. ¿Era cierto que había fallecido? Su pregunta, en el fondo, encerraba una cierta desconfianza.

Personalmente, él no creía en la muerte. Cuestión de principios. Había oído hablar con frecuencia, como todo el mundo, de las personas que se morían, pero, en general, no le parecía tan sencillo establecer, como se pretendía, una línea divisoria entre ambos mundos—el de los vivos y el de los muertos—, salvo en los casos de personas atacadas de aguda misantropía. Estas sí estaban expuestas a morir. Por natural inclinación, o lo que fuese, se trataba de seres aislados, al borde mismo de la soledad. Un paso más y se encontraban fuera de la vida. No quedaba de ellos ni el recuerdo. Pero, dadas las circunstancias excepcionales que adornaron la existencia de la abuela, rodeada de afectos y gratitudes tan sinceros, no había que hablar de la muerte: vivas estaban sus obras, presentes sus caridades, sus protegidos, sus amigos...

No hubiésemos tenido nada que objetar, si el singular amigo de la abuela no llega a levantarse de su asiento en este punto, dando por terminada, bruscamente, la visita. No hubo forma de que la continuase. Se negó, incluso, a estrechar la mano de la tía al despedirse. Cuestión, también, de principios.

Ya en la escalera, a manera de excusa, se volvió y le dijo no sin cierto desdén:

—No me importa que usted se figure que estoy loco.

La tía quedó consternada. Lamentaba de veras la actitud del desconocido, al tiempo que no conseguía explicarse qué clase de relaciones pudo establecer su madre con sujeto tan curioso.

Pronto le siguieron otros. Como puestos de acuerdo, por turno riguroso, desfilaron por casa aquella mañana los seres más extravagantes. Hubo alguno que se excedió hasta el punto de hacer intervenir a los criados. Recuerdo a una pobre mujer que, con gestos de franca independencia, sin mecánica relación alguna con lo que exponía sosegadamente, intentó de pronto asirse con ambas manos a la araña grande de la sala. Tuvieron que sacarla, en brazos, a la calle.

¡Mañana rebosante de emociones! Mientras mi hermana y yo, impresionados, corríamos por los pasillos, ahuyentando los fantasmas del miedo, a nuestras espaldas, sigilosamente, subían sin cesar por las escaleras otros fantasmas vivos.

La casa se llenaba de palabras nuevas, de rostros inverosímiles. ¿Qué hacía, por ejemplo, aquel señor afeitado, de mirada indecisa, apoyado momentáneamente en el jarrón de la antesala?

Sólo al término de la mañana pudimos explicarnos, al fin, tan inusitado visiteo. Un personaje clarividente hizo su ansiada aparición.

Doña Amalia Bermejo, viuda de Sabatini, se presentó en casa dando las doce en el reloj, como si su presencia por primera vez ante nosotros requiriese el himno completo de las horas. Amiga de toda confianza de la abuela, según aseguró, pudo precisar a la tía Elvira el género de relaciones que sostuvo su madre con tanto desgraciado.

La viuda de Sabatini se hacía llamar siempre la señora de Bermejo. Dama acreditada, aunque vecina también de la calle de los locos, había llegado a la ciudad hacía pocos años. Todo en ella —su origen, su pasado y hasta su propio nombre— estaba envuelto en un suave misterio, pero no en uno de esos misterios que convierten a las personas en francamente interesantes, sino más bien en una de esas tenues aureolas que desprenden, como su propia luz, los seres dotados para la poesía.

Todo en ella era romance: su vida, sus amores, su simple andar por casa. Pocos seres más aptos para insinuar ese doble fondo de las cosas, esa belleza viva que ocultan, con frecuencia, los hechos más triviales.

Lo que para los demás no contaba sino como meros actos cotidianos—levantarse, leer el periódico, comprar jabón—era en su ejecución tan minuciosamente atendido por la señora de Bermejo que, a la fuerza, quedaba henchido de trascendencia.

Nada más entretenido, por ejemplo, que oírle contar su última visita. Resultaba que no había visitado, al fin, a nadie: no estaba en casa la persona, se retrasó sin querer en unas compras, su reloj se había parado a las tres y diez... Pero todas estas circunstancias negativas, de tan menguada substancia para la narración, sabía exponerlas con tal rigor de método que terminaba dominando la atención del auditorio.

De un orden perfecto, exigente, en cuanto le rodeaba, su casa, que conocimos más tarde, daba la sensación de una pequeña industria en marcha.

Cada objeto era de una utilidad inmediata. El botón que se caía, la lima que necesitábamos, el quitamanchas, la receta antigua, allí estaban, al alcance de nuestra mano, en el cajón de la derecha...

Su edad no entraba en el misterio. Confesaba cuarenta años. Y aunque de lejos pudiera pensarse que ocultaba algunos más—por no sé qué manera de llevar unos abrigos negros, de largo corte eclesiástico—, se desechaba en seguida, al acercarse, el cálculo precipitado. Sobre todo al ver su cara: tersa, joven aun, un tanto borrosa por la falta de rasgos expresivos, hacía pensar en esas cosas lejanas que se descubren desde el mar, sin precisos contornos, y en las que luego, al arribar el barco, descubrimos una naturaleza armoniosa.

¡Lástima grande, sin embargo, la terrible seriedad que imprimía a su rostro! Había que estar en el secreto para no sentirse cohibido.

La señora de Bermejo, que nosotros supiéramos, no tenía graves motivos de preocupación, pero entendía que una apariencia severa, delicadamente administrada, dada su frágil condición de viuda, situaba ante los demás como una fortaleza inexpugnable. Era algo así como advertir al prójimo que ella también tenía su importancia.

No lo dudamos un momento. Su historia, sus palabras, su mismo acento cautivaban.

Había nacido en América, término de tan amplia geografía que durante algún tiempo nos dejó desorientados. No es que ocultara su patria, ni mucho menos, sino que, por el contrario, le parecía tan fácil de adivinar al citarnos constantemente nombres de amigos y paisajes suyos, que, cuando

nos relataba una excursión y nos decía: "fuimos allá con los de Páez", su mirada nos exigía, inmediatamente, que supiéramos de antemano el nombre del lugar de la excursión. Si alguno de nosotros, más impaciente, intentaba en seguida precizarlo, respondía rápidamente: Páez.

Esta era su poesía, su ir y venir constante entre la niebla. Apenas tocaba la tierra la señora de Bermejo.

Cuando hablaba de su pasado, todo él adornado al parecer de soberbias grandezas, su monólogo adquiría, con el relato de los sucesivos hechos, vibraciones generales de orquesta. Acordes rotundos, llenos, marcaban la presencia aislada de los nombres. Los había de gran porte, impresionantes, para señalar sobre todo las haciendas perdidas, unidos a los otros, más sencillos y cariñosos, para designar a tantos seres como vivieron a su amparo...

De nada de esto quedaba rastro. Al traducir aquella magnificencia colonial en la página en blanco que era al presente la vida de doña Amalia, se sentía no sé qué ternura.

Pero cuando la señora de Bermejo se nos mostró realmente admirable, fué al hablarnos más tarde de sus amores.

Jamás aludió a ellos con naturalidad, como quien señala un árbol. Con gesto grande, de extenso radio, nos dibujó como el contorno de una selva en la que vivió, secretamente, a la sombra de no sé qué delicias. Todos quedamos pensativos. Sus amores fueron bien legítimos, por lo demás, ya que su propio marido, luego difunto, tuvo la suerte de merecerlos.

¡Sabatini! Nombre dulce y convincente, hecho para rezar porque sólo autoriza a esa labial de paso que mueve la fe en los corazones. La señora de Bermejo lo debió nombrar así, entre oraciones, porque en sus labios se transformó en palabra santa.

Se hizo llamar la señora de Bermejo. Así ocultó a los demás el secreto de su dicha. Porque como viuda se presentaba y sabía a qué atenerse sobre el pesar de su condición, pero esta circunstancia dolorosa, precisamente por dolorosa, en nada podía afectar al nombre inmaculado de Sabatini.

—¿Existió de verdad?—le oí en una ocasión preguntar a la tía Elvira.

Y en esta pregunta pude comprobar de nuevo, con los años, cómo aquella profunda devoción que la tía sintió siempre por la realidad, la hizo apartarse injustamente, algunas veces, de la verdadera poesía.

XIV

A creer a doña Amalia, la abuela frecuentó la calle de los locos movida, no tanto por un impulso generoso, como por su afán de entrometerse en todo. Quizá, también, por distraerse.

Aburrida o no la vida de la abuela, lo cierto es que no podía ofrecerle aquella variada perspectiva que le brindaba el rincón famoso. Dada su ansia de novedades y su curiosidad, de par en par abierta, debió tentarle durante mucho tiempo aquel mundo cerrado a los demás en el que tanto bullicio se encontraba. No se sabe, a punto fijo, la fecha exacta en que lo visitó por vez primera, pero sí pudimos acumular después cuantiosos testimonios de lo bien y lo mucho que en él arraigó.

Hizo excelentes amistades. De casa en casa, de paciente en paciente, recorría cada día el largo callejón, dejando en todas partes la huella de su fantasía. Fomentaba, por decirlo así, la locura particular de sus amigos, no con ánimo de entorpecer su curación, sino de establecer, sobre una base sólida, sus imposibles esperanzas.

Debemos creer, sin género de duda, que la reacción que en aquellos seres provocó la presencia de persona tan notable como la abuela, y tan de acuerdo con sus desvaríos, tuvo que ser, forzosamente, de lo más saludable.

Jamás contrarió a aquellos desgraciados, según confesión de doña Amalia. Puso especial cuidado en este extremo. Por descabellados que fueran sus proyectos, la abuela los compartió sinceramente.

En sus diarias visitas, breves pero intensas, supo recoger de aquel mundo de miserias lo que en él había de más difícil, de más puro, y, luego, con su palabra sencilla, llena de energía, transformarlo en un ideal realizable. De este modo, aquellos ilusos, exaltados por la mixtificación de sus sentidos, su única vida espiritual posible, vivieron con amplitud cuanto soñaron. Atados a sus camas, encerrados en sus habitaciones, la abuela les guió con tino en sus viajes inverosímiles, siempre delante, mostrándoles la luz de su optimismo, en busca de mundos y de sueños nuevos...

Cuando a la abuela le hablaron una vez de sus sentimientos humanitarios, tuvo que confesar que no los distinguía. Pero tan evidentes eran los benéficos resultados de su actividad, de tal manera repartió su alegría entre los necesitados, que hubo de reconocer no sólo sus iniciativas generosas, sino que éstas eran bien auténticas en cuanto nunca las sintió como un deber.

En una de esas visitas conoció a doña Amalia. Pronto intimaron. Nacidas para comprenderse y, sobre todo, para completarse, si la fantasía de la

abuela derrochaba sin tasa su riqueza, la señora de Bermejo era fuente inagotable de tesoros.

Doña Amélia suministraba el dato precioso:

—Corría el año 18... cuando en las costas de To-combuclú...

Un nombre mágico le bastaba a la abuela. Pro-yectaba embarcar, en seguida, a todo el mundo. Y ya tenía a cuantos la rodeaban de cabeza por aquel vago presentimiento que la enardecía al prometerle nuevos horizontes.

Sabatini fué también un buen lazo de unión. A un temperamento como el de la abuela nada podía afectarle tanto como aquel amor ejemplar. Ser en extremo idealizado, hasta el punto de haber perdido dos veces la existencia—una al bajar al sepulcro, y otra al sepultarlo ruborosamente en su pecho la señora de Bermejo—, Sabatini mereció un culto fervoroso. Ambas se lo dedicaron.

Del culto a Sabatini pasó doña Amalia, orientada por la abuela, a interesarse por el corazón de las de Juárez. Sintió hacia ellas viva simpatía. Se habló de don Severino de la Cuesta. Fué elegido, en el acto, para administrar las pobres rentas de doña Amalia. Se habló también de Alicia. Aquí hizo una pausa la señora de Bermejo.

¡Qué pronto el tío Alberto se aficionó a estas pausas! Débil, hundido en el sillón más oscuro de la sala, agitábase entonces como un naufrago. Cualquier reserva sobre Alicia, y no otra cosa significaban los silencios de doña Amalia, lo sacaban a flote, desde las profundidades de su amargura, como un cuerpo que aun respira. Su odio reconcentrado a aquella muchacha guapa, despreocupada, a

la que no sabía por qué veía en sus insomnios con un uniforme detonante, especie de rencorosa trans-fusión de la imagen detestada de Juanito Vances, necesitaba respirar el aire, salir de vez en cuando a la superficie, en la que otros desdenes similares —así interpretaba el de la señora de Bermejo— alimentasen su despecho como un balón de oxígeno.

No iba descaminado el tío Alberto. La señora de Bermejo repudiaba, con sus silencios, la conducta de Alicia. Terminó confesándolo sin rodeos. Cuando tocaba este episodio lo hacía con una severidad maestra. No dejaba, por la gravedad de sus frases, ni entonación para la réplica. Había que callarse.

El tío Alberto la miraba entonces, desde su sillón, con la misma curiosidad con que el explorador ve surgir, a lo lejos, la inesperada selva. Poco a poco se sintió atraído por la viuda. A su naturaleza endeble, a su voluntad indecisa, le gustaba sentirse al amparo de aquella robusta personalidad, defendido su ser vacilante por los gestos rotundos de doña Amalia.

A su lado se fortalecieron sus mejores pensamientos. Aprendió a captar la poesía al pasar, en un detalle, en un segundo, como quien caza las más brillantes mariposas. La vida era así una renovación de dichas. Nunca fué tan feliz el tío Alberto como en aquel breve período de su vida en que colocó su neurastenia entre las manos hacendosas de doña Amalia. Esta lo transformó en un hombre útil: aprendió a vestirse rápidamente, a oír a los demás, a tomar la sopa con ese reposo

necesario que en vano le recomendara nuestra abuela...

¿Qué caminos pudo escoger el tío Alberto para desplazar a Sabatini hasta el olvido? No lo sabemos con certeza. El tío Alberto y doña Amalia decidieron casarse.

No hubo forma de disuadirlos. De nada sirvieron las protestas de mi padre, ni la voz debilitada del abuelo de París que se dejó oír a última hora. Desde el viaje de éste a Granda, de tan crueles consecuencias, las relaciones del abuelo con su hijo Alberto se habían enfriado. Alberto no perdonó nunca a su padre que protegiera abiertamente a la pequeña Alicia, a quien el tío, por no nombrarla, llamaba sin darse cuenta "el fruto de su desgracia".

Ni siquiera la apreciable diferencia de edades —diez años de más en doña Amalia— hizo torcer su voluntad. Doña Amalia le atraía como una tierra virgen, pero feraz, que le brindaba, sin esfuerzo alguno, sus productos naturales. Entre sus brazos robustos el tío se prometía grandes deleites, anticipo de los cuales era la fuerza sin igual que desplegaba. Contra todos luchó y a todos venció.

Nosotros, mi hermana y yo, tuvimos que resignarnos a esa monstruosidad que consistió en transformar a la señora de Bermejo en tía Amalia. Pronto nos acostumbramos, sin embargo. La tía Elvira, como siempre, se limitó a observar. Confía en los años, sus amigos. El tío Alberto se ofendió y dejó de tratarnos algún tiempo. Su tremenda desgracia volvió a unirnos. Pero antes con-

viene consignar aquí tres apartados, para establecer, en definitiva, la personalidad de doña Amalia.

1) Este primero podría titularse: el secreto del tío Alberto. Lo recibió, directamente, de la señora de Bermejo, al comienzo de sus relaciones. Del volumen y trascendencia del mismo puede juzgarse por las palabras que pronunció aquélla al cerrar la inaudita confidencia:

—¡Diez años de matrimonio... y aun soltera!

Pero, precisamente en esta anomalía, tan impropia de corazones ardorosos, hacía radicar su dicha póstuma la señora de Bermejo.

¡Sabatini, esposo y casto, sueño de amor y tentación de virgen, cautivó con su rara magia el corazón de doña Amalia! Por eso lo consagró ella por entero a guardar su recuerdo, en el que los años acentuaron su condición de meta ya imposible.

Perdido para siempre, transfigurado en la memoria, la viuda de Sabatini saboreó más intensamente las delicias deseadas, como el buen catador de vinos que calma su paladar con el aroma. Si en el gesto vago y extenso con que la señora de Bermejo nos señaló, tantas veces, el árbol del amor, no se dibujaba bien la manzana, es indudable que a su sombra se debió vivir en un verdadero paraíso. Así se lo aseguró la misma doña Amalia, al despedirse, al atribulado tío Alberto.

—Compréndame usted—le dijo apretándole la mano.

Y se hizo un silencio delicado.

2) A este segundo extracto podríamos titularlo: la opinión de la tía Elvira. Su profundo desdén

por la poesía ya había señalado, injustamente, la problemática existencia del marido de doña Amalia. En su opinión, la viuda de Sabatini no era más que la señorita de Bermejo. El que se hiciera llamar señora, no significaba otra cosa que una especie de transacción consigo misma, un quedarse a la mitad de la verdad, muy de acuerdo, por otra parte, con su edad, ya madura. Sabatini había sido algo así como el ideal no realizado, la concreción en un nombre poético de sus más íntimos desvelos. Pero, tan grave debió parecerle a doña Amalia el papel de viuda que se adjudicaba, tan penoso para su honestidad el supuesto lastre de experiencia, que decidió armonizarlo todo salvando, intacto, su pudor. De ahí su pretendido estado virginal con el que descargaba su conciencia.

—No hay que olvidar—añadía la tía Elvira, sin sospechar hasta qué punto acertaba ahora en su intención—que doña Amalia vive en la calle de los locos. Por algo la eligió. Sólo que su locura consiste en algo tan abstracto, tan desprovisto de apariencia, que pudo avecindarse en la calle sin que se la descubrieran por su falso Sabatini.

3) Este tercer apartado, el más importante del resumen, lo titularíamos: la confesión de doña Amalia. La escuchó el tío Alberto al poco tiempo de su matrimonio. Doña Amalia le habló así:

—No estuve nunca casada. No era viuda, por tanto, al casarme contigo. Pero debo confesarte que cometí un pecado en mi juventud. El ya murió. No quiso casarse conmigo. Para defenderme por la vida, en mi desgracia, fui eligiendo lo que más me convenía: viuda por mi pecado, virgen por mi

soltería. Sabatini fué sólo un nombre. Ni siquiera el suyo.

Aun recuerdo la entrada del tío Alberto en nuestra casa. ¡Cómo había envejecido! Se sentó junto a la tía Elvira y hablaron en voz baja. La tía se vistió rápidamente. Tan enemiga como era de salir y estuvo en la calle todo el día. A la noche volvió y se acostó muy fatigada.

Pasó algún tiempo sin que volviera por casa el tío Alberto. La tía lo visitaba en la suya, diariamente, con gran asombro nuestro. Al fin, una tarde se presentaron los dos acompañados de la tía Amalia. Parecían muy tranquilos.

La vida para nosotros, los pequeños, continuó siendo la misma, sin que aquellos días de inquietud tuvieran mayor significado. Nunca sospechamos el drama del tío Alberto, cuyo carácter sufrió una transformación notable. Su vida inútil, hasta entonces, tuvo ya una misión abnegada. Junto a su mujer, procurando devolverle la razón, envejeció prematuramente. Dios premió su sacrificio. En sus últimos años, la tía Amalia fué de una lucidez perfecta.

Fuimos grandes amigos suyos y llegamos a quererla sinceramente. En su casa nueva, en el mirador soleado que daba sobre el jardín, se pasaba los días entregada a mil quehaceres minuciosos con una actividad incesante, sin descuidar la confección de sabrosas golosinas, de brillantes colores, con las que nos obsequiaba en nuestras visitas.

Enterados por conversaciones familiares del pasado ejemplar de nuestra tía—dama venezolana, viuda de don Rafael Urbel de Sabatini, reclusa

temporalmente en una casa de salud, allá en su tierra, para atender la grave depresión que le causara el suicidio de su esposo, víctima de crueles agobios económicos—, cada vez que la tía Amalia aludía a sus pretendidos devaneos amorosos, nosotros, aleccionados por la familia, la oíamos convencidos de que se trataba de una broma.

Nada más de acuerdo con su carácter expansivo, hasta alegre en la intimidad, que aquel interminable recontar de sus falsas aventuras. Dotada de poderosa fantasía, pronto nos acostumbramos a sus creaciones, y lo mismo nos daba que nos relatara un hecho acaecido en un río o una montaña que desconocíamos, que el suceso, no menos misterioso, de sus amores inventados.

—Todo ha sido perfecto—aseguraba la tía Elvira—. La buena de Amalia que, desde tan lejos, vino a Granda en busca de su último sustento—las pobres rentas confiadas a don Severino—, no sospechaba a los cuarenta años que, en la soledad de su locura, cabía aun otro corazón atormentado. Este fué el de Alberto. Unidas sus vidas o, mejor diríamos, cambiadas sus tristezas, el resultado será beneficioso para ambos: la tía Amalia recobrará la razón, y el tío Alberto se habrá hecho un hombre, un hombre verdadero. Porque no hay nada como el Tiempo—concluía la tía Elvira—. Todo lo ordena con su sabiduría.

XV

La ciudad, entretanto, comenzaba a animarse. Ya se anunciaba el cataclismo que había de desmoronar a Europa en cuatro años, convirtiéndola en esas gloriosas ruinas que son hoy el orgullo de tantos estadistas, y no fué la ciudad de Granda la última en aprovecharse de los desordenados beneficios que produjo en el mundo el libre cambio.

A su puerto, vertiginosamente engrandecido, afluó la corriente del tráfico marítimo, incesante de uno a otro extremo de la tierra. Puerto de tránsito, de obligado carboneo para las largas travesías, recibió en poco tiempo las más extrañas influencias. El comercio de los indios, el bazar chino, la colonia árabe, los sirios, el club inglés, no fueron sino otros tantos síntomas del contagio universal.

Se construyeron grandes hoteles junto al puerto, en las arenas aun desiertas, salpicadas, de trecho en trecho, de vegetaciones africanas. Así se improvisaban los más modernos ambientes sociales

en pugna con la aridez inhospitalaria del paisaje. De este contacto con el mundo, provocado por la riqueza inatendida, surgió un tipo de vida audaz, aventurera, que rodeó a la ciudad con sus grandes depósitos. Todo era fiebre de negocios, lucro desorbitado, poder de captación de las poderosas firmas extranjeras. Multiplicáronse las actividades, las cifras se amontonaron, y aquella ciudad dormida tantos años se mantenía bien despierta ahora, atento el oído a su diario batallar.

La ciudad en sí, la vieja Granda, alejada de este bullicio por el extenso arenal que la separaba de su puerto, apenas se inmutó con tal algarabía. Siguió suministrando sus productos naturales, su codiciada agricultura, y supo mantener en la otra orilla, al borde de sus dominios ancestrales, al mundo revoltoso que llamaba a sus puertas. Consciente de su destino lo encerró en un barrio nuevo, pronto populoso, y conservó así sus viejas calles tranquilas, tendidas al sol a lo largo del mar.

En esta quietud inalterada se mantuvo también nuestra vida, pasada la agitación que nos produjo la boda desgraciada del tío Alberto.

Nos llegaban, de tarde en tarde, noticias de nuestros amigos ausentes: Alicia continuaba en París, algo distanciada en sus relaciones del abuelo, que no supo explicarle a satisfacción lo sucedido. Sabíamos de ella por don Severino, quien, a raíz del triste episodio de Alicia III, había iniciado su amistad con la tía Elvira, visitándonos desde entonces con frecuencia.

A la tía, desde el primer momento, le fué francamente simpático el viejo consignatario, agradán-

dole sobremanera su prudencia de juicio al hablar del mundo, en cuya felicidad y progreso confiaba ciegamente. Juntos comentaban, en las largas tertulias de la tarde, en las horas perezosas de la siesta que don Severino elegía para sus visitas, la vida creciente de la ciudad, tan llena de nuevos problemas, y comprobaban, con minucioso examen, cómo el rápido avance de las costumbres las había notablemente mejorado. Se explicaban con dificultad sus lejanas juventudes, tan indecisas, y terminaban los dos por callarse, sumidos en sus recuerdos, como si repasaran mentalmente las horas perdidas.

Don Severino pensaba en las de Juárez. Conseguido por entero a aquel doble destino, confinado en una ciudad en la que pocas iniciativas lograban imponerse—era el momento del arrabal inculto, el velero mensual y los pagos al contado—, debió aceptar desde un principio como buena su misión, sin fuerzas para torcerla, y se quedó, perplejo, en los mismos umbrales de la vida.

Sus amores, como dijimos, llegaron a identificarse con la historia de la ciudad. Ni a un solo vecino dejaron de interesarle. El no hizo otra cosa, por tanto, que ocupar el lugar que le señalaron en su época, resignado, por lo visto, al sacrificio. ¡Indecisión estéril, martirio inútil de su juventud! Don Severino movía la cabeza, sonriendo, como si presenciara un espectáculo que él solo comprendiese.

La tía Elvira murmuraba:

—Lo malo es que la vida se termina. Nos morimos en vísperas de ser felices.

Y veía acercarse los días y los años pendiente de la experiencia que traían.

A los más jóvenes de la familia nos tocó liquidar este mundo. Nacidos tempranamente, con la generación de los abuelos viva aún y, lo que era más particular, con restos supervivientes de la que la precedió, nos estaba reservada la pena, fatalmente, de verlos desaparecer en pocos años.

Pudimos anotar con desconsuelo que, al paso que la ciudad crecía y nuevos elementos venían a incorporarse a su vida, desertaban en cambio de ella las personas a nuestro entender casi inmortales. Fuera de nuestra casa, en el desfile de viejas amistades y conocidos que habían reunido en torno nuestro los noventa años activos de la bisabuela, pronto distinguimos los claros que el tiempo iba dejando. Así desapareció, por ejemplo, el rostro familiar de *San Jerónimo*, respetuoso mendigo de notable parecido con la litografía más popular del Santo, que hacía nuestras delicias cada sábado, al recibir su limosna, contándonos las historias increíbles de su infancia. Porque él, con sus grandes barbas blancas y su aspecto rotundo de miserable, se esforzaba en convencernos de que también había tenido infancia, y hasta una madre muy cariñosa que lo bañaba los domingos, cosas ambas que nosotros nos resistíamos a creer.

El entonces se reía como una persona razonable, apoyando el timbre grave de su voz maravillosa sobre la "a" de una carcajada noble, sin escándalo. Nosotros quedábamos sobrecogidos, impresionados por aquella risa, seguros de haber negado una ver-

dad que se burlaba de nuestras dudas con ecos tan profundos.

Al despedirse, su misma mano que recogía las monedas la sentíamos sobre nuestras cabezas, a manera de saludo, y nos invadía una inmensa gratitud.

Le acompañábamos a la puerta y le veíamos alejarse. El se iba por la calle haciéndonos lentas señales de despedida con las manos, como pausadas bendiciones... Así se fué la última vez. Y así debe seguir, desde entonces, andando por el cielo.

Y con este viejo amigo de cada sábado, ¡cuántos otros desaparecieron también! La semana entera la había distribuído nuestra abuela entre sus más fieles contemporáneos: Juana, la lavandera, que venía los miércoles; Pinito, la bordadora, los lunes por la mañana; el marinero Domingo... ¡Todos desaparecidos! Hasta el tío Alberto, que había aportado a la casa, en un tiempo, la incierta juventud de sus treinta años, fué para nosotros como un muerto más al encerrarse en el mirador con la tía Amalia. Se hizo lejano, casi fantasma, y cuando alguna vez me miraba con sus ojos de miope, más cansados ahora por el vigilar constante de la enfermedad de su mujer, y recordaba yo que aquel señor tan serio se había arrastrado conmigo por las alfombras de la sala, sentía esa especie de escalofrío que nos invade al recordar una torpeza.

Solos con la tía Elvira en nuestra casa enorme, en las últimas habitaciones, al extremo del amplio pasillo en el que una serie de alcobas vacías nos enumeraba a los ausentes, mi hermana y yo asistíamos, sin darnos cuenta, al final de una época.

La muerte de la abuela pudo ella sola tener para nosotros esta importancia porque, en realidad, no es que su existencia llenara por completo nuestras vidas, pero, el aire nervioso y anticuado que levantaba a su alrededor, nos dejó, al desaparecer con ella, la sensación de un mundo fugitivo.

¡Vísperas de agosto de 1914! La vida feliz de entonces hacía pensar en uno de esos momentos firmes de la Historia, en que los años avanzan, desde el horizonte del pasado, como un escuadrón en orden. Nada hacía presentir la desbandada final.

A nosotros nos cogió la terrible declaración de guerra cuando poco sabíamos del mundo y sus miserias. Los viajeros que llegaron por entonces a Granda no hicieron otra cosa que agravar nuestra ignorancia, al afirmar, levantando los brazos sorprendidos, que habían dejado a Europa completamente tranquila. Se hablaba de Europa así, en confianza, como si se tratara de algo tan personal como un dolor de cabeza. Todo era cita o referencia de anécdotas pequeñas: el que no se había paseado en el mes de julio por París, sin notar otra cosa por las calles que el calor extraordinario, había regresado hacía una semana de Berlín, donde las mujeres eran muy guapas... Por todas partes la vida se abría paso ante los ojos deslumbrados del viajero.

¿Qué era eso de la guerra? Para un mundo como el nuestro, apartado y en calma, no pasaba de ser una locura. Los más pesimistas hablaban de seis meses. La gente se indignaba:

—¡Ni dos semanas duraría...!

Tanto se despreciaba la guerra que ni siquiera

se la nombraba. Se inventó una palabra ampulosa y benévola: conflagración. Hablar de la conflagración europea era tema obligado en las personas importantes, pero, a fuerza de importantes, lo trataban así, a distancia, como si hablaran de una enfermedad remota.

Todos tenían, claro está, su bando de preferencia. Muchos dejaron en su defensa, casi siempre exaltada, la última oratoria romántica del siglo. Se hablaba del Derecho, de la Humanidad... La gente gesticulaba, incansable, de tertulia en tertulia. Pero, cuando la fiebre era más alta, no dejaban de sentirse todos confortados por el bálsamo infalible de la neutralidad.

Eramos todavía felices en Granda al comienzo de la conflagración. Sólo teníamos que lamentar el aislamiento en que nos íbamos quedando poco a poco. Se celebraron los últimos Juegos Florales. La vida no sufrió cambio sensible hasta que el bloqueo submarino, allá en la raya del horizonte, ahuyentó los barcos de nuestro puerto.

La ciudad recobró su aplomo. Fué como si empezara a comprender: aquello era la guerra. Lo que vino después se llamó la ruina. Algunos especularon con la miseria e hicieron su fortuna, y otros gastaron cuanto no tenían en ocultar su miseria. Murió de hambre un poeta local.

En nuestras costumbres hubo también cambios notables. Cesaron las tertulias de don Severino. El viejo consignatario había ido espaciando sus visitas a la tía Elvira y, al cabo del tiempo, inutilizado por sus achaques, sólo oíamos la contera de su bastón, de tarde en tarde, ascendiendo lenta-

mente por la escalera, golpe tras golpe, gota a gota, como un grifo estropeado.

La de Juárez lo esperó en vano desde entonces. Asomada a su ventana, envuelta en la llama de sus azabaches, se quedó sola, para siempre, con la larga calle vacía frente a sus ojos. Ya no se proyectó más sobre la acera, como la sombra de sus propios sueños, la ancianidad de don Severino. Cada tarde, sin embargo, se asomaba fielmente la de Juárez. Aguardó hasta el final, fija en su ventana. Así la sorprendió la muerte. La clavó allí, sobre el último reflejo del sol en el cristal, como a una mariposa fatigada.

Su muerte nos entristeció bastante. Al poco tiempo de ocurrida tuvimos, en cambio, una grata noticia. Don Severino se la comunicó a la tía Elvira en unos renglones entrecortados. El pulso del con-signatario, ya muy debilitado, cobró firmeza al escribirlos: Alicia, su querida Alicia, se casaba en París.

XVI

Alicia no supo qué hacer en los primeros momentos. La guerra desbarataba sus planes. Gracias a la generosidad de su padrino vivía en París desde hacía algún tiempo y, al fin, en mayo de 1914, veía realizarse su mayor empeño: independizarse económicamente y librar a don Severino, de este modo, de carga tan pesada.

Consiguió unas lecciones de español, otras de correspondencia, unas horas de vigilancia de unos niños en un jardín. Esta última ocupación le entusiasmaba. Eran dos varones, de cuatro y cinco años, hijos de un matrimonio americano. Los llevaba por las mañanas al jardín, próximo a la casa de los padres, y cuidaba de sus juegos. Eso era todo. La retribuían con esplendidez. Los niños, además, se hicieron pronto sus amigos. Más que jugar les entretenía apoyarse en las rodillas de Alicia, mirándole la cara, intrigados en el fondo con aquella señorita desconocida que les hablaba, a veces, en un idioma misterioso. Alicia los acari-

ciaba, sin preocuparse de lo que les decía, y se imaginaba que uno de ellos, el más pequeño, tenía el rostro inolvidable de su Alicia cuando el sol le hacía cerrar los ojos. Recordaba, entonces, los días de sol en Granda. Tenía tanta fuerza el recuerdo que la emocionaba.

Una vez, siendo ella una niña, sus padres la llevaron a jugar a la orilla del mar. A poco, la gente corría por la playa, de un lado a otro, y oyó decir que un hombre se había ahogado. Luego trajeron el cadáver a la orilla en una lancha despintada. Ella quería ver al muerto y sus padres no la dejaron. La cogieron de una mano y la hicieron andar deprisa por la arena caliente, riñéndola cada vez que volvía la cabeza. Vió sin embargo un pie del muerto, descalzo, como de madera. Aquella noche no pudo dormir.

Era el único recuerdo de la muerte que tenía, y casi no lo era por lo incompleto, por lo aislado que quedó en su memoria, tan sin relación aquel pie único con los seres humanos, que la visión se repetía en sus pesadillas, cada vez más pavorosa, por lo increíblemente destacada.

El entierro de la pequeña Alicia debió ser otra mañana. ¡Aquella si había sido una muerte completa! Sus pies, sus dos pies, que ella recordaba perfectamente, irían dentro de la caja blanca que compró don Severino. Pero ella no los vió. Se imaginaba que les habrían puesto sus zapatos blancos...

¡Gratas mañanas las del Parc Monceau! Allí habían grutas de piedra, monumentos recatados a los grandes hombres, unos patos, un lago... Todo ello

alternaba con los recuerdos de Alicia sirviéndole datos, sugerencias. ¡Qué bien le iba al mármol de la estatua su traje blanco de “aquel día”! “Aquel día” saltaba siempre sobre los años de Alicia para colocarse junto a ella, como si fuera ayer. “Aquel día” había estrenado un traje blanco. Fueron los dos al campo, de paseo. Al volver tarde a casa su madre la riñó... Y nada más. Después la angustia, el viaje, la huida de los suyos. Más tarde—¡eso sí que fué ayer!—la vida y muerte de su pequeña Alicia.

Y, sin embargo, ¡qué feliz se sentía ahora en el rincón de una gran ciudad, sabiendo que se perdería para todos en cada esquina, a la vuelta de cada calle, confundido para siempre el día más importante de su vida con tantas fechas memorables! Llegó a experimentar un gran consuelo, en cierta ocasión, repitiéndose como un estribillo insensato: 14 de julio, 14 de julio...

Fué el día en que la invitaron por primera vez los norteamericanos a comer en su casa. Querían presentarle a un compatriota, un español. Al entrar se encontró en el vestíbulo con un muchacho extranjero, al parecer, que acababa también de llegar y que ni siquiera la saludó. Su sorpresa fué grande al comprobar que este muchacho era el amigo anunciado.

Se lo dijo claramente:

—Nunca hubiese creído que era usted español.

—Yo, en cambio—respondió él—, hubiese adivinado en seguida que era usted española.

—Y se habría equivocado, claro está.

—¿Por qué?

—Porque no soy española—contestó Alicia fríamente.

No volvieron a hablarse hasta la hora de comer. Sentados a la mesa, el uno frente al otro, el desconocido volvió a insistir:

—¿Conque no es usted española?

—Como si lo fuera—respondió esta vez Alicia con más suavidad—. He vivido siempre en España.

—Es curioso—comentó el otro—. Yo, que soy tan español por todo: por nacionalidad, por origen, por familia incluso, he vivido, en cambio, casi toda mi vida en el extranjero.

—Son ustedes dos personajes incompletos—afirmó el señor norteamericano.

Y la comida, desde entonces, transcurrió alegremente.

Había vuelto a encontrar a su nuevo amigo en el Parc Monceau, mientras cuidaba de los niños. A Alicia no le sorprendió el encuentro, porque allí, en aquel parque, se resumía para ella, de momento, su única vida posible. De igual manera que distribuía las horas de la mañana persiguiendo los claros de sol de banco en banco y, a fuerza de saberse el paisaje de memoria, sabía, por ejemplo, en qué rincones agrupar sus recuerdos, del mismo modo no le sorprendía que cualquier otro incidente de su vida se produjese forzosamente—como el pato, el lago y la chistera de mármol—en su marco natural. Ni siquiera notó la sonrisa intencionada con que el recién llegado le aseguró que había entrado en el parque casualmente.

Se llamaba Carlos Artal, veintinueve años. Pero

debían ser veintinueve años importantísimos por el aplomo con que los desplegaba. Los ponía uno por uno, por lo menos los diez últimos, delante de los ojos de Alicia, sin ánimo de deslumbrarla, pero la verdad es que el desfile resultaba de tal animación que ésta concluyó por interesarse.

Español, como ya sabía. Gran fortuna. Pero no heredada ni ganada al azar, sino acumulada a fuerza de empuje y energía. Ni un desmayo. Diez años de lucha en Norteamérica. Cada día, una batalla: dura, tenaz. Vida sin tregua. Del montón de emigrantes al despacho de director. ¡Victorioso, al fin! Ahora venía por primera vez a Europa. Pronto iría a España. Seguro de su voluntad. Auténticamente feliz.

Alicia se contuvo para no aplaudirle. Le parecía maravilloso que una persona así, sencillamente, derrotase a la vida en el primer encuentro. Ni una vacilación en el relato, ni un tropiezo serio camino de la meta. Diez años enteros.

Alicia y Artal simpatizaron pronto. Fueron buenos amigos. Alicia descansaba, por decirlo así, en la vida dinámica de su amigo, como el mendigo que se apoya en las fachadas de los Bancos. Nada más opuesto a su carácter de ahora, frenado por la experiencia, que aquel hombre que revelaba sus secretos en un parque. A veces se sentía fortalecida. Otras, en cambio, le humillaba pensar que se sabía de memoria diez años completos de su amigo, y que ella, sin embargo, no podría nunca revelarle otro tanto sin escamotear un día, por lo menos.

Afortunadamente para Alicia, la amistad entre

ambos era tan impersonal que no exigía confidencias. Bastaba, para alimentarla, aquella primavera esplendorosa de París.

Las entrevistas en el Parc Monceau se hicieron diarias. Luego, cuidando de los niños, Carlos la acompañaba hasta la *rue Fortuny*. Un paseo corto, pero intenso. Llevaban a los niños de la mano, marchando juntos, como un matrimonio que regresa. Tenían ya sus conocidos que los saludaban. A veces entraban en la casa de los norteamericanos y bebían unos refrescos agrios. Después, siempre juntos, bajaban a pie hasta la Estrella. Allí discutían, sin remedio. Carlos la invitaba invariablemente a comer. Alicia aceptaba raras veces.

Se encontraban de nuevo a las ocho, después de cenar. Iban siempre a un espectáculo, cuando no se sentaban en un café del bulevar. Hablaban mucho, de todo, menos de ellos mismos. Carlos no sentía ninguna curiosidad por la vida de Alicia. La encontraba perfecta de antemano. Elogiaba sus ocupaciones, sus diversas actividades, como si hablara a uno de sus antiguos empleados establecidos por su cuenta. Calculaba sus ingresos, medio en broma... Alicia se reía. ¡Ella no ganaba tanto! Tuvo, al fin, que confesarle la generosidad de su padrino. Habló de don Severino con tal entusiasmo, tan presente quiso tenerlo para explicar sus menores actos, que, por un momento, creyó ver al viejo consignatario que se acercaba por la acera buscando su mecedora...

Artal se disgustó. Recordaba muy bien, aunque él no la disfrutó nunca, aquella educación de Es-

pañía hecha de mimos, de regalos. Le parecía mal. Alicia debía independizarse del todo.

Se separaron enojados. Al día siguiente, a la hora de la cita, se presentó Artal como una tromba. Traía cinco cartas escritas para otras tantas firmas comerciales, todas recomendando a Alicia. Esta ni las leyó. Habló de Mlle. Evran, una amiga de la Residencia extranjera, donde ambas vivían, que le había prometido unas traducciones. Artal se interesó vivamente. Unas traducciones, ¿de qué? Alicia no lo sabía. Se lo diría a la noche.

Pero a la tarde de aquel mismo día se presentó Carlos en la Residencia. Conoció a Mlle. Evran, pequeña, insignificante. A poco llegaron otros muchachos, dos o tres señoritas más. Todos desconocidos para Alicia. Mlle. Evran tuvo que presentarla lo mismo que a Carlos. A éste, como no recordaba su nombre, lo designaba vagamente como "un amigo de su amiga".

Artal se sentía satisfecho. Mundo nuevo, ambiente inesperado el que estaba a punto de conocer. Se sirvió una merienda sencilla. La conversación se animó.

Aislados en un rincón, Alicia y Carlos oían atentamente a los demás. Frases generales, conceptos sueltos, pero expresados con desembarazo, de una manera peculiar que llegó a interesarles. Desde luego se trataba de personas inteligentes. Se entendían con rapidez, con medias palabras... A veces con un gesto, nada más, quedaban todos enterados. Hablaban preferentemente de política, pero de una política difusa, sin límites visibles. Tan pronto parecían entusiasmarse con la actitud de Francia ante

los últimos acontecimientos, como les invadía un profundo desaliento. Contaban con la guerra, se diría que la deseaban. Pero, más que con la guerra, contaban con las revoluciones, con muchas, una en cada país...

Artal no comprendía.

—Entonces, ¿para qué desear la guerra?—insinuó tímidamente.

Las miradas de la tertulia cayeron sobre él. Le habían descubierto. Norteamericano, claro está. Mentalidad naciente, sin nociones eternas todavía...

—La Humanidad, sabe usted...—empezó a explicarle alguien.

Los otros prescindieron de la explicación, como cosa hartamente sabida, y se dedicaron a hablar de música, de libros, de pintura...

Artal se despidió el primero. Había invitado a cenar a Alicia, y ésta aceptó encantada.

Salieron de la Residencia. Hacía una noche de verano. Un cielo estrellado cubría las afueras de París. Estaban lejos del centro. Echaron a andar.

—He querido entender—empezó diciendo Carlos—que trataban de la felicidad de los demás.

—Yo no he entendido tanto—replicó Alicia.

—He pasado, de todos modos, una tarde muy agradable—agregó Artal—. No he comprendido muchas cosas de las que he oído, sin embargo. Me falta cultura, preparación. Es una pena que la cultura, que veneran tanto Mlle. Evran y sus amigos, no esté más generalizada. Yo hubiese hablado más.

—¿Para qué?—le preguntó riendo Alicia.

—No sé. Para no sentirme ahora vencido.

Artal se detuvo. Llegaban a las primeras luces de la calle.

—¿Sabe usted correr?—le preguntó a Alicia al cabo de un momento.

—¿Correr?

—Sí. ¿Puede usted correr unos minutos sin fatigarse?

—Creo que sí—contestó Alicia.

—Pues deme usted la mano.

Alicia se la dió, sorprendida.

—Imagínese ahora—continuó Artal, empezando a correr con Alicia—que vienen a hablarnos de la Humanidad. ¡Corra usted! Así, deprisa, sin soltarme la mano... Tenemos que salvar la última pareja de la tierra...

Alicia se reía, arrastrada por Carlos.

—¿Y adónde va esa pareja?—le preguntaba a su amigo, sofocada.

—A ninguna parte—respondía Artal sin detenerse—. ¡Corre porque puede correr, porque nadie se ocupa de ella, porque es libre, Alicia, libre...!

XVII

No lo había vuelto a ver desde aquella noche. Turbada por la carrera, apenas pudo defenderse de un beso de Carlos. Este no le había dado mayor importancia. Fué un beso así, de llegada, como premio a la velocidad...

Tomaron un taxi para ir al centro. Dentro del coche, fatigados, apenas cambiaron unas palabras. Alicia callaba ofendida.

Las luces de la Concordia despejaron su rencor. Carlos paró un momento en su hotel. A poco salió con unas cartas en la mano.

Cenaron aquella noche en un restorán diminuto. Cada mesa, de un tamaño inverosímil, calculada expresamente para una sola pareja bien unida, quedaba aislada de las demás por altas mamparas de madera.

Se bajaba la voz al hablar. El diálogo se hacía confidencial sin querer. Con un tono indiferente, que Alicia descubrió hasta cierto punto emocionado, Carlos le dijo:

—Esta noche quiero que hablemos los dos de cosas importantes.

Alicia estaba preparada. La vecindad de los testigos invisibles, el espacio reducido del cajón protector, incitaba a estrecharse las manos, a mirarse los ojos de cerca, a cosas importantes...

Prefirió guardar silencio y darle vueltas a su collar.

—He traído varias cartas—continuó Carlos—. Yo creo que nada une tanto a las personas como la correspondencia. Sobre todo, la ajena. Estas cartas me las ha escrito una persona que usted no conoce. Si usted las leyera sabría más de mí que si me hubiese conocido toda la vida. Son cartas de mi novia. Naturalmente que no vamos a leerlas. Pero me servirán, de todas maneras, para hacer constar que tengo una novia.

Se hizo un silencio inútil. Alicia no quería arriesgarse preguntando, ni Carlos sabía cómo continuar.

—He traído las cartas—prosiguió Carlos al cabo de un momento—por si dudaba usted de que existieran. Vea éstas que he señalado con una cruz roja en el sobre. En todas ellas me repite mi novia que lo que quiere es casarse conmigo.

—Me parece muy natural—comentó Alicia.

—A mí no—siguió Carlos—. Me parecería muy natural si nos quisiéramos. Pero vea usted éstas otras señaladas con azul. Son las más. En todas ellas reñimos.

Artal se guardó entonces las cartas y, subiéndose un poco las mangas como los prestidigitadores, le dijo a Alicia:

—Ahora le voy a explicar el juego.

Miró rápidamente el *menú*, eligió los platos que iban a cenar y ordenó los vinos.

—Pero antes, Alicia, quisiera que me contestara francamente a una pregunta: ¿tiene usted novio?

—No—replicó Alicia fríamente.

—Entonces será más difícil que me entienda. Porque esto del amor, al fin y al cabo, resulta que siempre es lo mismo. No es que sea nada complicado, pero hace falta tener una experiencia para comprenderlo. ¿No ha estado usted nunca enamorada?

Alicia no contestó. Miraba ahora a Artal sonriendo, como a un niño que se dispone a jugar.

—Me decía usted hace un momento que me iba a explicar el juego...

—Desde luego—respondió Carlos—. Ahora que el juego es tan sencillo que lo hubiese comprendido sin explicación. Pero, no quiere usted a nadie. Es una lástima. El caso es que yo no quiero tampoco a mi novia, pero es porque me parece que estoy enamorado.

Alicia y Artal empezaron a tomar la sopa al mismo tiempo, como si ambos necesitaran cobrar fuerzas.

—Juego simple, como verá: conocidísimo—continuó después Carlos—. Yo no había pensado nunca en casarme. Me parecía que el matrimonio debía venir más tarde, al final de la vida. Una vida de trabajo, intensa y, luego, con las primeras canas, descansar, tener un hijo... Tenerlo de joven, en plena lucha, se me antojaba una preocupación

prematura, algo así como pensar en el porvenir precipitadamente. Pero vea usted por donde se empeñan en Europa en hacerme rico antes de tiempo. Tan tranquilo como yo trabajaba y se ponen todos a gritar. Las Bolsas se aprovechan en seguida de estos escándalos. De manera que aquí me tiene usted, terminada mi vida de trabajo, retirado a destiempo y dispuesto a casarme sin siquiera una çana. ¿Qué le parece?

—Muy mal—le contestó riendo Alicia—. ¡No tiene usted ninguna obligación!

—Pero tengo una novia—suspiró Carlos—: una novia auténtica. Nos conocimos, cambiamos nuestros anillos y fijamos la fecha de la boda. Yo vine a Europa para despedirme de soltero.

—Entonces, no hay remedio—sentenció Alicia—. A menos que se haya usted arrepentido. En cuyo caso, póngase de nuevo a trabajar.

—Ese es el problema—siguió Carlos—: que estoy arrepentido, pero he liquidado mis negocios. No tengo nada que hacer. He de casarme a la fuerza.

—¡Pues cátese usted!

—Eso es lo que yo quiero—afirmó Artal muy serio. He escrito ya a mi novia diciéndole que no va a ser con ella. Sospecho que se indignará. Estaba empeñada en casarse conmigo. ¿Le extraña a usted?

—A mí no—replicó Alicia desconcertada.

—¿Ha pensado usted también en casarse alguna vez?

Habían acabado de cenar. Alicia se levantó de su asiento, tranquilamente, como si no hubiese oído

la pregunta. Hacía mucho calor en el restorán. Salieron a la calle, amplia, iluminada, y a Alicia le pareció que salían del fondo de la tierra. Carlos se había quedado pensativo.

Se sentaron en la terraza de un café. Hablaron de cosas indiferentes. A media noche, sin esperanzas ya de nuevos temas, se separaron los dos distraídos, sumidos en un profundo aburrimiento...

Desde aquella noche no se habían vuelto a ver. Alicia apenas salía de la Residencia. Los últimos acontecimientos de París le iban reduciendo sus actividades.

Primero fueron las clases de español: cesaron por completo. Después las horas de correspondencia. La oficina en que trabajaba, de unos extranjeros que traficaban con Sudamérica, se cerró rápidamente. Era la fuga general, el "sálvese quien pueda" de los neutrales. Los norteamericanos, a su vez, le dieron el aviso: dejaban también París.

Fué en la casa de éstos, en la turbación de los primeros días de guerra, donde volvió a encontrarse con Artal. Salieron juntos a la calle. Lo mismo que antes. Sólo que ahora, al atravesar la ciudad revuelta de manifestaciones, se sentían los dos como sin prisa, sin deseo determinado, sin ganas de reñir al llegar a la Estrella.

Fué Alicia la que invitó a Artal a almorzar en la Residencia. Carlos aceptó sin vacilar.

Aun le aguardaba a Alicia otra sorpresa al subir a su cuarto. Mlle. Evran, con visible agitación, le rogaba quemarle unos papeles. Ella salía en el primer tren. Pensaba instalarse en Suiza. Pero, ¿no era francesa?

—Resulta ahora—le explicó Alicia a Artal al entrar en el comedor—que Mlle. Evran es un nombre mutilado. Le han amputado su terminación eslavica, “off” o “inski”, seguramente, para que mi amiga pueda marcharse a Suiza.

—¿Es rusa Mlle. Evran?

—Sospecho que sí—dijo Alicia—. Por lo pronto, huye.

—Rusia, sin embargo, es una nación aliada...

—Por eso mismo—concluyó Alicia—. Se olvida usted de la Humanidad... y de la Embajada de mi amiga.

Hablaron mucho durante el almuerzo. Las ideas revolucionarias de la rusa fugitiva desesperaban a Artal. De pronto dijo éste, fingiéndose alarmado:

—¿No estará usted en peligro, Alicia?

—¿Por qué?—le preguntó ésta sonriendo.

—No sé. Se me ha ocurrido así, no sé cómo—le explicó Carlos—. No sabemos quién es Mlle. Evran. Ni siquiera su nombre. Puede ser una espía, una mujer peligrosa...

Alicia se reía.

—Usted ha sido su amiga—continuó Carlos—, su mejor amiga. ¡Ah, y ahora que caigo! La traducción, ¿qué ha hecho usted de la traducción?

—¡Si no he hecho traducción ninguna!—le respondió Alicia.

—Es lo mismo—aseguró Carlos—. Ella le habló de una traducción. Pensaba encargársela, incluso. Se ha hablado, por tanto, de usted. Su nombre puede aparecer mezclado con unos papeles comprometedores. Vendrá la policía, seguro. ¿Qué pa-

saporte tiene usted? Ninguno. Usted carece de nacionalidad. Ya lo recuerdo: su padre en el circo, su madre en Australia, la tía Alicia... Perfectamente. Está usted perdida. ¿Quiere una solución? Yo la tengo. La única. Oígame bien: Alicia, ¿por qué no se casa usted conmigo?

Alicia lo oyó bien. Miró aquella mesa próxima con las últimas compañeras de la Residencia, todas tan limpias, tan pálidas, tan insignificantes, y sintió de veras no tener como ellas un pasaporte en regla, o un pasado en orden, para responderle a Artal con más convicción:

—Por lo visto, ha cambiado usted de opinión sobre el matrimonio.

—¿De ninguna manera!—exclamó Artal—. Mi opinión ha sido siempre la misma: casarme con usted. Desde que la conozco.

Alicia cortó, bruscamente, el diálogo. Sentía, de pronto, como una rabia contenida. Ella no podía tomar la vida en broma. Sin trabajo, sin nacionalidad, sin familia, tendría también que emigrar. ¿A dónde? Afortunadamente, en el Banco, estaban sin tocar los últimos fondos girados por su padrino. Pero, ¿adónde ir? Volver a Granda no le tentaba: vida oscura, de constante humillación... Hay cosas que la gente no perdona. ¿Se enteraba su amigo Carlos? Ahora le tocaba a él oírla, pero oírla muy bien. Le iba a contar su vida. Menos de diez años. Todo aquello de París estaba muy bien, había sido muy alegre, muy simpático... Ella recordaría siempre las mañanas en el Parc Monceau con su amigo Artal. ¡Y tantas otras cosas! Ha-

6ía pasado unos meses inolvidables. Pero ella, Alicia, se había portado muy mal, ya era hora de que lo supiera: había tenido una hija, una hija de verdad y, como esto era un pecado horrible, un día se la quitaron para siempre.

XVIII

Alicia I, tía de nuestra Alicia, vivía sosegadamente en su rincón de Maida Vale. Barrio pacífico de Londres, alejado del centro de la ciudad, reunía en sus calles amplias una población, en su mayoría, israelita.

Casas uniformes de tonos amarillos, jardines reducidos, estrechas aceras con sus lámparas de gas, anchos arroyos desiertos: tal era el aspecto de mundo recogido que ofrecía el barrio durante el día. Sólo al atardecer, tras la labor diaria en los distritos comerciales, se animaban un momento sus calles con el regreso de los vecinos, modestos empleados dispersos en los cuatro puntos de la capital. Se formaban, entonces, pequeños grupos a la salida del Metro, se cambiaban saludos fugaces, se detenían los menos impacientes ante los escaparates de las tiendas locales, en los despachos de tabaco, con el diálogo breve, ya de despedida, en las esquinas a media luz.

Los vecinos retrasados habían comprobado, des-

de hacía algún tiempo, que Alicia I abandonaba el barrio, precisamente, a la hora en que ellos regresaban. Se dirigía sin vacilar a la estación del Metro y se la tragaba la tierra. Iba siempre vestida con elegancia, aunque no siempre con traje de noche. Se la recordaba mejor con su sombrero de grandes plumas, su traje sastre gris y el boa exuberante ceñido al busto.

En las tertulias del barrio se hablaba, sin mucha convicción, de una sociedad teatral de aficionados, donde al parecer ejercía Alicia I funciones administrativas, sin perjuicio de desempeñar, de vez en cuando, algún que otro papel otoñal. Esto lo añadían los vecinos. Porque Alicia I, pese a sus cuarenta años bien cumplidos, conservaba a las claras su graciosa prestancia. Belleza irregular, muy expresiva, sin embargo, se preparaba sin duda a entrar en la vejez con ocultas armas seductoras. No sé qué en los ojos, algo ligeramente apagado, como la huella del viento de los años, daba a su rostro un singular encanto. Nada más en desacuerdo que su mirada profunda sobre su fresca sonrisa. Algo así como el día y la noche, sobre el mismo paisaje, a la hora intensa del crepúsculo.

Pero esto se le notaba sólo en los ojos mirándolos muy de cerca, como lo hacía su amigo R. C. Lewis cuando le hablaba del pasado.

Mr. Lewis era su único amigo conocido. Supuesto mecenas del grupo teatral, visitaba raras veces el barrio, salvo en las fechas familiares: Navidades, Año Nuevo... Ejemplar amigo, por lo visto, que no olvidaba a la tía Alicia en las mejores ocasiones.

La tía Alicia hacía una vida muy retirada. No se la veía jamás durante el día, si bien la gente no dejaba de comentarlo como un síntoma más de su desorden. Se la vió con frecuencia regresar a casa a altas horas de la noche, cuando no se supo también que había dormido fuera de ella. De manera que, en este distrito hacendoso, de modestas ambiciones, el boato y la pereza de la tía Alicia fueron para la maledicencia sabrosos manjares.

No pudo pasar desapercibida, por lo tanto, la llegada de su sobrina Alicia, nuevo pretexto para la murmuración. Alicia II deslumbró con su belleza. Esta si que era una versión impecable de los rasgos de la tía, tan discutidos. Juntas las dos, como la tarde sigue a la mañana, Alicia II era el acabado exponente de una belleza familiar, que declinaba ya en su tía.

Nuestra Alicia se presentó como española. Pronto los jóvenes del barrio se entregaron a mil pretensiones. Ardientes judíos, en su mayoría, encendía sus imaginaciones aquel remoto país cristiano que era para ellos España. La hermosa cautiva —tal les parecía Alicia en su aislamiento— distrajo más de una vez las preces en la pequeña sinagoga.

Pero Alicia se acostumbró en seguida al régimen de vida de su tía y no hubo forma de verla ni de hablarle. Tampoco hizo mucho por mostrarse a sus admiradores. Encerrada en la casa día y noche, apenas se la veía alguna vez, en las primeras horas de la mañana, salir de compras a las tiendas del barrio.

Porque Alicia, por causas que desconocían los vecinos, prefería la soledad. No tuvo mucho tiem-

po en París para pensar hasta qué punto conge-
niaría con Alicia I, a quien apenas conocía. Pero,
el hecho de ser su más próximo amparo le había
decidido a ir en su busca, en un momento de des-
esperación.

Alicia decidió no volver a Granda. Su orgullo,
bien despierto ahora con el encuentro con Artal,
rechazaba de antemano toda nueva humillación.
Seguir en París le era ya imposible. La vida se
organizaba de otra forma con la guerra, cada vez
más exigente. Sobraban los espectadores. Las co-
municaciones con Granda, con su padrino, se ha-
bían casi interrumpido. ¿Qué hacer? Sintió prime-
ro la necesidad de tener una explicación cruda,
sin rodeos, con aquel hombre que le había ilusio-
nado. Recordaba cuantas palabras le dijo: todas,
las precisas. Y después, satisfecho este sentimiento
rencoroso, sin explicárselo aún, sintió también la
necesidad de huir.

Carlos no se daba por vencido. Le encontró al
día siguiente de la confesión—en que él fué a
buscarla a la Residencia—queriendo aparentar una
indiferencia de buen gusto. Después fué más sin-
cero. Le confesó, a su vez, que sentía profunda-
mente lo sucedido. Pero no por ella, ni por su
desgracia... Esto le produjo a Alicia una gran in-
dignación.

¿Es que ya estaba enamorada de Carlos? No
podía preguntárselo a sí misma sin echarse a llo-
rar de desconsuelo. ¡Claro que estaba enamorada!
Pero Carlos no merecía su cariño. Era un gran
amigo, un amigo ideal, pero incapaz de quererla.
Carlos sentía lo sucedido, su difícil confesión, tan

dolorosa, no por la crueldad de la vida con Alicia, sino por no sabía qué otra crueldad de la que él mismo se consideraba también víctima. Algo confuso, inoportuno. ¿Quién sufría más de los dos? Carlos, entonces, hablaba de sus años de trabajo, de mil menudas penalidades, de su confianza en el destino... Había en sus palabras como un dejo de contrariedad. ¿De qué podía quejarse? Joven, rico, libre... ¡Si era el dueño del mundo! Pues parecía quejarse, sencillamente, de haber tropezado con algo tan de su propiedad: el mundo.

Alicia empezó a comprenderlo. No sabía si enfadarse de nuevo. Carlos no le reprochaba nada. No la consoló lo más mínimo, pero tampoco le dirigió el menor reproche. Se quejaba, claramente, eso sí, de haberse enamorado tanto de ella.

Esto la decidió. Le comunicó en el acto, procurando no alterarse, su decisión de trasladarse a Londres. El mismo Carlos la acompañó a la estación al día siguiente. Se despidieron en silencio. Carlos anotó su nueva dirección.

Al llegar a Londres Alicia, ya tenía su primera carta. “Creo—venía a decirle Carlos en ella—que hemos hecho mal en separarnos tan deprisa. Debimos hablar más. Hay cosas que no sirven para recordarse porque hacen mucho daño. Conviene siempre aclarar estas cosas”.

Alicia leyó también, hacia el final, estas palabras increíbles: “¿cuándo vuelves?” Las contestó adecuadamente y, a poco, recibió una explicación:

“Si te he preguntado cuándo vuelves—decía Artaud en esta nueva carta—es porque creo, naturalmente, que debes volver. Te has metido en un

callejón sin salida. Con esta guerra, tal como va, nunca han sido más límites de Europa que ahora las orillas de Inglaterra. Después está el mar, que no nos sirve para nada. Me sería muy fácil arrinconarte. ¿Qué ibas a hacer? ¿Tirarte al agua? Dicen que hay submarinos. Prefiero que vengas. Podemos escaparnos hacia el sur. ¡Quién sabe!”

Desde entonces no le faltó, cada día, la carta de Carlos, apremiante. Llegó a leer lo siguiente: “ya no sé qué pensar. Lo único cierto es que te quiero”.

Una tarde, en el momento de salir su tía, sintió el impulso de contarle la historia de sus relaciones con Artal. Fué al pie de la escalera, al despedirse. La confidencia brotó espontánea, sin preámbulo, y la tía Alicia parecía muy interesada. Pero, al abrir la puerta de la calle, maquinalmente, sorprendieron a Mr. Lewis que llegaba a la casa.

No se le ocultó a Alicia la turbación de su tía con el encuentro, ni la manera precipitada e incoherente que tuvo de presentarlos. Mr. Lewis conservó su aplomo. Era un señor alto, distinguido, con un aire infinitamente fatigado que lo hacía más respetable. Hombre ya de edad madura, descubría aún hábitos de juventud en el modo desenvuelto de expresarse.

Invitó a Alicia a acompañarles. Irían aquella noche los tres a un teatro, pues se trataba de festejar su cumpleaños. Parecía muy sincera la invitación. Alicia se excusó como pudo, con gran contento de su tía. Mr. Lewis pareció contrariado. Se separaron al fin. Alicia cerró la puerta, un tanto confusa por el incidente. Su tía le había ase-

gurado que iba a cenar aquella noche con unas amigas.

Alicia se sentó junto a la ventana del comedor, sobre el jardín, mientras el barrio parecía celebrar, encendiendo las primeras luces, la vuelta al descanso de los vecinos. La calle se animaba. Aun pudo ver al otro extremo, hacia la parada de taxis, las figuras de su tía y Mr. Lewis que se alejaban rápidamente. Algunos transeúntes volvían la cabeza al cruzarse con ellos.

¿Quién era Mr. Lewis? Alicia no lo sabía. Se lo había imaginado mucho más joven por la familiaridad con que hablaba de él la tía Alicia. Le había impresionado encontrarse con un señor mayor, tan importante. Porque Mr. Lewis debía ser muy importante: su abrigo, su bastón, sus guantes carísimos... No había dudado siquiera en poner su mano sobre el hombro de Alicia, como sólo hacen ciertos personajes en escena. Quizá fuera un actor.

Alicia cenó rápidamente y se acostó. A media noche la despertó un diálogo animado en el vestíbulo. Reconoció las voces de la tía y de su amigo. Parecían disputar. La puerta de la calle se cerró de un golpe y oyó luego los pasos de su tía por la escalera. Saltó de la cama y salió a recibirla al pasillo. La luz de gas de la escalera, muy baja, tiraba las sombras sobre las paredes.

Primero vió la sombra de su tía. Esta surgió, al fin, respirando trabajosamente, con el sombrero en la mano... Alicia no se movió de la puerta de su alcoba. La dejó pasar en silencio. La tía Alicia ni la miró siquiera. Pero, ¿era, en realidad, la tía Alicia aquella mujer despeinada, francamente vie-

ja, que se alejaba por el pasillo arrastrando los pies?

Alicia no pudo dormir más. De nuevo en su cama pasaba y repasaba la extraña visión. ¿Cómo era posible que su tía, tan refinada, tan atenta siempre a sus menores detalles de mujer, se convirtiese a la media noche en aquel despojo, mezcla de vieja y de mendiga?

Volvieron a encontrarse las dos, al día siguiente, a la hora de la merienda. La tía almorzaba en su alcoba y no bajaba ningún día antes de las cuatro. Apareció en el comedor elegantemente vestida, sin huella alguna de la noche anterior. Estaba de buen humor, además. Quiso que Alicia continuara su interrumpida confidencia.

Alicia le contó, sin gran lujo de detalles, la historia de su amistad con Artal. Hablaba como distraída. Su tía, en cambio, parecía interesarse más y más a medida que el relato avanzaba. Terminó por interrumpirlo con sus risas.

—Pero, ¿cuáles son tus dudas, mujer?—le preguntó—. ¡Déjame que me ría! ¿De manera que se enamora de ti un hombre extraordinario, que debe tener una gran fortuna, y tú no sabes qué hacer...?

Claro está que la tía Alicia parecía olvidarse de la desgracia de su sobrina. Pero ésta no pensaba recordársela aquella tarde. No sabía por qué. Prefería terminar de una vez la conversación.

Alicia le confesó, por último, el proyecto de matrimonio que ya Carlos le había insinuado en sus cartas. La tía, entonces, se puso muy seria. Miró a Alicia desconcertada. Fué un silencio largo, molesto. En las sombras del cuarto, Alicia tuvo

de nuevo la visión de su tía envejecida, respirando con trabajo, tal como la había visto surgir por el hueco de la escalera...

—Pero, dime—le oyó al cabo murmurar con una voz extraña, llena de incredulidad—: ¿es verdad que quiere casarse contigo?

Alicia no contestó. Se sentía ofendida por aquel tono inesperado y, al mismo tiempo, era como si una persona desconocida la interrogara. Porque, decididamente, no era su tía Alicia, ni tenía siquiera su misma cara. ¿Dónde había visto antes aquel rostro? Recordó una noche en París, al salir de un cine con Carlos. Un gran corro se formaba al borde de la acera. Unos guardias, en el centro, ensanchaban el círculo a empujones. Se acercaron por curiosidad. Un accidente del tráfico, oyeron decir. En el arroyo, junto a la acera, se veía el cadáver de una mujer. Le faltaba un zapato. La mano derecha del cadáver, crispada, sujetaba un bolso abierto. Todos conocían a la víctima. Frequentaba el café junto al cine. Tenía mucho partido entre los hombres.

Alicia huyó impresionada, agarrándose fuertemente al brazo de Carlos. Le persiguió largo tiempo el recuerdo de aquella desgraciada: los ojos abiertos, sin vida, el pelo rubio, mal teñido, endureciéndole el semblante...

De nuevo, al cabo de los meses, volvía a ver aquel rostro inolvidable. Era el mismo de su tía Alicia: igual expresión, idénticas sombras en los ojos abiertos. ¿Cómo había tardado tanto en descubrirlo?

Alicia miraba a su tía como se mira a una per-

sona a quien no se ha visto después de mucho tiempo. Todo era natural en ella y, sin embargo, inesperado. Jamás se le había ocurrido a Alicia hacerse esta pregunta: ¿de qué vivía su tía? Ahora no se atrevía a preguntárselo.

La tarde de verano se alargaba increíblemente, iluminando todavía la amplia calle. El comedor ya estaba en sombra. Tía y sobrina, en silencio, se acechaban. El diálogo no volvió a reanudarse.

XIX

Apenas despierta Alicia la mandó a llamar su tía. Esta aún no se había levantado. Era la primera vez que Alicia entraba a aquellas horas en las habitaciones de Alicia I, lugar de un continuo ajetreo, secreto de ordinario, que duraba por lo menos hasta el mediodía.

A Alicia no le sorprendió la llamada. Aquel silencio obstinado que siguió al término de su confidencia, las había colocado frente a frente. En realidad, no medió entre las dos palabra alguna que las distanciase. Fué más bien una actitud mutua, un velado disgusto que se quedó sin expresión. Pero Alicia no dudaba ya. Sólo sus preocupaciones personales, su llegada a Londres precipitada, su vida distraída, con el pensamiento a todas horas puesto en París, pudieron ocultarle hasta entonces lo que para nadie era un misterio: la vida irregular de Alicia I. Quedaba, sin embargo, la explicación inevitable.

—Hace tiempo que quería habértelo dicho—le

empezó confesando su tía—: desde que llegaste. Pero no encontraba manera. Todas las palabras me parecían muy duras. Pero ahora que te conozco mejor, después de lo que me has contado ayer, me he decidido a hablarte francamente. Sé que no va a sorprenderte lo que te diga: no en vano llevas viviendo conmigo unas semanas y debes haberlo descubierto. Ayer me he dado cuenta. No te equivocas, no temas: es verdad lo que has pensado.

Hablaba la tía Alicia con sosiego, sin alterar su postura cómoda en el lecho, la cabeza vuelta hacia la calle, fija la vista en la ventana por la que se filtraba un sol de estío. Con aquella luz mañanera, matizada por las anchas cortinas, el rostro de Alicia I adquiría de nuevo aquel encanto que acentuaban sus ojos profundos y cansados. El reposo serenaba su semblante y hasta la voz se le ennoblecía con unos suspiros pausados, que enternecían sinceramente a su sobrina.

—Nunca nos hemos conocido—continuó—. ¿Para qué? Nuestra familia apenas si ha existido. Siempre ha sido una cosa así, dispersa, por toda la tierra: unos aquí, otros allá lejos... ¡No hay como la miseria para recorrer el mundo! Vuestra llegada a Granda la supe cuatro años más tarde. Tú acababas de nacer. Recuerdo que, por aquellos años, tu madre me escribió una larga carta hablándome de ti. Eras todavía muy pequeña, pero ya tu madre hablaba de ti con orgullo. Me enumeraba tus gracias, una por una. Me envió tus primeros retratos. Al verlos, me pareció que ojeaba los albums de mi infancia: de tal manera nos parecíamos. Así nació mi predilección por ti y, lue-

go, nuestra correspondencia. Alicia Primera, como me llamabas, estaba también orgullosa de su sobrina. Supe después de tus triunfos. Tu madre me contaba el ambiente en que vivías, las personas que de ti se ocupaban... Ponía un gran empeño en desvanecerme unos temores que, por lo visto, ella compartía. Yo desconfiaba, sin embargo. Cuando me faltaron sus noticias, no me sorprendí. Pesa una fatalidad, en nuestra familia, sobre el nombre de Alicia: todas hemos conocido la desgracia en las circunstancias más dichosas. ¡Si supieras!

Alicia I se detuvo y continuó después, más agitada:

—Cuando me hablabas ayer de ese hombre me pareció que me lo habías robado. Yo también me casé. Iba a ser feliz... y mira lo que soy. A veces se me ocurre pensar que lo que nos ha faltado a nosotras, a las tantas Alicias desgraciadas, ha sido un hijo. Ya ves qué cosa más sencilla. Pero se me figura a mí que un hombre, un hombre de nuestra sangre, podría redimirnos al fin. Pienso mucho en él. No sería tampoco feliz, estoy segura, pero su vida sería tan perfecta, tan limpia de toda culpa, que borraría para siempre nuestros pecados. Tú tuviste una hija y se te murió. Mejor para ella.

Alicia no sintió emoción alguna ante el recuerdo de su hija. Se sorprendió después de su indiferencia. Las palabras de su tía tenían otras resonancias más profundas.

—Mi vida ha terminado ya—continuó Alicia I, de nuevo tranquila—. Estoy completamente sola. Tú has conocido a Ronald, a Mr. Lewis. Dicen que es mi mejor amigo. Esto te lo digo para que te

alejes en seguida: mi mejor amigo es un hombre abyecto. Le conocí una noche, en la calle, como a tantos otros... Después supe quién era. Lo tiene todo para ser feliz: hijos, mujer, hogar, fortuna... Es un hombre de suerte. Pero en las fechas familiares del año, cuando le esperan en su casa, prefiere venir a buscarme. Entonces bebe y se emborracha. Reñimos siempre. Su único placer consiste en profanar su propia vida. Con que, Alicia: vete, márchate ya...

Alicia dejó la alcoba y se encerró en su cuarto. Marcharse, ¿adónde? Se había sentado en un rincón, allí junto al espejo, y no sabía qué hacer. Marcharse, eso sí. Pero, ¿qué bien comprendía ahora aquello de Inglaterra, la orilla de Europa! Tendría que regresar hacia el sur, camino de París. Se sintió, de pronto, avergonzada. ¿Qué iba a decirle a Carlos? Pasar por París sin verle le era imposible. Y sin embargo... Tendría que irse a Granda. La guerra apretaba más cada día. Llegaban de París noticias alarmantes, y aun en Londres, confiado hasta ahora en su ejército voluntario, empezaban a advertirse síntomas de inquietud. Los primeros soldados del barrio, aquellos jóvenes y ardientes judíos, fueron aclamados al salir del Metro.

¿Y su tía Alicia? ¿Qué iba a ser de ella? Tanto le apuraba tener que pasar por París, y el encuentro forzoso con Carlos, que decidió no abandonarla. Lo decidió rápidamente, pero le pareció que ya estaba atada para siempre.

Habían pasado unos días después de la entrevista en la alcoba. Alicia I no salía de casa. Tomaba

el té con su sobrina, en silencio, procurando que sus gustos coincidieran en todo: en la calidad del azúcar, la temperatura del agua... Se establecía así una solícita competencia de amabilidades que fatigaba mucho a nuestra Alicia. Esta no se resignaba a dejar pasar cuanto ocurría sin comentarlo. Su tía, en cambio, parecía más cautelosa. Tras la aparente solicitud, ocultaba sus dudas: ¿qué decidiría su sobrina?

Hacia las seis, hora en que acostumbraba a salir de casa, subía ahora Alicia I a su piso y se encerraba en el baño. Encendía todas las luces. Allí se pasaba un gran rato abriendo los grifos, moviendo los frascos de un lado para otro, y luego, sin transición, la casa quedaba en silencio y el baño encendido. Alicia I se había acostado. Raras veces cenaba con su sobrina. Esta subía al poco rato, apagaba las luces del baño, preparaba su cama y bajaba de nuevo al comedor.

Era la hora más feliz de aquellos días difíciles. Con el comedor en sombra, iluminado por la luz de la tarde de verano, Alicia cenaba rápidamente y se sentaba luego junto a la ventana. Poca gente transitaba a aquella hora por la calle. Sólo los últimos rezagados del Metro cruzaban deprisa el arroyo, levantando la cabeza para contemplar el cielo aun radiante. Un silencio absoluto, de hogares recogidos, se extendía en esos instantes por el barrio.

Alicia, entonces, pensaba en aquel ser extraño que era para ella su tía. Encerrada en su alcoba, sobre el comedor, sólo el techo de la habitación las separaba. Jamás había pensado mucho en ella,

ni pudo tenerle nunca un gran cariño a través de unas cuantas cartas. Había sido siempre un personaje incierto, casi creado por su imaginación. En ningún momento importante la recordaba. No tuvo nada que ver con aquel día de sus primeras medias, ni con los terrores que sufrió a la muerte de su padre... ¡Nada! “La tía Alicia vivía en Inglaterra”, era la única noticia en sus recuerdos. Y, sin embargo, al oírla aquella mañana en su alcoba, ¡qué cerca de ella se encontraba! Eran los mismos afectos, los mismos nombres familiares, casi las mismas vidas...

“A veces pienso que lo que nos ha faltado ha sido un hijo.” Y como lo decía su tía Alicia, que era seguramente como si ella lo dijera también dentro de veinte años, ¡qué poca importancia resultaba tener, en este gran resumen de una vida fracasada, aquel desconsuelo suyo cuando perdió a su hija! Fué entonces cuando le sorprendió su indiferencia.

Porque esta Alicia I, encerrada en su cuarto, dormida o despierta, ¡cómo le hacía pensar! Tenía que decidirse. Su tía Alicia era el último amarre con la familia. Roto de un golpe, se exponía a quedarse sola, suelta por el mundo, con la mano extendida en balde...

Pensó escribir a su padrino. También a Carlos. Ellos le ayudarían con sus consejos. Pero, ¿qué podrían decirle que no lo adivinara de antemano? Carlos se presentaría en seguida a buscarla o, lo que era peor, se alejaría decepcionado. La situación de su tía era francamente vergonzosa. Pero, ¿por qué tenía ella, Alicia II, que compartir, aun-

que fuera oscuramente, aquella responsabilidad que no la alcanzaba? ¿Por qué había de pasar por la segunda humillación de presentarse de nuevo, ante los ojos de Carlos, con una carga de desdichas? ¿Por qué se le ocurrió venir a Londres? Pero su suerte estaba echada. Demasiado tarde para retroceder. Volver a París, confesando su derrota, equivalía a rendirse al primer choque. Decidió, por tanto, continuar de momento en Inglaterra. Escribiría a su padrino, eso sí. Don Severino la salvaría una vez más.

Esta idea la tranquilizó. Tendida en el diván del comedor, con los ojos fijos en el techo, pensaba a poco en Granda. ¡Qué lejos estaba todo aquello: su infancia, sus hermanos, los laureles de la plaza...! ¿Qué habría sido de su madre? Se la imaginaba en los últimos días antes de la fuga, afanada sigilosamente con el equipaje. Nunca supo dónde se fueron su madre y sus hermanos. Ni una carta, ni una noticia... La habían olvidado para siempre. ¡Si no llega a ser por su padrino...!

Alicia sonreía en la oscuridad. ¡Qué gracioso era don Severino! Había engordado con los años y, para su poca estatura, usaba unas americanas demasiado largas. ¡Y aquel hongo que no soltaba nunca! ¡Cuántas veces lo había reñido Alicia por no comprarse otro sombrero! Volvía a verlo en la mecedora, sujetándose con sus manos pequeñas, mientras hablaba muy seriamente de sus años de elegancia. ¿Fué joven alguna vez don Severino? Debió ser un muchacho lleno de virtudes para enamorar, a un mismo tiempo, a dos hermanas. Alicia conocía muy bien la historia de esos amo-

res, aunque nunca, por delicadeza, habló de ella con su padrino.

¡Vida absurda la de Granda! Allá seguiría a estas horas la ciudad, pese a los vaivenes del mundo, medio dormida a la orilla del Atlántico, con sus calles desiertas, saturadas de tristeza... ¿Cómo pudo ser feliz Alicia?

Se adormecía poco a poco. Del fondo de sus recuerdos, sin embargo, brotaba como una luz que la desvelaba. Era la misma de los domingos al entrar por aquella ventana olvidada, frente al Hotel Universo, cuando al asomarse Alicia descubría a sus pretendientes en las dos esquinas. La misma de las tardes animadas, al pie de los laureles, mientras Juanito picoteaba en los diálogos como un gorrión. La misma luz que acompañaba a las de Juárez hasta su casa, cargadas de ilusiones. La misma también que se reflejaba al mediodía en los lentes del tío Alberto. Y de todas estas vidas iluminadas por la misma luz, fundidas por la distancia en una larga lumbre de tedio, surgía ahora un resplandor que deslumbraba a Alicia. Se sentía bien sujeta a su pasado, firme entre los recuerdos de su infancia, unida a aquella tierra que combatió y que ahora la saludaba, a salvo, desde lejos. Volvía a encontrarla cuando todo fracasaba: el mundo, sus planes, la tía Alicia...

Subió precipitadamente las escaleras. Hizo sus maletas deprisa, sin oír apenas a su tía que, despierta por el ruido, adivinando lo irremediable, le gritaba alarmada desde su alcoba:

—¿Pero a dónde vas a estas horas? ¡Si ya ha salido el último tren!

XX

Entre los escasos sucesos que animaron la vida de Granda en los últimos meses del año 14, ninguno tan comentado como el de la boda de Alicia con Artal. Se habían casado éstos en París, en plena batalla del Marne, aprovechando las últimas bendiciones que la Iglesia repartía en aquellos instantes de zozobra.

La noticia no dejó de interesar a la ciudad desde el primer momento. No muy sobrada de acontecimientos locales, el anunciado arribo de la nueva pareja iba a animar sus tertulias por unos días.

Se recordaba perfectamente a aquella muchacha extranjera, injertada en nuestras costumbres, que un día abandonó la ciudad. Los motivos del escándalo, más o menos desfigurados, se mezclaban sin respeto alguno con los nombres venerables de don Severino y las de Juárez, el intento de boda frustrado del tío Alberto y no sé qué otras fantasías. No es que se hubiese olvidado, exactamente, lo sucedido, pero era sin duda más entretenido

deformarlo, y sacar, de suceso tan sabido, nuevos temas de conversación inesperados. Así se llegaba, a fuerza de inventos, de sorpresa en sorpresa para los no iniciados en la trama, a una especie de cuento maravilloso al tratarse de explicar la boda de Alicia.

Claro está que la protegida de don Severino alcanzaba por aquellos días tal belleza arrolladora, exaltada por un extenso repertorio de trajes, que produjo fuerte impresión en el vecindario. Pero no hubiera bastado esta belleza, con ser tanta, para justificar el cuento de hadas, si la presencia de Carlos Artal, en el apogeo de su juventud y su fortuna, no hubiese realmente deslumbrado.

Valgan verdades póstumas, Alicia y Carlos eran dignos de su popularidad. Ni en las más viejas boticas se recordaba nada tan airoso como verlos cruzar juntos una calle. Se abrían, a su paso, ventanas y balcones. No había un desocupado en la calle que no volviese la cabeza. La ciudad, carente de espectáculos, concentraba sus miradas en la pareja irreprochable.

La vida entonces de Granda no pasaba de semejar una lenta agonía. Sin puerto y sin comercio, sin paz y sin dinero, crecían las tertulias ociosas por los rincones de la ciudad, atentas más que nunca al negocio improvisado. Acaso, en el fondo, se envidiaba a la feliz pareja el que así, sin más ni más, con la única mercancía del amor, tan incierta siempre, y hasta a veces funesta en el comercio entre los hombres, hubiese adquirido aquel grado de bienestar que, sin proponérselo, descubriría. Porque Carlos Artal, decidido a organizar lo

que él llamaba "su descanso", en un punto de la tierra, había elegido definitivamente aquel de Granda para saborear los frutos de la vida.

Adquirió una abandonada residencia en el campo, rodeada de un viejo jardín, y supo convertir al poco tiempo el destartalado caserón en un conjunto de bella arquitectura. No arregló, en cambio, el camino antiguo que llevaba hasta la casa, para asegurarse así del interés de las visitas. Nadie que, realmente, no pusiese en verle gran empeño, se habría aventurado por aquel desfiladero.

Mientras se llevaban a cabo las reformas, Alicia y Carlos vivieron en la ciudad. Se instalaron, precisamente, en el Hotel Universo, cosa que tampoco dejó de comentarse, sin pensar que, entonces, seguía siendo el tal hotel el único habitable de Granda. Alicia volvió, por tanto, a vivir como en su casa, sólo que frente a ella. La vida, por decirlo así, le dió una vuelta en redondo y la colocó ante sus recuerdos. De una acera a otra, ¡cuánto trecho!

Abría sus ventanas sobre los mismos laureles, pero ahora descubría las hojas ocultas hasta entonces. Miraba la calle con los mismos ojos, sólo que su mirada no le daba la imagen del hotel. Volvía a encontrarse, pero cara a cara. Era como mirarse a sí misma, de Alicia a Alicia, en una mutua interrogación constante.

La primera Alicia, la que nosotros conocimos en su mecedora, apenas se daba cuenta del prodigio. Contemplarse a sí misma, enamorada de su felicidad, había sido su sueño. Pero, esta otra Alicia que regresaba feliz a su tierra, enamorada de su

marido, tenía en cambio sus momentos de angustia. Aquel paisaje familiar la intranquilizaba. De sus árboles, de sus piedras, brotaban recuerdos y fantasmas.

¿En qué habitación moriría su hija?, se preguntaba desde el primer día, al llegar al hotel. No se atrevió a interrogar a los criados. Recorría con mil pretextos los largos pasillos, deteniéndose ante las habitaciones cerradas, observando con atención los números de las puertas, como si pretendiera descifrar la clave indicadora.

Por fin se decidió a interrogar a don Severino. Supo cuál había sido la habitación y no resistió al deseo de visitarla. Estaba entonces desocupada. Entró en ella con el corazón sobresaltado. El armario, alto y estrecho como un ataúd, le impresionó. Encendió rápidamente. El espejo se iluminó como un mundo vacío. Alicia buscó en vano por los rincones. No sabía lo que buscaba, pero cualquier cosa, un detalle insignificante, lo hubiera tomado por un recuerdo...

De aquel drama minúsculo no quedaba nada. Las aguas del espejo se lo habían tragado para siempre.

A Carlos, cuando lo supo, no sólo no le disgustó la curiosidad de Alicia, sino que la alabó sin reservas. Es lo que había que hacer: revisar el pasado, analizar de cerca los recuerdos. Los recuerdos, para Carlos, provocaban una especie de enfermedad contagiosa. Había que aislarlos en su origen para que perdieran su virulencia. Ningún recuerdo aislado merecía la pena. ¿Qué le quedaba

ahora a Alicia de aquella habitación imaginada tenazmente, adornada con los años de mil bellas fantasías, que tanto la torturara estando lejos al pensar en la muerte de su hija? Apenas nada: unos muebles, un número... ¿Verdad que se sentía más tranquila?

¡Carlos Artal! Alicia pronunciaba el nombre en voz alta, despacio, sílaba por sílaba, como si hiciera el recuento de su dicha. ¡Cuatro sílabas exactas! Ni aun así, reducida a cifra la felicidad, que también tenía cuatro sílabas, lograba explicársela. ¿Era posible cuanto le sucedía?

Volvía a verse camino de París, después de aquella noche pasada en la estación inglesa, sentada en la maleta, decidida a no volver a casa de su tía. Noche de grandes penas, entre el dolor de abandonar a Alicia I y la fuga en perspectiva, sin propósito ni destino.

La llegada por la tarde a la orilla del Canal, llena de tropas expedicionarias, y su peregrinación de pueblo en pueblo, de tren en tren, sin atinar con el puerto de embarque, lo recordaba sin precisión. Por fin, a lo largo de la costa, un barco la dejó en Francia, a muchas millas de París...

¿Cómo pudo llegar, con tantos obstáculos, a su antigua Residencia, ya preparada para convertirse en hospital, y descansar de tantas fatigas en el pabellón del jardín, y levantarse al día siguiente, desesperada, llamando a Carlos por todos los teléfonos?

Aquel día aprendió a quererlo para siempre. En lugar del encuentro difícil que esperaba, Carlos

se las arregló de tal manera que tuvieron una entrevista sencilla y cariñosa. Ni una sola palabra de triunfo. Nada de frases como “¿qué te decía yo?”, “¿quién tenía razón?”, que la hubieran enfurecido. Al contrario, Carlos se disculpaba por las impertinencias de sus cartas y se ponía, incondicionalmente, a sus órdenes. Se ofrecía, incluso, para sacarla de Francia. Con una sola condición: la de que se casara antes con él.

Y lo decía así, con tan buen humor y, al mismo tiempo, tan emocionado, que Alicia no supo qué contestarle y terminó por echarse a llorar. Carlos fingía consolarla, diciéndole muy serio:

—¡No es para tanto, mujer! ¡Hay maridos peores!

Y Alicia, que sentía en aquel momento cómo la felicidad del mundo era sólo para ella, no hacía sino secarse los ojos, pues era tonto llorar si estaba ya riéndose...

Se casaron a los pocos días. Carlos desplegó, por consulados y alcaldías, la actividad de sus mejores tiempos, no sin fruto. Hasta el cura que los bendijo parecía darse prisa en terminar. Luego, tras una fugaz luna de miel en aquel París alborotado, llegó el momento de la partida.

—Tenemos que pensar en nuestra felicidad—le dijo un día Carlos—. ¿Qué hacemos con ella? Está muy a la vista. Cualquiera día nos denuncian por no ocultarla. ¿Qué tal si nos la lleváramos a Granda?

Alicia sonrió. ¿Qué podía contestarle? Ella le había contado todo. A él le tocaba ahora decidir.

—Nos iremos entonces—resolvió Carlos—. Debes volver a Granda. Quizás llegues a olvidarlo cuando lo veas.

* * *

Para la ciudad, como decíamos, la llegada del nuevo matrimonio no fué sino un tema de murmuración. Habían corrido todas las leyendas: desde el viejo ricachón, que se suponía que era Carlos, alelado hasta casarse ante la juventud de Alicia, hasta la versión bien maliciosa de que el matrimonio no se había efectuado. El único que reservaba su opinión era don Severino.

El viejo consignatario, recludo ya en su alcoba, vió entrar una mañana en su cuarto a la joven pareja, y esto le bastó para tranquilizarse. Carlos le apretó las manos como un hijo auténtico.

En casa tampoco se oyeron juicios prematuros. La tía Elvira nombró una sola vez a Alicia, a la que nunca había tratado, para recomendarnos, a mi hermana y a mí, la mayor prudencia. Yo me prometí no hacerle ningún caso y, a los pocos días, me presenté con mi hermana en el Hotel Universo.

Alicia nos reconoció en seguida. Se puso muy contenta y nos presentó a su marido, que merendaba. Desde aquel té con pan y mermeladas, Carlos Artal fué un nombre mágico en nuestros juegos. Alicia llegó a sentir celos de que yo le distinguiera, más que a ella, con mi amistad. Pero es que Carlos, en aquellos años, era un tipo nuevo para nosotros. Su ímpetu no podía pasarnos inadvertido, acostumbrados como estábamos a vivir

entre viejos, si bien tan despiertos como la tía Elvira.

Aquel muchacho enérgico, decidido, poseía además una fortuna que, dada la sencillez de nuestras vidas, parecía dotarle de un poder ilimitado.

Si mi padre cometió la locura, allá por sus veinte años, de pasearse por las calles de la ciudad sobre el primer caballo importado de Inglaterra—lo que no dejó de comentarse con encono por su generación—, Carlos alarmaba ahora al vecindario con el estruendo del primer Rolls.

Era además infatigable en cuanto se proponía. De su casa de campo hizo un verdadero paraíso. Trasplantó por primera vez a nuestra tierra los frutos exóticos, hoy tan populares, como el mango y el aguacate. Introdujo reformas valiosas en los sistemas generales de cultivo. Fué iniciador, aunque fracasado, de una más sabia distribución de riegos. Debió proyectar finalmente, allá en París, el triunfo social de Alicia en nuestra huraña sociedad, y lo consiguió con rapidez.

A los pocos meses de instalados en nuestra tierra, si Carlos era el hombre dinámico con el que había que consultar toda empresa, Alicia fué en cierto modo una regidora de la moda y las costumbres. Nuestros paisanos, más curiosos que reservados, a decir verdad, no pudieron resistir a la tentación de aquel mundo de felices novedades que introducía el matrimonio. La casa de Alicia, exquisitamente cuidada por su dueña, y la fortuna impresionante de Carlos, de decisiva influencia, reunieron muy pronto, como por selección natural, los grupos de personas más destacadas.

Los ecos de sus triunfos, filtrados por la ciudad, llegaban hasta estremecer algunas veces los cristales del mirador de la tía Amalia. El tío Alberto, canoso ya, cegato, con una dulzura extraordinaria en sus ojos de miope, aprobaba risueño los éxitos de su antigua pretendida.

Los años y la enfermedad de su mujer le habían inclinado a la resignación y concluyó por calmar sus más rebeldes inquietudes. De los días de Alicia y su rivalidad con Juanito Vances prefería que no le hablasen. Le invadía un intenso rubor, inexplicable, como si le recordaran una gran picardía. Terminaba, con frecuencia, por soltar la carcajada. Allí estaba, a su lado, su mujer, gorda y también risueña, perpleja en su dolor, que se unía en seguida a sus risas como una madre complaciente.

El tío Alberto, vuelto a su seriedad habitual, permanecía con los ojos fijos, sin ver, en un punto indeterminado. ¿Qué pensaba entonces el tío Alberto?

No nos hubiésemos atrevido a preguntárselo. Mezcla de sus penas actuales y de su antigua timidez era aquel dulce carácter suyo que nos imponía, sin embargo, tanto respeto. Sólo por vagas palabras sueltas y, sobre todo, por la maravillosa intuición de la tía Elvira, pudimos medio entender que el tío Alberto aguardaba, todavía, no sé qué extraña felicidad.

XXI

Yo recuerdo la casa de Alicia, en el año 1915, como un sueño. Más que por el tiempo transcurrido, en realidad, por lo que tuvo para mí de grato descubrimiento.

Según los cálculos de la tía Elvira, que eran siempre exactos, los muebles de nuestra casa debieron renovarse por última vez hacia el año 68 del pasado siglo. No sólo fué decisión de ella, y de su madre, el conservar el estilo de una época en la que vivieron tan felices, cosa que, por lo demás, no detenía el progreso de sus gustos, sino que mi padre, ardoroso innovador de las costumbres, extranjerizado hasta la raíz, no consintió de ninguna manera que en nuestra casa se introdujesen las reformas que él tanto propugnaba. Habitado a las comodidades que el progreso se encargaba de suministrar a los hoteles que frecuentaba en el extranjero, debió sentir como una rara voluptuosidad en pasar entre nosotros breves temporadas incómodas. De otro modo no se explica.

Nunca pudimos compaginar sus modernas aficiones, con la tortura, en diferentes órdenes de mobiliarios, a que nos sometía a los demás. Salvo que la propia incomodidad de la casa fuese un estímulo más para sus viajes, en cuyo caso hay que aplaudirle sin reservas.

En cambio el abuelo, alguna vez, se permitió insinuar desde París escandalosas modas, referentes, sobre todo, a nuestro hermoso cuarto de baño, carta que produjo tal indignación en su madre que la dejó sin contestar.

Lo cierto es que nuestra casa, tan bella y evocadora para los extraños, se nos caía encima a los más jóvenes como una decoración que se derrumba.

Por el año 15 la tía Elvira iba ya camino de sus ochenta de existencia y, pese a su ejemplar clarividencia y su afán de no perderse ningún detalle de la vida, ni a ella podía ocurrírsele cambiar lo más mínimo de nuestra casa, ni nosotros teníamos entonces edad suficiente para proponérselo. De manera que la casa de Alicia fué un verdadero y feliz descubrimiento.

La recuerdo, sobre todo, con luz de verano, que en nuestra tierra suele estar cernida por nubes transparentes. Da esto un verano irreal, un sentirse uno templado a la orilla del otoño, que, si bien apaga los grandes paisajes de sol, soberbios en nuestras montañas, produce en cambio la nota destacada de los colores a la sombra. Así, entre rosas y geráneos vivos, por el paseo recortado de los cipreses, avanza todavía Alicia, desde el fondo de mis recuerdos, para detenerse ante nosotros, frente

a mis ojos admirados, mientras aun oigo la voz de Carlos, que dice al bajarnos del coche:

—Aquí tienes a tu amigo. Viene a hacerte una visita.

De aquella tarde inolvidable—mi primera escapada de verdad tras un ideal concreto—guardo en mi memoria como un ancho fresco de calientes tonalidades, cortados los ángulos de mi fantasía por el verde oscuro de los campos, el ocre de los montes, los diez azules de los cielos, salpicado el amplio recuerdo de mil flores diversas entre las que se destaca, casi imperceptible sobre el blanco de la casa, la figura de Alicia.

Vestía de rosa, de malva o de blanco, pero daba la luz al conjunto. Sin ella, sin su luz, no hubiese visto nada.

El lugar me era de sobra conocido por haberlo cruzado tantas veces en mi niñez junto a Miguel, el cochero, en el alto pescante del coche de la abuela. Miguel, y los caballos, y las duras riendas que se me escapaban de entre las manos cuando, en la cuesta pronunciada, al paso los caballos, aquél me las ofrecía con un guiño malicioso, aludiendo a la prohibición de la abuela, como un rey que invita al mando codiciado a un joven dictador con ilusiones, fueron desde el primer momento recuerdos para siempre. Pero el paisaje, lo que rodeaba mi alegría, sólo lo descubrí aquella tarde con Alicia porque su luz era la que precisaba. Aun hoy, cuando trato de reconstruir aquellos lienzos de mi infancia, distingo siempre en ellos, iluminando sus contornos, la presencia y la expresión de Alicia.

Era yo muy niño entonces para comprender lo que la proximidad de la belleza despertaba en mi alma, pero luego, ya hombre, cuántas veces presentí que la vida iba a ofrecérseme, sentí de nuevo repetida, única y la misma, la emoción que de niño no pude expresar.

Vi además aquel día, en el interior de la casa, grandes maravillas: muebles nuevos, relucientes, tapizados con unas telas para mí desconocidas, cortinas claras, de grandes ramos, que caían sobre las ventanas como si las flores entraran del jardín, tapices blancos y silenciosos por los que se andaba como sobre nieve, lámparas airosas, menudos objetos de las industrias más recientes, algunos de uso tan divertido como un encendedor mecánico, sobre las mesas, sobre los estantes. Timbres eléctricos por todas partes, luz, luz...

Al entrar al anochecer en casa, de vuelta del paseo, mi hermana debió sospechar que yo ocultaba un tesoro. La miraba radiante. Sostuve a pie firme, fija la mirada con energía en el paragüero de la entrada, la severa reconvención de la tía por mi hazaña. Procuré calmarla—pero lo hice, en realidad, para acabar de deslumbrar a mi hermana—con el relato minucioso de mis descubrimientos. La tía pronto se interesó por la vida de Alicia en sus dominios. Así fui perdonado.

Y aquellas horas que pasé en ambiente tan distinto, rodeado de alegres fantasías, a las que no estaba acostumbrado, no sólo no me oscurecieron después la vida monótona de nuestra casa, sino que me sirvieron para aclarar mis ideas y mis juegos. Yo sabía que jamás se me permitiría volver a

repetir la aventura, ni me sentía capaz de incurrir por segunda vez en la misma desobediencia, acaso por falta de originalidad en el pecado, pero lo cierto fué que aquel anhelo ya imposible de visitar de nuevo el paraíso fué para mí un glorioso estímulo en los proyectos de mi soledad.

Porque la vida entonces, en nuestra casa, era tan apagada, que nuestros alientos juveniles la combatían con todos sus caprichos. En la galería de atrás, la que formaba un recodo al pasar la despensa, llegamos a sembrar y hasta regar, incluso, después de haberla cubierto cuidadosamente con tierra de cultivo. Así me resigné a explicar, durante algunas tardes, a mi hermana, lo que me estaba prohibido volver a ver. La tía aceptó, pacientemente, esta pasajera versión de mis sueños.

Pero, ¿es que todos nos habían olvidado? ¿No venía nadie a visitarnos? Si la vieja bisabuela había sido una inquieta actriz de la vida, un personaje vivo del mundo, nuestra tía Elvira mostró sus preferencias, desde joven, por la butaca del espectador. Así se fué quedando sola.

Recluidos don Severino en su alcoba y el tío Alberto en su mirador, ausentes de la sala grande, para siempre, nuestras dulces amigas las de Juárez, sólo la tía Enriqueta quedaba apta para visitarnos.

Pero, sobre su sobrina Enriqueta, la tía Elvira tenía sus reservas. Nunca pudimos saber con fijeza en qué consistían. Había un marcado despego entre las dos, que únicamente se interrumpía con las palabras más triviales. Desde hacía treinta años —poco menos que la edad de Enriqueta—, tía y

sobrina no pasaban de saludarse. Después, si la ocasión las retenía juntas, extendían entre ambas un tenso silencio, sujetándolo cada una por una punta, no sólo para que se destacara la actividad manifiesta de sus manos, sino para que nadie se permitiera interrumpirla.

No pudimos reunir, para explicárnoslo, más que dos o tres anécdotas sin sentido.

Parece ser que, cuando se inauguró en la ciudad, allá por el 90, el tranvía a vapor que la unía con su puerto, hubo en la calle Mayor, término señalado para el primer recorrido de la ruidosa máquina, colgaduras y arcos de tela y gran acopio de muchachas en las ventanas de entonces.

La tía Elvira no resistió la tentación del espectáculo, y allá se fué, desde muy temprano, llevando de la mano a su sobrina. Las de Juárez no estaban ya para asomarse a los balcones, al igual que nuestra tía Elvira, pero vivían en la calle Mayor, lo cual era una suerte.

Mientras la locomotora jadeaba camino de la ciudad, y la niña—la tía Enriqueta—se adelantaba al entusiasmo contenido de las gentes lanzando a la calle sus gritos desde la ventana, las tres amigas se reunieron junto al piano. ¿Qué más apropiado para la ocasión, para celebrar el gozo indefinible de sus corazones en aquel día memorable, que recordar las viejas melodías?

La tía Elvira era una pianista excelente. Despacio, con esmero, fué quitándose de los dedos sus viejas sortijas, que colocó al extremo del teclado, sobre las octavas graves, allí donde seguramente, en la alegría del caso, no le llevaría su inspiración.

Miró uno por uno sus anillos al quitárselos, como hacía en el recogimiento de su alcoba, al irse a acostar. Eran sus reliquias de familia. Cada sortija, una historia, un nombre... Y empezó a tocar, con delicadeza, la primera melodía.

¿Qué pasó después? Nunca se pudo averiguar. Sonó de pronto, como un grito de angustia, el silbato de la locomotora que se acercaba, y las de Juárez, pálidas de emoción, pidieron a nuestra tía que tocara un pasodoble. Todo era gritos y entusiasmo. La calle hervía de gente. Saludaban desde las ventanas los pañuelos. En el aire, como piedras, estallaban los primeros cohetes. La tía, desconcertada, atacó el pasodoble. Es decir, no cuidó de su sobrina. Y Enriqueta, como loca, enardecida por el vocerío, no sólo aumentó la estridencia de sus gritos, sino que arrojó a la calle, a puñados, en espontáneo homenaje al Progreso, las viejas sortijas de la tía.

Cuando ésta, sin saber aún lo ocurrido, se asomó a la ventana para presenciar el triunfal arribo de las autoridades, enchisteradas dentro del tranvía, el Progreso, la locomotora y los vagones, mas los pies innumerables de sus convecinos exaltados, habían pisoteado, destruído y convertido en polvo las sagradas reliquias...

Claro está que esta anécdota no aclaraba mucho. Ponía, a lo sumo, sobre la pista. Porque la clara comprensión e indulgencia de la tía Elvira le hubiesen hecho olvidar por completo el fatal descuido, si la conducta de la tía Enriqueta, en años posteriores, no hubiese confirmado, reanimando el recuerdo, la de aquella mañana desgraciada.

No siguió arrojando sortijas a la calle porque, en realidad, las había arrojado todas, pero cuanto significaba tradición, afectos y familia, fué claramente desdeñado en la vida por la tía Enriqueta. Concluyó por casarse con un ser anónimo, aficionado a la compra-venta, y de casa en casa, de piso en piso, se recorrió la ciudad entera con su marido, sin saber a punto fijo de qué podía disponer, invitándonos cada año por su santo a una merienda suculenta en un comedor sin estilo, en el que hasta el agua de los vasos tenía un carácter provisional.

La tía Elvira, en cambio, ¡cómo se enorgullecía de mi hermana! Esta, desde pequeñita, coleccionaba lazos y cajas vacías y era de un orden tan meticuloso que no lo olvidaba ni en sus juegos.

Al jugar a la misa, por ejemplo, jamás permitió que yo fuese el sacerdote, pese a mi sexo. Revestida de improvisados ornamentos, de cara a la pared, recorría de un lado a otro el altar imaginario haciendo mil genuflexiones, todo con un reposo y un cuidado que a mí, modesto monaguillo, me llegaban a aburrir.

Tengo que confesar un secreto en este punto: a pesar de las dotes innegables de mi hermana, yo fui siempre el preferido de nuestra tía Elvira. No recuerdo haber estado nunca en sus rodillas, ni recibir de ella esos continuos besos que tanto desesperan a la infancia. Recuerdo sólo su tolerancia y su mirada. De la primera abusé largamente. Jamás le oí un reproche injusto. De la segunda escribiría un libro. Un libro sobre la noche profunda de sus ojos, como la llamó apasionadamente,

en una de sus cartas, el único novio de su juventud.

Este, como sabemos, fué después el abuelo de Juanito Vances. Desesperado, allá en sus años de muchacho, ante el Destino que lo alejaba para siempre de la tía Elvira, debió intentar con la sombría imagen medir la hondura de su pena. Mundo insondable, por lo visto, para sus angustias de enamorado.

En aquella noche profunda, sin embargo, brillaron los luceros de una inteligencia y una bondad, tan vivas, que alumbraron constantemente una larga existencia. Se reflejaron, también, los dolores y las esperanzas de los demás. Se miró en ella nuestra niñez desconsolada. Fué, en resumen, durante nuestra infancia, como un hondo espejo de la vida. En ella lo aprendimos casi todo.

XXII

Junto a la mirada de la tía Elvira, las de las demás personas que nos rodeaban carecían de interés. Sólo recuerdo unos ojos más importantes. Si en los de la tía descubríamos la suprema tolerancia, en aquellos otros se anunciaba la sabiduría. Aun impresionándonos más, y acaso por ello, recibíamos como el mejor premio el que se fijaran en nosotros.

Eran unos ojos grises, casi verdes, que nos miraban desde gran altura. Así nos lo parecía. Debía de ser muy alta la persona. A su lado, abrazados a sus piernas, llegábamos mi hermana y yo a los bolsillos de la americana. El traje "olía a Londres", según asegurábamos convencidos, pero lo cierto es que nos transportaba a otro país. Sabíamos cómo era este país y le dábamos, por tanto, cualquier nombre. Lo interesante era distinguirlo en la amplia geografía de la infancia. Bastaba nombrarlo.

Junto a los bolsillos, a ras de nuestras cabezas, encontrábamos las manos. Sentíamos el peso justo

sobre las frentes. Nos inundaba su calor fecundo. Luego era la ascensión: uno primero, otro después, nos subían lentamente dos brazos poderosos pasándonos frente al chaleco, a la cadena del reloj, a la corbata inmaculada... ¡Todo Londres! En este instante cerrábamos los ojos, pues el prodigio se acercaba. Los abríamos después a medias, como con temor a deslumbrarnos: estábamos ya a la altura de los ojos.

Estos ojos de mi padre abarcaban de tal manera, a nuestro entender, el mundo exterior, que sólo con mirarnos en ellos nos parecía que emprendíamos un largo viaje. En el fondo era lo que deseábamos: unirnos a su vida, incorporarnos a ese mundo bullicioso de que él tanto nos hablaba y del cual, al abandonarnos de nuevo, sólo quedaban sobre las mesas de la sala unas postales incitantes...

Pero aun habíamos de aguardar algunos años. No podíamos adivinar entonces lo necesaria que era en casa nuestra presencia, dada la soledad de la tía Elvira. Esta supo agradecer el sacrificio de nuestra madre, educándonos con desvelo y atención. Pero nosotros, que desconocíamos modestamente nuestro propio valer y que ignorábamos, además, los quehaceres de mi padre, nos explicábamos con dificultad sus largas ausencias.

Nos consolábamos hojeando el álbum de los retratos. Allí encontrábamos, toda florecida, la rama paterna, dos o tres generaciones casi vivas aún, de rostros centenarios y cabelleras juveniles. No habíamos conocido a la mayoría de los retratados, pero el semblante de la bisabuela, que figuraba en las primeras hojas, nos autorizaba a una cierta fa-

miliaridad con el resto del álbum. En éste, hacia la mitad, se había hecho un hueco para mi madre. Su imagen figuraba sola. Se acentuaba así, delicadamente, su condición de preferida de la casa.

Esta circunstancia de que todo el mundo la quisiera, le daba a mi madre un gran prestigio entre nosotros. El retrato suyo que contemplábamos más era aquel de sus quince años, medio vuelta hacia el espejo, sujetándose con sus manos las dos trenzas rubias. En su actitud, en los finos rasgos de su perfil, que se mantenía claramente iluminado, pese al tiempo de la fotografía, como esas joyas de la escultura clásica que no alteran los años de enterramiento, descubríamos nosotros, más que en ningún otro retrato, los motivos de nuestro orgullo. La gracia específica de toda estirpe, aunque se presente diluída en cada generación, cuyos signos distintivos se muestran en los grandes núcleos familiares dispersos o repartidos entre sus miembros, parecía, misteriosamente, concentrarse en mi madre.

Así creció en nuestra casa, pues pasó en ella gran parte de su niñez, rodeada de la admiración de cuantos la veían. Creció exquisitamente. Tanto, que ya mi padre no se acostumbraba a jugar por los patios enormes sin ver la figura de su amiga, y cuando los dos fueron mayores y se les permitió subir las escaleras y hasta entrar en la sala a descansar, allí se quedaron ambos quietecitos, sentados el uno junto al otro, hablando de mil cosas emocionantes en el diván debajo del espejo, hasta que les llegó la hora de casarse.

Todo esto nos lo contaba la tía Elvira sin olvi-

dar detalle, repasando cuidadosamente sus recuerdos, como quien cuenta y recuenta sus últimas monedas de oro. Pero estos apuntes lejanos sobre los primeros encantos de mi madre, mas su imagen actual, iluminada siempre por aquella gracia misteriosa, no hacían sino suscitar en nosotros, al igual que la admiración a nuestro padre, nuevos anhelos de incorporarnos a su mundo.

Mientras tanto el nuestro se agotaba. Cada año abría una tumba cerca que nos apresurábamos a llenar con un retrato en el álbum de familia, convertido ya, en memoria de los amigos fallecidos, una vez admitidas en el recinto las de Juárez, en público cementerio. Se habían adquirido nuevas hojas que, agregadas al volumen primitivo, recordaban con sus huecos en blanco, en espera de futuros retratos, esas prudentes ampliaciones sanitarias que en los cementerios populosos muestran la colmena de los nichos vacíos.

Como apenas salíamos, nos enterábamos por el periódico de los vaivenes de salud de nuestros amigos. Don Severino de la Cuesta ocupaba por desgracia, desde hacía algún tiempo, la sección de enfermos distinguidos. En las sombras de su alcoba, clavado en su sillón, fué viendo cómo la vida se inmovilizaba en torno suyo. No sólo sufría la parálisis de su cuerpo sedentario, acostumbrado a los amplios butacones durante el largo período de pereza que disfrutó al retirarse de los negocios, sino que, fuera de sus dolores, la Humanidad parecía también haberse detenido, como cansada de avanzar. Nada sucedía ya en el mundo que llegase hasta su cuarto de enfermo. Porque la misma

Alicia, y Carlos, sin que se olvidaran del viejo padrino, estaban entregados a una felicidad extática, de mutua y tranquila adoración. Poco aportaban de novedad al corazón, activo siempre, del consignatario. Al contrario, su indudable felicidad, su clara confianza en el amor que los unía, ponía un punto final a las últimas preocupaciones de don Severino. Este no tenía que pensar más. Nada le quedaba que hacer en la tierra.

Así se quedó, sin más biografía, en los umbrales misteriosos de la muerte. Porque la muerte, que a tantos seres rodea de un cortejo de duelos y homenajes, entró en casa de don Severino sin ninguna ceremonia, y hasta se permitió cerrarle los ojos en el momento menos indicado, cuando se disponía a despertar. De manera que al sueño siguió el sueño, a la noche el amanecer, y las últimas sombras de la tierra debieron unirse, por tanto, a las primeras luces de la aurora, casi sin transición, como cuando el sol se levanta y nos alumbra, sólo que para la nueva vida de don Severino empezaba el alba eterna, y ya no tendría por qué pensar en su porvenir de enfermo al llegarle el momento triste de acostarse en una casa en silencio, porque allí, junto a su almohada, estaba ya Dios para siempre, velándole su sueño, recetándole el único remedio que alivia los cuerpos y las almas.

* * *

Antes de morir, tuvo don Severino el consuelo de una larga tarde dedicada a hablar con Alicia.

177

Esta había insistido mucho, al volver a Granda, en llevarse con ella a su padrino, en rodearle en su casa de campo de cariños y cuidados. Pero don Severino había vivido siempre solo, entre su alcoba y su despacho, apenas separados su actividad y su reposo por el estrecho corredor que cruzaba hacia cuarenta años. No se decidió, por tanto, a abandonar aquel rincón de Granda que casi nadie conocía, pero en el que él soñó con las de Juárez, más tarde con Alicia, y en el que, monótona casi siempre, ligeramente accidentada a veces, había transcurrido su existencia de consignatario, saboreada largamente durante su retiro en aquel sillón de cuero, junto a la ventana del comedor, desde el que anotaba las entradas y salidas de los veleros en el puerto, provisto de un antejo formidable.

No hubo forma de convencerlo y, por eso, en aquel marco familiar, en aquel despacho en el que había envejecido dándole vueltas a sus recuerdos, tuvo lugar la entrevista con Alicia la última tarde de su vida.

—En mi testamento—vino a decirle en resumen— he introducido algunos cambios. Como nuestra pequeña Alicia no fué más que una ilusión, y el día en que te decidas a darme otra nieta `va a encontrarse con un padre de verdad, he decidido que seas tú mi única heredera. No heredarás mucho, pero sí lo suficiente para que puedas recordarme con holgura. No tengo otra cosa que ofrecerte. Aunque comprendo que me voy a morir, no se me ocurre ni siquiera un consejo que pueda serte de verdadera utilidad. He aprendido bien poco. Las

únicas verdades que poseo casi estoy por decirte que las adquiero en este instante, al despedirme de ti. Pero no sabría explicarte en qué consisten, ni por qué se llega al final de la vida tan a ciegas. Es algo así como si la misma vida nos deslumbrara: promesas por todas partes, hasta en los estados más débiles como estos de la vejez y de la enfermedad. No lo comprendo. Algo que no conocemos debe existir en nosotros para que nos engañe tan fácilmente. O quizá no haya engaño y la vida no sea nada más que esto: una fuerza incontenible, sin propósito. Por la manera como se rompe, bruscamente, es cosa de sospecharlo. Pero quedan por aclarar las grandes tristezas, las ilusiones, los afa-nes... Poco puedo decirte de este misterio. La experiencia no llega sino después de cada caso. No hay una línea general, segura, que nos advierta de antemano, y este es, sin duda, el viejo pleito de la filosofía. Me atrevería, sin embargo, a recomendarte el sacrificio. Sin que sepa explicarte, de una manera clara, en qué consiste su virtud, es indudable que posee una fuerza tan grande que nos vivifica. Algo así, para que lo entiendas mejor, como si viviéramos muchas vidas diferentes, algunas felices, alimentadas todas ellas por nuestra sangre.

A Alicia le impresionaron estas palabras de don Severino. Aunque conocía su corazón generoso, recordaba también su vida de indiferente solterón, poco dispuesto al sacrificio en la doble oportunidad de las de Juárez. ¡Las de Juárez! Alicia habló de ellas. Siempre las llamaron así, sin que se las distinguiera a cada una por su nombre. La mayor, sin embargo, se llamaba Irene. La segunda, Isabel.

Tan confundidas en una sola persona pasaron a mejor vida, que la gente se resistía a separarlas con dos nombres sencillos e inesperados. Todo lo más, por corregir tardíamente su involuntaria distracción, admitía el recordarlas enlazadas por la común inicial que compartían. Las dos íes, las llamaban también. La gente era así. Una se llamaba, sin embargo, Irene: la otra, Isabel...

¿Vaciló realmente don Severino ante las dos? El viejo consignatario oyó la pregunta sonriendo.

—Yo estaba enamorado de Isabel—confesó conmovido—, pero nunca me atreví a decírselo. Esta timidez mía nos perdió. Nadie supo interpretarla, y ellas mismas, las dos hermanas, debieron ser de las primeras en caer en el equívoco. Tarde me di cuenta. Preferí entonces sacrificar mis ilusiones a romper, de un golpe, las que sin querer había alimentado.

Las primeras sombras de la noche entraban ya en el cuarto y Alicia, como cuando sentía miedo de pequeña, se acercó a su padrino y le cogió una mano. Don Severino había cerrado los ojos, fatigado de mirar tan lejos. Al cabo de un rato continuó como si murmurara en un sueño:

—Puedo asegurarte que las dos fueron felices. Hasta el último momento de sus vidas tuvieron algo que esperar. Y yo también, es cierto. Pero Dios había elegido a Isabel en su corazón, como yo en el mío, y se la llevó primero. Entonces ocurrió un fenómeno curioso: seguí paseando la calle porque lo creía mi deber, pero sin que me decidiera a casarme con Irene por no traicionar mis sentimientos. Y sin darme cuenta, sin notar el vacío

de la muerte, fué entonces, al faltar una de las hermanas, cuando llegué a confundirlas en mi corazón.

Don Severino volvió a abrir los ojos, como si despertara, y despidió a Alicia alegremente.

—Con que ya lo sabes todo—le dijo—: el amor es lo único que merece la pena, pero hay que decidirse a tiempo...

Y el alma vacilante de don Severino, como un globo que suelta las amarras, se elevó al siguiente día dando tumbos y se perdió, tras una nube, en el cielo de Granda.

XXIII

En el entierro de don Severino, al que concu-
rieron las personalidades de más relieve de la
ciudad en nutridas representaciones de la Banca,
la Industria y el Comercio, se comentó vivamente
la presencia de Alicia, ya que se empeñó a última
hora en acompañar hasta el cementerio a su pa-
drino. No era costumbre en la ciudad de Granda,
por entonces, que asistieran las señoras a los en-
tierros, así es que, en este trance doloroso, como
en otros más joviales de la vida de relación, Ali-
cia fué una resuelta innovadora.

Carlos, a su lado en el fúnebre cortejo, compar-
tía sinceramente su pena. Rendía en su corazón un
cálido homenaje a aquel hombrecito circunspecto,
lindante en la ancianidad, al que apenas había co-
nocido, pero que tanto bueno significaba en la
vida de su mujer.

Notó el público la congoja de Alicia, sobre todo,
en el momento final del duelo, al borde de la tum-
ba, en ese límite extremo de la tierra por donde

caen los cuerpos al vacío. Por allí se hundía para siempre el pequeño ataúd de don Severino, hacia abismos ignorados, y ya no vería siquiera el consignatario, en su rápido descenso, la mano filial de Alicia que lo despedía desde arriba.

Días de gran consuelo, sin embargo, aguardaban a Alicia y a Carlos. El hueco que don Severino dejaba vacante en los afectos iba a ocuparlo muy pronto un nuevo personaje. Nació el año 1916. Se le bautizó con el nombre de Carlos Severino. En él, en su doble denominación, se repartían los dos grandes cariños de la madre.

Año feliz también para nosotros porque nuestros padres, alarmados al fin con la guerra, decidieron trasladarse a Granda a esperar el fin de la contienda, y vivieron por primera vez en nuestra casa sin asomos de nuevas aventuras. No así los abuelos de París, que ya no estaban en París, pues, en pleno desconcierto ante el barullo de Europa, se dedicaban como unos insensatos a unos viajes disparatados, de los que tan pronto teníamos noticias de Londres como de Nueva York. Así, a fuerza de correr de un lado a otro, tropezando, sin decidirse a estarse quietos en ningún sitio, sufrieron entre otros golpes el encontronazo fatal del "Lusitania", que fué el definitivo. El mar se los tragó a los dos, y ni siquiera en ese momento grave de la tragedia consiguieron sus nietos pensar en ellos con el respeto o seriedad debidos, ya que su conducta sorprendente los presentaba siempre en la memoria como un par de novios alocados.

Tuvimos entonces los detalles precisos para conocer mejor a nuestra abuela. La tía Elvira nos

los fué enumerando en breves veladas necrológicas. Eramos ya mayores, mi hermana y yo, para descifrar con claridad el enigma que nos había intriguado tanto. Nuestra abuela de París, como acostumbrábamos a designarla, se llamaba, por de pronto, Luisa Thiers.

No pudimos fijar con exactitud si su nombre ilustre la unía, por alguna rama oculta, con el famoso historiador, pero, desde luego, nuestra abuela era una mujer de historia. Esta observación, como tantas otras de este libro, pertenece exclusivamente a la tía Elvira, dispuesta siempre a iluminar con su mejor sonrisa cualquier concepto duro inevitable. Lo cierto, lo indudable, es que nuestra abuela no era nuestra abuela.

Segunda mujer del abuelo de París, no era otra cosa, por tanto, que la madrastra de nuestro padre. Tarde lo sabíamos, pero algo, al fin, nos consolaba.

Su silencio, aquel silencio pertinaz de la señora Thiers, por el que vagamente presentimos sus nietos apócrifos que emanaba en realidad de una falsa antecesora, sin la sangre parlanchina que a todos nos inundaba, no expresaba tampoco, en opinión de la tía Elvira, su carácter verdadero.

La señora Thiers, no sólo hablaba como cualquier mortal, sino que hasta cantaba. Tanto y tan bien que, ya en edad madura, consiguió alegrar con sus trinos la viudez inconsolable del abuelo. Hasta qué punto su repertorio frívolo—pues se trataba de una sencilla cupletista—llegó a ensordecer la conciencia escrupulosa del amante, queda registrado en el hecho de que terminaron los dos

uniéndose en matrimonio. Boda sin precedente en nuestra familia, a lo menos que podíamos aspirar en casa era a no oír la voz cautivadora de la intrusa: ni una nota, ni una palabra.

La señora Thiers desempeñó cumplidamente su papel de muda. Al menos durante el tiempo que vivió con nosotros. Porque allá con su marido, a la sombra del París que ambos adoraban, debió hablar, de tal manera, que sólo así se explica la carrera desenfrenada que, en sus últimos años, emprendió el abuelo por el mundo. Nos daba la sensación de un fugitivo o, por lo menos, de un hombre que busca afanoso su tranquilidad. En sus cartas nos prometía fijar su residencia en algún sitio. Nos habló alguna vez de regresar a Granda. Pero todo quedó en el mar, en lo profundo del océano, porque sin duda quiso Dios resolver así sus dudas.

Desde entonces contemplamos el Atlántico como un mausoleo de familia, con una mezcla de recelo y devoción. Nuestro abuelo reposa entre los restos de un gran barco, sin que podamos imaginar elementos más apropiados para su tumba de viajero.

La guerra en tanto continuaba. Noticias sueltas nos traían, de vez en cuando, el auténtico resplandor de los disparos. Mis padres, sobre todo, con numerosos amigos extranjeros, dejaban caer en la paz de nuestras sobremesas los nombres mutilados con que nos los presentaban: el médico francés, el lord inglés, aquel amigo de aquella tarde en Brighton...

Hasta a la felicidad de Alicia y Carlos llegaba el fragor de la contienda. Así supo la primera de la muerte brutal de Mr. Lewis, destrozado por la

bomba que cayó una noche en Maida Vale desde la nube de un zepelín, suceso que al mundo y sus periódicos pareció entonces inaudito. La tía Alicia relataba, además, cómo escapó ella de milagro del terrible accidente y, fiel a la tradición en estos casos, ante el designio providencial, ya que no en un convento de clausura, decidió ingresar, por lo pronto, en la Cruz Roja.

Alicia I se convirtió, pues, en enfermera, y más tarde supo su sobrina que había logrado pasar por Bélgica a Alemania y fué durante algún tiempo, en el campo enemigo, uno de los agentes más eficaces del Servicio Secreto de los aliados. Murió fusilada, en Hamburgo, en el verano de 1917.

Pero Alicia no había dejado de pensar en su tía desde el nacimiento de Carlos Severino. "A veces se me ocurre pensar que lo que nos ha faltado a nosotras, a las tantas Alicias desgraciadas, ha sido un hijo", le había oído decir en cierta ocasión.

Cuando nuestra Alicia recordaba esta frase la encontraba, en realidad, muy acertada. ¿No era ella feliz? ¿No tenía el amor de su marido? ¿No marcaba el nacimiento de su hijo, precisamente, el apogeo de su felicidad?

De nuevo escuchaba la voz apagada de su tía: "Todas hemos conocido la desgracia en las circunstancias más dichosas". Alicia, entonces, si se desvelaba pensando en estas cosas, dejaba el lecho despacito y se sentaba junto a la cuna de su hijo con los ojos muy abiertos, como esforzándose en descubrir el porvenir. ¿Qué sería el día de maña-

na de aquel hombre que ahora dormía su sueño de niño?

Como las crisis nerviosas de Alicia llegaron a preocupar a Carlos, éste decidió combatir las intensificando la vida social de la casa. Pertenecen a esta época las más brillantes reuniones que se recuerdan en Granda. Hasta el camino de acceso a la residencia fué reparado para mayor comodidad de los invitados. Cenas animadas, bailes conmemorativos, cada mes, para celebrar con regularidad el nacimiento del heredero. La cuestión era distraer a Alicia. No bastando esta vida bulliciosa para disipar su tristeza, fomentó Carlos, también, las más variadas relaciones.

Así volvió Alicia a reanudar su amistad con el tío Alberto, cuya casa, en adelante, visitó cada día. Carlos y el tío Alberto intimaron en seguida. Y fué más beneficioso para los nervios de Alicia que todas las fiestas imaginables, aquel rincón sosegado del mirador de la tía Amalia, en el que ésta, con los años, iba recobrando su salud. Prodigio de luz y de silencio, parecía construído, como un invernadero, para fortalecer las almas delicadas.

Fué un hallazgo para Alicia. Los grandes árboles del jardín daban la sombra al mirador. Encontraba de nuevo la luz cernida por los viejos laureles de su infancia, y hasta la presencia del tío Alberto la devolvía en alas al pasado. Pero a un pasado en calma, hecho sólo con los mejores recuerdos, y en el que Carlos, imposible entonces, pasaba y repasaba frente a su ventana ilusionada.

Otros nombres sonaron también. Así supo de Juanito Vances, abogado de secano en Madrid des-

pués de sus fracasadas tentativas de ingreso en las Academias Militares, heredero universal de la tía Andrea, soltero y diputado, firme puntal de todos los gobiernos en cuantos problemas planteaba la neutralidad. Sus chalecos de fantasía eran ya populares en el Congreso.

Alicia se reía, gozosa de mezclar en su vida actual tantos nombres amigos. Realmente, el tío Alberto narraba con graciosa malicia. Pero ningún oyente tan entusiasta como Carlos, el cual, pregunta tras pregunta, husmeaba hasta el último desván del pasado, como un niño travieso a quien se suelta en un caserón vacío. Luego eran las bromas a Alicia, las burlas interminables de sus inquietudes presentes...

Alicia se tranquilizaba poco a poco. Llegó a olvidar sus temores y, al cabo del tiempo, reducida su vida social a las visitas del mirador, Alicia se dedicó por entero a su hijo, por el cual el tío Alberto sintió al instante una predilección especial. Carlos Severino fué en seguida un contertulio imprescindible. Aprendió a querer al tío Alberto y a chupar las golosinas de la tía Amalia. Lo mismo que nosotros. Fué un niño más de la familia y, entre sus méritos abundantes, figura el de haberse conquistado en una tarde el corazón de la tía Elvira.

Nuestra tía conoció también a Alicia y a Carlos. Asiduos concurrentes los tres al mirador, tenían fatalmente que encontrarse. La tía estuvo atenta y hasta afectuosa. Alicia, muy emocionada. Contribuyeron además al feliz suceso los más claros síntomas de mejoría en la salud de la tía Amalia.

Esta hizo las presentaciones y hasta intervino, muy discretamente, en la conversación general. Luego se retiró a su alcoba. Se habló entonces del mundo y sus horrores. La guerra parecía interminable. Se aguardaba la paz con ansiedad, pues hasta los menos optimistas auguraban una era feliz para los pueblos. La Humanidad quedaba aleccionada. El tío Alberto era un convencido.

Después la conversación se desvió hacia otros temas. Alicia y la tía Elvira hablaron largo rato de don Severino. Esto las unió. Carlos hizo atinadas observaciones sobre la amistad, que fueron aprobadas por el tío Alberto mientras limpiaba los cristales de sus lentes, señal inequívoca de que le habían emocionado. Carlos Severino, por último, puso fin a la reunión con mucho tacto. Su sueño profundo nos señaló la hora de la cena. Nos despedimos de los tíos y salimos juntos de la casa, como una familia numerosa. En la calle nos separamos. Aquella misma noche tuvo que confesar la tía Elvira que el matrimonio le había encantado.

XXIV

Así, de esta manera sencilla, vimos al fin mi hermana y yo realizado el más grande ideal de nuestra infancia: recibir en casa, con todos los honores, a nuestra querida amiga Alicia.

No tengo que ponderar la acogida de mis padres. El nombre de Alicia sonaba en sus oídos desde hacía muchos años, figuraba en nuestras cartas entre admiraciones, salía siempre a relucir en la primera sobremesa cuando, al regresar ellos de un viaje, después de contarnos mil maravillas, nos tocaba el turno a nuestra vez de asombrarles con nuestras amistades.

Nos había costado muchos años de espera. Habíamos tropezado, primero, con la hostilidad de la abuela, consecuencia del enamoramiento del tío Alberto y, más tarde, con la reserva de la tía Elvira en lo concerniente a nuestra educación y al trato con personas al fin y al cabo desconocidas. Después sobrevino la desgracia de Alicia que le cerró todas las puertas y la alejó de la ciudad. Es-

tos incidentes, en definitiva, sumaban juntos un considerable trecho de la vida, pero como habíamos querido siempre a Alicia y nos mantuvimos fieles a su amistad aun en la época en que se la repudiaba, de ahí que hoy mereciéramos el premio de su visita corporal, tal como la habíamos soñado, viendo a Alicia subir las escaleras de casa como una reina y recibir el homenaje de simpatía de cuantos la aguardaban en el alto corredor, junto a la sala, en la que entró, no sin cierta turbación, después de decir a nuestros padres:

—¡Cuánto deseaba conocerles! Ya sabrán lo mucho que quiero a sus hijos.

Esta última frase bastó para colmar las ambiciones de mi hermana, pero no dejó en cambio de apenarme. Percibí con claridad, al oírla, ese segundo desgraciado en el que el tiempo nos hace trasponer el último recodo de la infancia y nos deja, perplejos, en los umbrales de la juventud. Porque noté con melancolía que aquel “lo mucho que quiero”, compartido públicamente con mi hermana y dicho a mis padres con sencillez, no podía representar otra cosa que un cariño que se me antojaba de limosna, pero nunca aquel otro sentimiento que, al ser proclamado por una mujer bella, a la que tanto había admirado, reclamaban hoy, para mí solo, las primeras vehemencias de mi juventud.

Pero, sea lo que fuese, si la presencia de Alicia en nuestra casa pareció realizar un ideal, éste, para no perder su jerarquía de ensueño, no llegó a realizarse más que a medias.

Por causas que al principio desconocimos, la

vida social de Alicia y Carlos se interrumpió bruscamente. Hasta en el mirador del tío Alberto se comentó la ausencia del matrimonio, sin que pudieran explicarse los motivos. Después de un cierto tiempo se le vió de nuevo en la calle, pero la gente descubrió en Alicia un notable abatimiento y, lo que era más chocante, una nerviosa actividad en Carlos. Este visitaba los establecimientos bancarios, celebraba detenidas conferencias con el cónsul americano... Tuvo, por último, una extensa y secreta entrevista con el tío Alberto, de la cual salió éste con aire preocupado, aunque sin darnos la menor explicación.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra europea fué, sin disputa alguna, un golpe teatral de gran efecto. Puede que las cancillerías más sagaces la tuvieran hace tiempo por descontada, pero lo que es a nosotros, modesto mundo de neutrales, al menos al muy apartado de la ciudad de Granda, nos impresionó como un final de acto.

Nos pareció que el desenlace se acercaba. Alguien se adelantaba a los primeros términos de la guerra para disparar la última frase. El mundo, aunque dividido en bandos, inició un profundo suspiro de alivio.

Pero a Carlos Artal, marido de Alicia, padre de Carlos Severino y entrañable amigo nuestro, le planteó desde el primer momento la decisión de América, un delicado problema, a su entender.

Español entusiasta de su patria, residente voluntario en ella al elegir libremente su retiro a la hora definitiva del descanso, no podía Carlos olvidar, sin embargo, de no alimentar en su corazón

una amarga ingratitud, lo que a aquel pueblo lejano, mezcla de estados diversos, que, por cobijar sin distinción a cuantos en ellos trabajaban ni siquiera ostentaba el nombre de un solo país, sino el de varios, al llamarse genéricamente los Estados Unidos; no podía olvidar, como decíamos, lo que a aquel pueblo lejano, según Carlos, debía su actual bienestar.

Decidió, sin vacilaciones, alistarse de voluntario, y de ahí sus frecuentes visitas al cónsul. El primer ejército expedicionario desembarcaba ya en Francia.

No hubo en la actitud de Carlos, durante el tiempo que duró el proceso de sus gestiones, el más ligero asomo de presunción guerrera, ni, mucho menos, de exaltado patriotismo, improcedente en este caso. Le impulsaba más bien en su decisión como el cumplimiento de un deber sencillo, de tipo casi comercial, como el apremio de una letra puesta al cobro, a cuya firma hay que hacer honor.

Procuró desvanecer los temores de Alicia. Era lo único que a Carlos disgustaba: la separación de su mujer. En cuanto a su hijo, pensaba volverlo a ver muy pronto y, de momento, Carlos Severino no estaba en edad de compartir penas ajenas...

Se despidió también de nosotros. En casa no pudimos ni rozar siquiera el tema de su partida, pues Carlos habló aquella tarde, al venir a decirnos adiós, seguramente para no entristecernos, como si hubiera desistido del viaje a última hora. En cambio, el tío Alberto, en la despedida del mirador, se permitió exponerle sin rodeos cuantas du-

das y reservas se albergaban en su ánimo sobre su decisión.

Carlos se rió de buena gana. Estaba seguro de no realizar ningún acto que justificara aquellas alarmas. No había que pensar en riesgos. El se incorporaba al ejército americano, es verdad, pero con un espíritu de oficinista. La cuestión era ser puntual, cumplir con las horas de trabajo establecidas por América en un imprevisto llamamiento, ya que, por lo visto, él, Carlos, se había precipitado a descansar.

Carlos se embarcó, finalmente, en un vapor frutero bastante sucio, rumbo a Francia, con sus certificados de residencia en América puestos en regla por el cónsul. Fuimos al puerto a despedirle y, al cabo de muchas semanas, empezaron a llegar sus cartas.

Alicia se pasaba los días con su hijo en casa de la tía Amalia, pues la soledad del campo la abrumaba. Frente al trozo de jardín que descubrían los cristales del mirador, y al escuchar, sobre todo, la voz alentadora del tío Alberto, que cultivaba ahora un desenfrenado optimismo, volvió Alicia a ver, seguramente, la felicidad que aun podía reservarle la vida: nuevas tardes tranquilas en compañía de Carlos, en el rincón del mirador, pero sabiendo ahora cuánto valían esta paz, este silencio...

Así pasaba el tiempo, todo ese tiempo inútil en el que nada sucedía porque los designios, por ser tan altos, seguían ocultos a nuestras miradas. Si hoy recordamos todavía esa época, sin confundirla con otras de igual tedio, es porque en diciembre

de 1917 supimos la muerte de Carlos en una acción de guerra.

Luego cubren otra vez la memoria las brumas de unos días interminables. Cuando la niebla se rasga es para mostrarnos la figura taciturna del tío Alberto, frente al sillón en el que Alicia llora y llora desesperada. No se oyen palabras de consuelo. Apenas hablamos a su alrededor. La felicidad de Alicia se ha derrumbado con tal estrépito, se ha empequeñecido de tal modo su figura, que ya no inspira sino respeto. De vez en cuando nos miran sus grandes ojos, como los de un perro apaleado, implorando no sabemos qué caricias.

La queremos ya mucho. Se ha hecho un dolor familiar esa pena suya que la mantiene quieta, sentada en el sillón, con la vista fija en el jardín de la tía Amalia. Esta, por fortuna, ha recobrado la razón y abre de nuevo los ojos a la vida cuando el mundo no le ofrece sino un espectáculo de escombros. No importa. Hay que confiar. La tía vuelve, al recuperar su salud, a los años felices de su primer matrimonio. En Granda o en Venezuela, con Sabatini o con el tío Alberto, ¿qué más da? Lo urgente es vivir otra vez, ganar el tiempo perdido...

Se ocupa en mil quehaceres. Su actividad es asombrosa. Cuida tan bien de Alicia, que ahora vive con los tíos, que aquélla no siente ya deseos: le basta con quedarse así, en su sillón, mirando siempre por los cristales, mientras el tío Alberto enseña a cantar, sin voz ni oído, las primeras canciones a Carlos Severino.

Sólo los gritos entusiastas que anuncian el ar-

misticio, en el mes de noviembre de 1918, consiguen distraer a Alicia de sus pensamientos. Se interesa, entonces, por la paz. Siente una viva curiosidad por lo que ha venido sucediendo en el mundo. ¿Qué ha pasado? Se ha terminado por fin la pesadilla. Nuevos hombres, nuevas palabras. Alicia se exalta a veces, de tal modo, que no comprendemos lo que dice. Se empeña en contarnos lo que le sucedió en Inglaterra con unas personas que no conocimos. Se olvida con frecuencia de que su tía murió fusilada. Sobre ésta, Alicia I, hace largas confidencias a la tía Elvira. Todo lo mezcla sin ton ni son y, en su afán de interpretar cuanto sucede y de descifrar el porvenir, ha llegado incluso a hablarnos de visiones y de aparecidos...

Así se acercan las Navidades de 1918, las últimas que pasó Alicia con nosotros. Cae entonces de nuevo, definitivamente, en un profundo desaliento. Nos habla ahora de su próximo viaje a Francia, a ver la tumba de Carlos, tan pronto se lo permitan. Es ya su única conversación.

* * *

No pudo quejarse Alicia, en realidad, de la simpatía que despertó su infortunio. Si su regreso triunfal a la ciudad había suscitado ingratos comentarios, fué también cierto que, al tratarla de nuevo la gente, al conocer más de cerca sus virtudes, sólo quedó en pie una opinión unánime: Alicia merecía ser feliz. Pero en esta consideración general, repetida hoy hasta el infinito con ocasión de su viudez por cuantas personas fueron a visi-

tarla, no dejaba de influir, en cierto modo, la situación económica de Carlos Severino. Se hablaba de la fortuna inmensa que había de heredar de su padre y, al considerar las débiles manos que iban a recibirla, se propagaba por la ciudad como un inusitado sentimiento de ternura.

No faltaron, tampoco, los voceros interesados: la fortuna era grande, desde luego, pero esparcida desordenadamente por los Estados Unidos. Se imponía una administración central, un viaje de sondeo... ¡Mil dificultades para una mujer!

Al mirador no llegaron estos rumores. Alicia decidió su viaje a América, pasando por aquel rincón de Francia en el que al fin Carlos descansaba.

El tío Alberto aprobó la decisión. El viaje de Alicia lo estimaba muy acertado. Nadie mejor para obtener la información debida, para hacerse una idea aproximada del conjunto de sus bienes, anotando al mismo tiempo consejos y opiniones... Después, a su regreso, se podría estudiar la situación con datos más precisos. Durante la ausencia, finalmente, Carlos Severino quedaba al cuidado de los tíos, a la sombra benéfica del mirador.

Al salir de casa la tarde que vino a despedirse, acompañé a Alicia hasta la puerta de la calle. Nos había rogado que no fuéramos al barco. La vi la última vez, por tanto, con la misma luz que la había conocido, en la vieja plaza, detenida un momento al pie de los laureles.

Ni el dolor ni los años alteraban su belleza. Allí estaba, como en mis primeros recuerdos, animando el paisaje. Cantaban a coro, como entonces, los árboles corpulentos. Eran los pájaros amigos de

Alicia, de nosotros, de los huéspedes fatigados del hotel... Cantaban siempre a la hora del crepúsculo. Sus trinos llenaban la caja de música, ancha y cerrada, de la plaza. Era un momento de bulliciosa algarabía que conocíamos bien. Pero, al despedirnos aquella tarde, en el momento final de nuestra amistad, me pareció que escuchaba una música nueva, como si los pájaros cantaran sólo para Alicia, en honor de su gracia y su figura.

XXV

Alicia murió en los Estados Unidos, víctima de esa misteriosa epidemia que asoló al mundo al terminar la guerra. Quede así expuesta a la pública curiosidad, con estas líneas de obligada información, una de las más hondas cicatrices de mi corazón juvenil.

Como si fuera poca la tristeza que nos caía encima con su muerte, mis padres volvieron aquel año a reanudar sus largos viajes, restablecida la paz en Europa, llevándose esta vez con ellos a mi hermana. La tía Elvira y yo, un día cualquiera, nos encontramos solos en nuestra casa. Soledad final.

El vasto escenario de mis juegos que había sido hasta entonces la casa, ya no sirve sino para soñar. Encuentro palabras perdidas por los rincones. Todo vive más que nunca junto a la tía Elvira. Con sus años, con su experiencia, le basta un simple objeto para construir una historia a su alrededor.

Nuestras veladas son ahora más largas. Las sombras entran en la sala con sus pequeñas anécdotas

y las dejan olvidadas al pie de los grandes espejos, en las vitrinas numerosas... La tía Elvira abre un viejo abanico de papel con un ruido de esqueleto de abanico. Luego lo apoya en su brazo, dulcemente, como un niño muerto.

Es posible que afuera, en la calle, en todas las calles de la tierra, haya un mundo que lucha y que se afana, pero nosotros, en casa, lo hemos casi olvidado. Sólo escuchamos el tic-tac del tiempo.

Carlos Severino crece, mientras tanto, en el mirador. Hizo bien Alicia en dejarlo a su sombra. Un día recibe una carta el tío Alberto. Los hermanos de Alicia—aquellos mecánicos fugitivos, como se apresura a declarar—reclaman a su sobriño, informados sin duda de la herencia. El tío limpia sus lentes y exclama en son de reto:

—¡Que vengan a buscarlo! ¡Unos extranjeros indeseables! ¡Reclamar a Carlos Severino... que es súbdito español!

A mi hermana le pareció un tanto exagerado que se llamara nada menos que “súbdito” a un personaje tan pequeño. Así me lo confesó en una tarjeta postal de Amberes. Pero esa u otras razones debieron ser de tal peso que el tío Alberto se salió, al cabo, con la suya. Carlos Severino no se movió del mirador. En él continuó agarrado, tercamente, a las faldas de la tía Amalia.

De vez en cuando nos visitaba. El chico era magnífico. Recordaba mucho a Alicia, pero su belleza tenía ese toque de energía varonil que distinguía, brillantemente, a su padre. El tío Alberto nos lo hacía notar entusiasmado.

Llegó a contagiar de su entusiasmo a la tía El-

vira, que así volvió a interesarse por el porvenir, cuando poco más podía ofrecerle. Carlos Severino le prestaba materia abundante para observar de nuevo la vida.

Sacaba a relucir la tía, en nuestras veladas, los nombres de cada una de las personas que con el chico se relacionaban. No faltó el recuerdo a don Severino. Hasta la profecía de Alicia l adquiría en boca de la tía Elvira un especial significado. “Su vida sería tan perfecta—había dicho una vez aquélla—, tan limpia de toda culpa, que borraría para siempre nuestros pecados”.

—Realmente—decía una tarde la tía Elvira—el chico tiene algo extraordinario. No puedo mirarlo sin sentirme emocionada. No sé por qué. Recuerdo, sin querer, la generosidad con que el padre dió su vida. ¡Fué, quizá, un exceso de escrúpulos! Pero la guerra ha terminado, Carlos Severino es español y posee ya, sin debérsela a nadie, una fortuna. No será necesario que se sacrifique por los demás. Cumplirá su misión cuando sea un hombre. Nació en 1916... En 1936 tendrá veinte años.

F I N

LA ESPAÑA IMPERIAL

MAGNIFICA COLECCION DE BIOGRAFIAS DE
LAS PRINCIPALES FIGURAS DEL IMPERIO
(VOLUMENES DE 250 A 300 PAGINAS)

<p>PUBLICADAS</p> <p>ISABEL LA CATOLICA POR EL BARÓN DE NERVO</p>	<p>HERNAN CORTES (CONQUISTADOR DE MÉJICO) POR LUIS TORRES</p>
<p>FELIPE II (Rey de España y Monarca del Universo) POR MARIANO TOMÁS</p>	<p>MAGALLANES - ELCANO POR ARMANDO MELON Y RUIZ DE GORDEJUELA</p>
<p>CISNEROS POR J. GARCÍA MERCADAL</p>	<p>EN PRENSA</p> <p>EL GRAN CAPITAN POR JUAN MONEVA Y PUYOL</p>
<p>EL GRAN CARDENAL DE ESPAÑA (Don Pedro González de Mendoza) POR EL MARQUÉS DE LA CADENA</p>	<p>PIZARRO (CONQUISTADOR DEL PERÚ) POR M. BALLESTEROS Y GAIBROIS</p>
<p>DOÑA JUANA LA LOCA POR N. SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA</p>	<p>EN PREPARACION</p> <p>CARLOS V POR FRANCISCO DE COSSÍO</p>
<p>DON JUAN DE AUSTRIA (PALADÍN DE LA CRISTIANDAD) POR MANUEL FERRÁNDIS</p>	<p>LOPE DE VEGA POR JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS</p>
<p>ALEJANDRO FARNESIO (DUQUE DE PARMA) POR JULIÁN MARÍA RUBIO</p>	<p>GALDERON DE LA BARCA POR N. ALONSO CORTÉS</p>

A CONTINUACION APARECERAN OTRAS BIOGRAFIAS
DEBIDAS A LOS MAS ILUSTRES AUTORES
PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA Y AMERICA
SEIS PESETAS CADA TOMO

VIDAS DE SANTOS ESPAÑOLES

Se ha dicho, con verdad y justicia, que los santos españoles son «la mejor floración del espíritu de la raza». Sin embargo, es un hecho que no existe en la bibliografía española una colección de libros en los que se narre al público sus vidas.

BIBLIOTECA NUEVA va a llenar tan sensible laguna en esta hora del resurgir glorioso de nuestra patria. Con ello pretende llevar a cabo obra esencialmente reparadora de patriotismo y cultura. Y, a la vez, está segura de crear una de las colecciones de libros que mayor interés pueden despertar en el público.

Los santos participan de las cualidades del héroe y del genio, a los que aventajan como hombres de excepción, porque llevan en su espíritu, con señales más profundas, el sello de la divinidad. Y sus vidas, aun descontada la ejemplaridad que encierran, las enseñanzas que a las nuestras brindan, son tanto o más que las de los genios y los héroes, sucesión ininterrumpida de acciones extraordinarias, cadena de episodios dramáticos, muestrario de aventuras peregrinas.

No habrá, pues, lectura como la de ellas, que más sana y fuertemente pueda atraernos, conmovernos y apasionarnos. Ni otra colección, del género biográfico, que la iguale en variedad, porque las maravillosas figuras que irán desfilando por ésta, pertenecieron a todas las clases sociales, desde la más humilde a la más elevada, y en el fondo histórico de los cuadros, donde al lector le serán presentadas, pusieron su característico reflejo todas las épocas, desde las más remotas hasta la nuestra.

En este sentido, la colección de VIDAS DE SANTOS ESPAÑOLES será, en conjunto, una auténtica Historia de la patria a que aquéllos honraron con sus virtudes.

Desea BIBLIOTECA NUEVA que su iniciativa de publicar esta Colección responda cumplidamente a los altos fines que la inspira, y guiada de este propósito, requirió para su realización a nuestros mejores autores seculares y religiosos.

Con tal entusiasmo y unanimidad han contestado éstos a su llamamiento, que su concurso tendrá toda la significación de un homenaje rendido a nuestros santos por la intelectualidad española. Académicos, catedráticos, historiadores, novelistas y poetas serán los grandes artífices de esta obra. Nombres a los que una larga y brillante labor ha nimbado de glo-

ria, y también otros de jóvenes que acaban de hacer su presencia en el campo de las letras y ya ocupan un lugar preeminente en él.

He aquí los primeros tomos de la colección VIDAS DE SANTOS ESPAÑOLES.

PUBLICADOS

SANTA TERESA DE JESÚS, por el P. Silverio de Santa Teresa.
SAN JUAN DE DIOS, por Mariano Tomás.
SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, por el Padre Getino.
SANTO TORIBIO DE ASTORGA, por Luis A. Luengo.
SANTIAGO, PATRÓN DE ESPAÑA, por el Marqués de Lozoya.

EN PRENSA

SANTA CASILDA, por Concha Espina.
SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, por Joaquín de Entrambasaguas.

EN PREPARACION

SAN JUAN DE LA CRUZ, por Manuel Machado.
SAN ISIDRO Y SANTA MARÍA DE LA CABEZA, por el Obispo de Madrid-Alcalá.
SAN VICENTE FERRER, por Melchor F. Almagro.
SAN JUAN DE SAHAGÚN, por el Padre Bruno Ibeas.
SAN IGNACIO DE LOYOLA, por el P. Félix G. Olmedo.
SANTA MICAELA DE JORBALÁN (La Madre Sacramento), por el Padre Félix García.
SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA, por L. Araujo Costa.
SAN FRANCISCO DE BORJA, DUQUE DE GANDÍA, por Rienzi.
SAN MILLÁN, por Víctor de la Serna.

Los tomos de la colección VIDAS DE SANTOS ESPAÑOLES constan de 200 páginas y su precio es de CUATRO pesetas uno.